

Enrique A. Eguiarte Bendímez, OAR



55 preguntas sobre san Agustín

55 preguntas sobre **san Agustín**

55 preguntas sobre **san Agustín**

Enrique A. Eguiarte Bendímez, OAR



UNIAGUSTINIANA
Es creer en ti

Vigilada Mineducación

Editorial
UNIAGUSTINIANA

55 preguntas sobre san Agustín

© Editorial Uniagustiniana, Bogotá, 2019

© ENRIQUE A. EGUIARTE BENDÍMEZ, OAR

ISBN (impreso): 978-958-5498-36-5

ISBN (digital): 978-958-5498-37-2

Editorial Uniagustiniana

Ruth Elena Cuasialpud Canchala, *Coordinación editorial y de difusión*

Leonardo A. Paipilla Pardo, *Asistencia editorial*

Catalina Ramírez Ajiaco, *Asistencia editorial*

Edición

Elvia María Galvis Grisales, *Corrección de estilo*

Tatiana Bojacá Sánchez, *Diseño de portada*

Ximena Díaz, *Diagramación*

DGP Editores S.A.S., *Impresión*

Campus Tagaste, Av. Ciudad de Cali No. 11B-95.

coord.publicaciones@uniagustiniana.edu.co

Impreso y hecho en Bogotá, Colombia. Depósito legal según Decreto 460 de 1995

Imagen de portada: vitral de san Agustín de Hipona en Crosier House (Phoenix, EE. UU.).

Fuente: Catholic News Service. Tomada de: <http://dioscg.org/st-augustine-larger-than-life-in-restless-heart/>

Derechos reservados conforme a la ley. Prohibida su reproducción parcial o total en todo formato o medio sin previo permiso escrito de la Universitaria Agustiniana.

Eguarte Bendímez, Enrique A.

55 preguntas sobre San Agustín / Enrique Eguarte Bendímez. -- Bogotá : Editorial Uniagustiniana, 2019.

192 páginas; 23 cm. (Autores OAR)

ISBN 978-958-5498-36-5

1. Agustín, Santo, Obispo de Hipona, 354-430 2. Religiosos 3. Iglesia Católica - Santos. I. Tít. II. Serie.

922.2 cd 22 ed.

A1654477

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

Contenido



Abreviaturas de las obras de san Agustín citadas	8
Agradecimientos	13
Introducción	14
I. Familia y vida de san Agustín	19
1. ¿Cómo se llama y dónde está el pueblo donde nació san Agustín?	20
2. ¿Cómo sabemos la fecha de nacimiento de san Agustín?	22
3. ¿Quiénes fueron los padres de san Agustín?	24
4. ¿Cuántos hermanos tuvo san Agustín?	26
5. ¿Se puede decir que san Agustín fue pagano?	28
6. ¿Cómo se llamaba el gran mecenas de san Agustín?	30
7. ¿Quién era el Papa y el emperador cuando san Agustín nació	32
8. ¿Cómo era físicamente san Agustín?	34
9. ¿Cómo era la salud de san Agustín?	39
10. ¿Cómo se llamaba la concubina de san Agustín?	43
11. ¿Trabajó san Agustín alguna vez como abogado?	45
12. ¿Quién era el Papa y el Emperador cuando murió san Agustín?	47
13. ¿Quién nos ha transmitido la fecha de la muerte de san Agustín?	49
II San Agustín monje	51
14. ¿Cómo se vestía san Agustín?	52
15. Si san Agustín se vestía como un monje, entre un grupo de monjes del monasterio de Hipona, ¿cómo sabríamos quién es san Agustín?	55

16.	¿Qué comía san Agustín?	57
17.	¿Por qué nos dice san Posidio que nunca faltaba el vino en la mesa de san Agustín? ¿Eran acaso alcohólicos sus monjes?	59
18.	¿Cómo escribía san Agustín sus obras?	61
III	San Agustín, monje presbítero y monje obispo de Hipona	65
19.	¿Quiso san Agustín ser sacerdote?	66
20.	¿Dónde está y cómo se llama actualmente Hipona?	69
21.	¿Qué tamaño tenía la diócesis de Hipona?	72
22.	¿Quién ordenó obispo a san Agustín?	74
23.	¿Usaba mitra san Agustín?	76
24.	¿Cuánto duró el sermón más largo de san Agustín?	78
25.	En Hipona, ¿se celebraba la misa todos los días?	80
26.	¿Cuál fue el viaje más largo de san Agustín?	82
27.	¿Cómo era la relación de san Agustín con los pobres de Hipona?	85
28.	¿Cuál era la relación de san Agustín con los ricos?	88
29.	¿A qué santo se le dedicó una capilla en la basílica de Hipona?	92
30.	¿Pensó san Agustín algún día dimitir de su cargo de obispo?	94
31.	Después de la toma de la ciudad de Hipona por Genserico en el 430, ¿fue quemada la ciudad?	99
IV	De diuersis quaestionibus	101
32.	¿Fue testigo san Agustín de algún milagro?	102
33.	¿Qué pensaba san Agustín de las mujeres?	107
34.	¿Qué pensaba san Agustín de la santísima Virgen María?	116
35.	¿Cuál era la jaculatoria favorita de san Agustín?	121
36.	¿Qué pensaba san Agustín del aborto?	123
37.	¿Era san Agustín un antisemita?	126

38. ¿Hizo san Agustín algún milagro en vida?	131
39. ¿Era pesimista san Agustín?	133
40. ¿Cuál fue la primera obra que escribió san Agustín?	135
V San Agustín y la Biblia	137
41. San Agustín, ¿sabía griego?	138
42. San Agustín, ¿sabía púnico?	141
43. San Agustín, ¿sabía hebreo?	144
44. ¿Qué versión bíblica usó san Agustín?	146
45. ¿Qué pensaba san Agustín del texto de los LXX?	149
46. ¿Cuántos comentarios a las cartas de san Pablo escribió san Agustín?	152
47. ¿Cómo fue la relación de san Agustín con Jerónimo?	154
VI San Agustín y las controversias	161
48. ¿Quiénes eran los maniqueos?	162
49. ¿Qué obras son las que san Agustín dedica principalmente contra los maniqueos?	166
50. ¿Quiénes eran los donatistas?	168
51. ¿Cuántas herejías han quedado recogidas en el libro De Haeresibus de san Agustín?	172
52. ¿Quiénes eran los pelagianos?	173
53. ¿Qué pensaba san Agustín del matrimonio?	176
54. ¿Qué pensaba san Agustín de los paganos?	182
55.	187
Conclusiones	188

Abreviaturas de las obras de san Agustín citadas⁵

<i>Acad.</i>	<i>Contra Academicos libri tres</i> (Contra Académicos: BAC 3)
<i>adult. coniug.</i>	<i>De coniugiis adulterinis</i> (Las uniones adulterinas: BAC 12)
<i>adu. Iud.</i>	<i>Aduersus Iudaeos</i> (Contra los Judíos: BAC 38)
<i>an. quant.</i>	<i>Animae quantitate liber unus</i> (La dimensión del alma: BAC 3)
<i>beata u.</i>	<i>De beata uita liber unus</i> (Sobre la vida feliz: BAC 1)
<i>b. coniug.</i>	<i>De bono coniugali liber unus</i> (La bondad del matrimonio: BAC 12)
<i>c. ep. Parm.</i>	<i>Contra epistulam Parmeniani libri tres</i> (Réplica a la carta de Parmeniano: BAC 32)
<i>c. ep. Pel.</i>	<i>Contra duas epistulas Pelagianorum libri quattor</i> (Réplica a las dos cartas de los pelagianos: BAC 9)
<i>c. Faust.</i>	<i>Contra Faustum libri triginta tres</i> (Réplica a Fausto: BAC 31)
<i>c. Gaud.</i>	<i>Contra Gaudentium Donatistarum episcopum libri duo</i> (Réplica a Gaudencio obispo donatista: BAC 34)
<i>c. Iul.</i>	<i>Contra Iulianum libri sex</i> (Réplica a Juliano: BAC 35)
<i>c. Iul.imp.</i>	<i>Contra Iulianum opus imperfectum</i> (Réplica a Juliano obra inacabada: BAC 36-37.)
<i>c. litt. Pet.</i>	<i>Contra litteras Petiliani</i> (Réplica a las cartas de Petiliano: BAC 33)
<i>ciu.</i>	<i>De ciuitate Dei libri uiginti duo</i> (La ciudad de Dios: BAC 16-17)
<i>conf.</i>	<i>Confessionum libri tredecim</i> (Las Confesiones: BAC 2)

⁵ Colocaremos debajo del nombre de cada una de las obras, su traducción al español y a continuación las siglas BAC, para hacer referencia a la Biblioteca de Autores Cristianos y a continuación el número del volumen que le corresponde en la publicación de dicha colección de las obras completas de san Agustín.

corrept.	<i>De correptione et gratia liber unus</i> (La corrección y la gracia : BAC 26)
Cresc.	<i>Ad Cresconium grammaticum partis Donati libri quattor</i> (Réplica al gramático Cresconio: BAC 34)
doctr. chr.	<i>De doctrina christiana libri quattor</i> (La Doctrina cristiana: BAC 15)
en. Ps.	<i>Enarrationes in Psalmos</i> (Comentarios a los salmos : BAC 19, 20, 21, 22)
ench.	<i>De fide spe et caritate liber unus</i> (Enchiridion) (Manual de fe, esperanza y caridad : BAC 4)
ep.	<i>Epistulae</i> (Cartas: BAC 8, 11, 11a)
ep. Rom. inch.	<i>Epistulae ad Romanos inchoata expositio liber unus</i> (Exposición inchoada a la carta a los Romanos: BAC 18)
f. et op.	<i>De fide et operibus liber unus</i> (La fe y las obras: BAC 39)
gest. Pel.	<i>De gestis Pelagii liber unus</i> (Las actas del proceso a Pelagio: BAC 9)
Gn. adu. Man.	<i>De Genesi aduersus Manicheos libri duo</i> (Comentario al Génesis en réplica a los maniqueos: BAC 15)
Gn. litt.	<i>De Genesi ad litteram libri duodecim</i> (Comentario literal al Génesis: BAC 15)
gr. et pecc. or.	<i>De gratia Christi</i> (La gracia de Cristo y el pecado original: BAC 6)
haer.	<i>De haeresibus ad Quodvultdeum liber unus</i> (Las herejías: BAC 38)
Io. eu. tr.	<i>In Iohannis euangelium tractatus CXXIV</i> (Tratados sobre el evangelio de Juan: BAC 13-14)
mag.	<i>De magistro liber unus</i> (El Maestro: BAC 3)
mor.	<i>De moribus ecclesiae catholicae et de moribus</i> <i>Manicheorum libri duo</i> (Las costumbres de la Iglesia católica y las de los maniqueos: BAC 4)
nat. et gr.	<i>De natura et gratia liber unus</i> (La naturaleza y la gracia: BAC 6)
nupt. et conc.	<i>De nuptiis et concupiscentia ad Valerium libri duo</i> (El matrimonio y la concupiscencia: BAC 35)
op.mon.	<i>De opere monachorum</i> (El trabajo de los monjes: BAC 12)
ord.	<i>De ordine libri duo</i> (El orden: BAC 1)
pecc. mer.	<i>De peccatorum meritis et remissione</i> (Consecuencias y perdón de los pecados: BAC 9)
perseu.	<i>De dono perseuerantiae</i> (El don de la perseverancia: BAC 6)
qu.	<i>Quaestionum in Heptateucum libri septem</i> (Cuestiones sobre el Heptateuco: BAC 28)
reg. 3	<i>Praeceptum</i> (Regla de san Agustín: BAC 40)

retr.	<i>Retractationum libri duo</i> (Las revisiones: BAC 40)
s.	<i>Sermones</i> (Sermones: BAC 7, 10, 23, 24, 25, 26)
s. Caes. Eccl.	<i>Sermo ad Caesariensis ecclesiae plebem</i> (Sermón a los fieles de la iglesia de Cesarea: BAC 33)
s. Dolbeau	<i>Sermones Dolbeau</i> (Sermones Dolbeau)
s. dom. m.	<i>De sermone domini in monte libri duo</i> (El sermón de la Montaña: BAC 12)
s. Erfurt	<i>Sermones Erfurt</i> (Sermones Erfurt)
sol.	<i>Soliloquiorum libri duo</i> (Los Soliloquios: BAC 1)
spir. et litt.	<i>De Spiritu et littera</i> (El espíritu y la letra: BAC 6)
trin.	<i>De trinitate libri quindecim</i> (Sobre la Trinidad: BAC 5)
uera rel.	<i>De uera religione liber unus</i> (La verdadera religión: BAC 4)
uid. deo	<i>De uidendo Deo liber unus (epistula 147)</i> (Libro sobre la visión de Dios: BAC 11a)
uirg.	<i>De sancta uirginitate liber unus</i> (La santa virginidad: BAC 12)

Roma, 13 de noviembre de 2019.
Fiesta de todos los Santos de la Orden

San Agustín a lo largo de su vida dedicó algunas de sus obras a diversos personajes. Basta recordar que dedicó el *Contra Academicos* (Contra los académicos, es decir, contra los filósofos escépticos) a su amigo y patrocinador Romaniano; el *De Ordine* (Sobre el Orden) a uno de los miembros del «círculo neoplatónico milanés» llamado Zenobio; su monumental obra *De ciuitate Dei* (La ciudad de Dios) al conde y amigo Marcelino, por solo citar unos pocos.

En este caso, quisiera dedicar esta obra a todos los estudiantes, profesores y personal de la Uniagustiniana de Bogotá (Colombia) y a todas las personas que de alguna manera forman parte de la gran familia agustino recoleta, particularmente en Colombia. A los religiosos agustinos recoletos y religiosas agustinas recoletas contemplativas; a las Misioneras agustinas recoletas, a las agustinas recoletas de los enfermos, a las Fraternidades Seglares, a las Juventudes Agustino Recoletas (JAR), a las Madres Mónicas y a todas las personas que forman parte de los movimientos parroquiales o educativos de los ministerios agustinos recoletos de Colombia. Este libro ha sido pensado para ustedes.

Es mi deseo que esta obra les ayude a conocer y a amar más a san Agustín para que, siguiendo su ejemplo, podamos conocer y amar más a Cristo, único camino de Verdad y de Vida.

Y comenzaba diciendo que san Agustín había dedicado algunas de sus obras a ciertas personas. Entre ellas hay un caso especial, en el que san Agustín, muchos años después, se había arrepentido de haber dedicado su obra a dicho personaje, pues dicha persona de

alguna manera lo había decepcionado. Se trata de Manlio Teodoro, a quien san Agustín dedica su obra *De beata vita* (*Sobre la vida feliz*), y quien después de algunos años de haber sido un modelo para san Agustín se había olvidado de las virtudes cristianas, llenándose de «una enorme soberbia» (*conf.* 7, 13), decepcionado con ello a san Agustín.

Les dedico a todos ustedes esta obra con todo mi afecto agustiniano. Que ninguno siga los pasos de Manlio Teodoro.

Agradecimientos

San Agustín, en la *enarratio* al salmo 21 en el segundo sermón, nos da un consejo que no debemos olvidar. Así, al hablar de diversos elementos de la oración, destaca san Agustín que siempre hay que darle gracias a Dios. En toda ocasión, es preciso no olvidarnos de agradecer al Señor: «*Mementote semper dici, Deo gratias*» (Acuérdense de decir siempre, Gracias a Dios» (en. Ps. 21, 2, 5)

Por ello, mi agradecimiento va dirigido en primer lugar a Dios, Señor, Padre y Origen de todos los dones y de todas las bendiciones. Sin él ninguna de mis obras hubiera sido posible, pues Él siempre las inspira, las sostiene, las acompaña y las lleva a su término. A él, mi agradecimiento. *Deo Gratias*.

Quisiera agradecer también al rector de la Uniagustinana, el padre Enrique Arenas Molina, la oportunidad que gentilmente me ha brindado de publicar esta obra en la editorial de la Uniagustiniana, pensando en el bien de todos los estudiantes y maestros.

Muchas gracias, asimismo, al padre Albeiro Arenas, prior provincial de la provincia agustino recoleta de Nuestra Señora de la Candalaria, y en su persona gracias a todos los religiosos de dicha provincia, por su fraternidad y amistad, siempre franca, cariñosa y abierta, y por hacerme sentir siempre como en casa cuando estoy entre ellos.

Gracias a la Editorial Uniagustiniana, en la persona de Ruth Elena Cuasialpud, por el trabajo que se han tomado en editar esta obra con profesionalidad y calidad.

Gracias también a quienes de alguna manera u otra han hecho posible esta obra, y que sería largo enumerar. A todos, muchas gracias, y juntos agradezcamos a Dios, fuente y origen de todo bien.

Introducción

Es posible que ningún otro pensador de la antigüedad tardía haya tenido tanto influjo en el desarrollo del pensamiento y de la filosofía contemporánea como san Agustín. Su vida es un apasionante modelo de búsqueda de la verdad y de la felicidad, así como un brillante paradigma para el hombre contemporáneo, que está sediento de verdad y felicidad, y muchas veces vive con la gran frustración de no hallar verdades y, por lo tanto, de no ser feliz. San Agustín es también un faro luminoso en cuanto a su vida, sus escritos y su pensamiento. Muchas de sus frases son deslumbrantes fogonazos de sabiduría, en donde con una gran economía de palabras, se dicen verdades innegables que invitan a cualquier persona sensata a la reflexión.

San Agustín, al vivir apasionadamente su aventura como ser humano, puede atraer con su vida y su pensamiento incluso a los más alejados de la fe católica, pues su doctrina apela no solo a la piedad del creyente devoto sino también al intelecto sincero de quien se sabe peregrino por los caminos de la verdad y de la sabiduría. San Agustín también recorrió esos caminos, con los pies de la inquietud y de la sinceridad, para llegar a descubrir que la sabiduría por la que se sintió cautivado en su juventud mientras estudiaba en Cartago no era solo una realidad abstracta o una meta intrínseca a conseguir, sino que llegó a darse cuenta de que la sabiduría tenía un nombre, que era precisamente Jesucristo, la fuerza de Dios y la sabiduría de Dios (1 Cor 1, 24). De hecho, este es el primer texto paulino que de manera implícita aparece en los escritos agustinianos, ya que refleja su inquietud y su búsqueda de la verdad y de la sabiduría¹.

¹ “Elevo mis peticiones a la misma y suprema fuerza y sabiduría de Dios, pues, ¿no es así como nos presentan al Hijo de Dios los misterios de nuestra fe?” (Acad. 2, 1, 2).

Por esto y otras muchas razones es por las que san Agustín es una figura señera de nuestros días. El Papa Benedicto XVI lo ha señalado como modelo de conversión, como «uno de los más grandes convertidos de la historia de la Iglesia»² y quien vivió la conversión no solo como «un acontecimiento sucedido en un momento determinado, sino (como) un camino»³, ciertamente un camino que abarca todos los momentos de su vida, en donde san Agustín irá realizando diversos cambios para responder mejor a Dios⁴. De este modo puede ser un claro ejemplo para quien va buscando un camino y un modelo para llegar a la sabiduría, a la verdad y a Dios.

No obstante, a pesar de todo ello y de la gran importancia que San Agustín tiene para el pensamiento contemporáneo y para la espiritualidad católica, la figura del Obispo de Hipona sigue estando envuelta, en muchas ocasiones, en el desconocimiento y en un cierto olvido respetuoso. Se habla a veces de san Agustín, pero verdaderamente no se le conoce. Se citan sus frases –en ocasiones sacándolas de su contexto original–, pero se desconoce su pensamiento y la dinámica espiritual que lo inspiraba. Y en esta dinámica contemporánea, se le ha llegado a relegar a un ámbito universitario y académico, olvidando que el propósito esencial de san Agustín era el de servir al pueblo de Dios, y de escribir y predicar para llamar a todos a la salvación en Jesucristo.

Por todo ello es por lo que me decidí a emprender la obra que ahora ofrezco. Se trata de un libro sencillo, sin pretensiones estrictamente académicas. Una obra que pueda, por una parte, acercar la figura de san Agustín al lector contemporáneo, intentando poner de manifiesto muchos detalles interesantes o simplemente curiosos de la vida del santo Obispo de Hipona, y por otra, un acicate para conocer, estudiar y amar más a san Agustín.

El sencillo esquema de preguntas y respuestas puede, en primer lugar, despertar la curiosidad del lector, y al tratarse en su gran mayoría de respuestas cortas, esto puede dar pie a que la obra pueda

² Benedicto XVI, *Homilía*, 22-IV-2007.

³ Idem.

⁴ Cf. Cipriani, N., *Molti e uno solo in Cristo. La spiritualità di Agostino*, Roma: Città Nuova, 2009, 37ss.; Oroz, J., «Conversión», en Fitzgerald, A. (ed.), *Diccionario de san Agustín*, Burgos: Monte Carmelo, 2001, 331ss.

ser leída no toda de corrido, sino en diversos momentos u ocasiones del día. La vida contemporánea impone en ocasiones un ritmo vertiginoso, en donde las lecturas largas y continuadas se van relegando a momentos especiales de calma y serenidad, que a veces nunca llegan. En una ocasión hablando con Mons. John Tong, quien en aquel entonces (2005) era obispo auxiliar de Hong Kong y hace algunos años fue nombrado cardenal de Hong Kong (2012), me comentó que una de las grandes desgracias del hombre contemporáneo es que vive una vida con un “*chopped time*”, con un tiempo cortado en trozos, y muy pocas veces un tiempo largo y continuo.

Por ello, en vista de este “*chopped time*” del hombre contemporáneo, esta obra pretende tener un dinamismo paralelo al dinamismo de la vida del mundo actual. Se hace una pregunta y entre una estación del metro y la siguiente, en la que el imaginario viajante se tuviera que bajar, se puede leer la respuesta a la pregunta anteriormente planteada o por lo menos comenzar a degustar de la respuesta, quedándose en el interior de este imaginario viajero urbano, la inquietud de seguir leyendo el libro al emprender el viaje de regreso.

Se trata de una obra pensada sobre todo en los miembros de la familia agustiniana, herederos directos del pensamiento, espiritualidad y carisma de san Agustín, para que a través del conocimiento cada vez más profundo del Obispo de Hipona, surja no sólo el deseo de conocerlo más, sino también de amarlo más y de hacer vivo y presente su espíritu, carisma e ideología en el mundo contemporáneo.

Y antes de comenzar a recorrer las páginas que siguen alguno se podría preguntar, ¿por qué 55 preguntas? Es verdad que el número más agustiniano para las preguntas es el 83, como sucede en sus *Diuersis quaestionibus*, que son precisamente 83, o bien 88, que es el número de herejías recogido en el *De haeresibus*. Debo confesar que un principio pensé escribir 83 preguntas, pero me percaté entonces que la obra iba a ser demasiado larga y que posiblemente por su volumen y extensión, iba desanimar a quienes quisieran leerla, por lo que preferí, por razones de extensión y difusión, ceñirme a 55 preguntas.

Es verdad que algunas respuestas son sumamente cortas y esquemáticas, mientras que otras son algo más extensas. No obstante en todos los casos he procurado ajustarme a un criterio de brevedad y

he procurado, en lo posible, resumir las diversas cuestiones abordadas. En todos los casos, ofrezco siempre al final de cada una de las respuestas, una bibliografía mínima, para que el lector que quiera investigar o leer más sobre el tema tratado, sepa a dónde puede recurrir, y conozca una literatura que le pueda indicar más pistas y bibliografía para una ulterior profundización en el tema.

La última pregunta, es verdad, se ha quedado en blanco, pues es la pregunta que el lector le debe hacer a san Agustín al final de la lectura de esta obra. Sería de desear que el mismo lector, pasados algunos años, después de seguir leyendo e investigando sobre el pensamiento, la espiritualidad y el carisma de san Agustín, fuera capaz de darle voz al Obispo de Hipona y responder a su propia pregunta, para ser como san Agustín, que progresaba escribiendo y escribía progresando (*ep.* 143, 2).

Familia y vida de san Agustín



1. ¿Cómo se llama y dónde está el pueblo donde nació san Agustín?

San Agustín nació el 13 de noviembre del 354 en Tagaste. Actualmente se llama Souk Ahras y se encuentra en Argel muy cerca de la frontera de este país con Túnez⁶.

Tagaste estaba a 97 kilómetros de Hipona y era un *municipium* romano, aunque el nombre es pre-romano⁷. Era una ciudad pequeña (*ciuitas parua*), como nos ha recogido el relato de la vida de Melania la joven, quien visitó el pueblo en el 410, junto con su esposo Piniano⁸, cuando fueron a visitar al obispo de Tagaste, san Alipio.

Era pues, una comunidad autónoma, con su propio gobierno interno, su concejo, del que formaba parte Patricio, padre de san Agustín quien es descrito como un modesto munícipe “*tenuis municeps*”⁹.

Aunque son muy escasos los restos arqueológicos que quedan, pues la moderna ciudad de Souk Ahras se edificó sobre la antigua Tagaste, podemos suponer que poseía como todas las ciudades romanas, un foro, una curia, una basílica (para los asuntos legales), templos paganos y alguna Iglesia¹⁰.

El paso de los años y los diferentes avatares políticos y religiosos han hecho que actualmente queden escasísimas huellas de san Agustín en su propio pueblo natal, particularmente porque Argel es una nación musulmana. Como ha señalado un autor, sólo queda

⁶ Cf. P. Brown, *Augustine of Hippo. A Biography*, Berkeley, University of California Press, 2000, p. 7.

⁷ Cf. S. Lancel, *St. Augustine*, London, SCM Press, 4..

⁸ Vita s. *Melaniae Iunioris*, I, 21; Anal. Bolland., 8, 1889, p. 35.

⁹ *conf.* 2, 5.

¹⁰ Cf. S. Lancel, *St. Augustine*, London, SCM Press, 4.

como vestigio agustiniano en Tagaste, paradójicamente, un taller de coches que lleva el nombre de Agustín y un hermoso perro esculpido en plata. Este perrito es una perfecta reproducción del perro que aparece en uno de los frescos de la serie biográfica de san Agustín pintada por Benozzo Gozzoli en la ciudad italiana de san Gimignano¹¹. En uno de estos frescos, concretamente en el que representa a san Agustín como maestro, aparece un gracioso perrito que aunque parece no prestar mucha atención a la lección de san Agustín, como les sucede a muchos de los alumnos que asisten a la clase, por lo menos manifiesta respeto ante la sabiduría con la que diserta san Agustín. Una reproducción de este simpático perrito se encuentra en el Ayuntamiento de la ciudad de Tagaste, haciendo un interesante guiño, pues el perrito se encuentra inserto en una serie biográfica de san Agustín y dentro de la Iglesia del mismo san Agustín, en donde se recuerda que el Obispo de Hipona es uno de los más grandes pensadores, sabios y santos de la Iglesia católica.



Para saber más...

P. BROWN, *Agustín de Hipona*, Madrid, Acento, 2001.

A. FITZGERALD, “Tagaste”, en A. FITZGERALD (ed.), *Diccionario de san Agustín*, Burgos, Monte Carmelo, 2001, 1251

A. G. HAMMAN, *La vida cotidiana en África del Norte en tiempos de san Agustín*, OALA, 1989.

S. LANCEL, *Saint Augustin*, Paris, Fayard, 1999.

R. MARKUS, “Vida, cultura y controversias de Agustín”, en A. FITZGERALD, *Diccionario de san Agustín*, Burgos, Monte Carmelo, 2001, 1319-1328.

¹¹ Cf. Diane Cole Ahl, “The life of Saint Augustine in San Gimignano”, en Joseph C. Schnaubelt – Frederick Van Fleteren, *Augustine in Iconography. History and Legend*, New York, Peter Lang, 1999, pp. 359-382.

2. ¿Cómo sabemos la fecha de nacimiento de san Agustín?

De muchos personajes contemporáneos de san Agustín se ignora no sólo la fecha de su nacimiento, sino incluso el año. Como es el caso de san Ambrosio del que no se sabe si nació el 337 o el 339¹². Y si no hay seguridad en torno al año, menos la hay en lo relativo al día. Lo mismo sucede con san Jerónimo, pues algunos se inclinan por colocar la fecha de su nacimiento el 347 y otros antes de esta fecha¹³. No se diga nada del día.

Por ello, el caso de san Agustín es un caso particular, ya que sabemos con certeza la fecha de su nacimiento, y lo sabemos porque él mismo nos lo dice. Dentro de su obra *De Beata vita*, que forma parte de los así llamados, Diálogos de Casiciaco, obras escritas en el 386 mientras se preparaba para recibir el bautismo, él mismo nos comenta que escribe parte de la obra el mismo día de su cumpleaños¹⁴ y no sólo esto, sino también nos refiere la receta de la tarta con la que él quisiera honrar a sus huéspedes: una tarta que llevaba miel, harina y almendras¹⁵. Si bien es cierto que la alusión a la tarta es más un recurso literario que una realidad fáctica.

Hoy, dos pueblos cercanos a Milán¹⁶, en el norte de Italia, Cassago Brianza¹⁷ y Casciago¹⁸, disputan sobre cuál de ellos es el auténtico

¹² Cf. M. G. Mara, “Ambrogio”, en DPAC, I, 229.

¹³ J. Gribomont, “Girolamo”, en DPAC II, 2262.

¹⁴ “El día 13 de noviembre era el día de mi natalicio”. (Idibus nouembris mihi natalis dies erat). beata u. 6.

¹⁵ “(...) o qué infeliz sea el sabio, porque con estos tres ingredientes como con miel, harina y almendra, está confeccionado el postre que tú no quieres probar”. beata u. 15.

¹⁶ Cf. Acad. 1, 5, 8, 2, 10; ord. 1, 7; 2, 1).

¹⁷ Está a unos 35 km al noreste de Milán.

¹⁸ Está a 55 km al noroeste de Milán.

Rus Casiciacum¹⁹, donde san Agustín escribió estos diálogos. Los estudiosos se inclinan a pensar que el lugar que puede corresponder mejor a Casiciaco es Cassago Brianza, por razones toponímicas (por el nombre de la población), por tradiciones explícitamente conocidas antes del siglo XVII que vinculaban a la región con san Agustín, por los hallazgos arqueológicos, los detalles geográficos y la menor distancia que hay entre Cassago Brianza y Milán, como puede deducirse de *ord.* 2, 18.



Para saber más...

P. BROWN, *Agustín de Hipona*, Madrid, Acento, 2001.

S. LANCEL, *Saint Augustin*, Paris, Fayard, 1999.

R. MARKUS, “Vida, cultura y controversias de Agustín”, en A. FITZGERALD, *Diccionario de san Agustín*, Burgos, Monte Carmelo, 2001, 1319-1328.

D. WEBER, “Augustinus’ Geburtstagsfeier in *De beata uita*”, en *Wiener Humanistische Blätter* 46 (2004), 12-25.

¹⁹ De hecho el nombre de Casiciaco como tal sólo aparece una vez en la obra agustiniana en *conf.* 9, 5. En otras ocasiones para hablar de Casiaco habla del lugar en el campo (*conf.* 9, 14; *retr.* 1, 5, 1), en Liguria (*an. quant.* 62)

3. ¿Quiénes fueron los padres de san Agustín?

El padre de san Agustín se llamaba Patricio y su madre Mónica²⁰. Patricio no estaba bautizado, mientras que Mónica era una ferviente católica, a pesar de que el nombre de Mónica en púnico sea el diminutivo de Monna²¹, una deidad púnica de la fecundidad. Sin duda este nombre tan pagano en una mujer tan cristiana nos habla de que muy probablemente antes de nuestra santa Mónica hubiera otra, una mártir homónima, en cuyo honor le pusieron este nombre a la madre de san Agustín. De lo que sí podemos estar ciertos es de dos cosas. El nombre de Mónica era un nombre cristiano bastante común en la época de san Agustín, como puede comprobarse por la epigrafía funeraria de aquel tiempo²²; y por otra parte, la Mónica más conocida y famosa de la antigüedad tardía es precisamente la madre de san Agustín, a quien el Obispo de Hipona le dedicó el libro noveno de la *Confesiones*, además de otros muchos pasajes dentro de esta obra y de sus primeras obras en general, por los que podemos conocer muchos detalles de su vida.

²⁰ *conf.* 9, 37.

²¹ Esta es la opinión de Cf. S. Lancel, *Saint Augustin*, London, SCM Press, 1999, 5. Vattoni en 1982 había afirmado que el nombre de Mónica era una forma abreviada de Aminica y que por lo tanto provenía del nombre del dios Amón y significaba “la que pertenece o es de Amón”. Cf. F. Vattoni, “L’etimologia di Monica”, en *Augustinianum* 22 (1982), 581-582. Posteriormente Vattoni en 1996, había hecho una autocorrección al revisar con más detalle las inscripciones, para descubrir que el nombre procede de Monm aunque Vattoni afirma que entre los púnicos nunca existió una diosa Mona/Monna. Cf. F. Vattoni, “Ancora sulla etimologia di Monica”, en *Augustinianum* 36 (1996), 184.

²² Aunque se dan variantes en la epigrafía como Monna, Monnosa, Monosa, Monnina, Monina, Monnula, etc. Cf. F. Vattoni, “L’etimologia di Monica”, en *Augustinianum* 22 (1982), 583,

Las oraciones, la paciencia y las lágrimas de Mónica consiguieron la conversión primero de su marido, Patricio, quien se bautizó en el lecho de muerte²³ y posteriormente de su propio hijo san Agustín²⁴.



Para saber más...

P. BROWN, *Agustín de Hipona*, Madrid, Acento, 2001.

S. LANCEL, *Saint Augustin*, Paris, Fayard, 1999.

R. MARKUS, “Vida, cultura y controversias de Agustín”, en A. FITZ-GERALD, *Diccionario de san Agustín*, Burgos, Monte Carmelo, 2001, 1319-1328.

F. VATTONI, “L’etimologia di Monica”, en *Augustinianum* 22 (1982), 583-584.

F. VATTONI, “Ancora l’etimologia di Monica”, en *Augustinianum* 36 (1996), 183-184.

²³ *conf.* 9, 22.

²⁴ *conf.* 9, 26.

4. ¿Cuántos hermanos tuvo san Agustín?

No sabemos cuántos hermanos tuvo san Agustín. Sólo conocemos el nombre de uno de ellos y la existencia de una hermana, cuyo nombre desconocemos. El nombre del hermano de san Agustín era Navigio. San Agustín lo menciona en los así llamados “Diálogos de Casiciaco”, en el *Contra Academicos*²⁵, *De ordine*²⁶ y en el *De beata vita*, donde san Agustín se refiere a él como “mi hermano Navigio”²⁷. Por ello sabemos que Navigio acompaña a san Agustín en el año 386 en las cercanías de Milán cuando san Agustín se preparaba para recibir el bautismo.

Sabemos también, que san Agustín tuvo una hermana, quien al quedarse viuda, ingresó en el monasterio de mujeres fundado por san Agustín en Hipona, del que llegó a ser priora. Sabemos de su existencia por los problemas que se suscitaron en este monasterio a la muerte de la hermana de san Agustín. La tradición le ha dado muchos nombres a esta hermana de san Agustín, pero lo cierto es que desconocemos como se llamaba²⁸. Tuvo también algunas sobrinas que fueron monjas en el monasterio de Hipona, pero desconocemos sus nombres²⁹.

Es posible que san Agustín tuviera más hermanos, pero los datos que él nos proporciona dentro de sus obras no nos permiten hacer ninguna conjetura más. A pesar de ello conocemos el nombre de uno de sus sobrinos que vivía en el monasterio de Hipona con su tío

²⁵ *Acad.* 1, 5; 1, 6.

²⁶ *ord.* 1, 5; *ord.* 1, 7.

²⁷ *beata u.*, 6; también aparece en *beata u.* 7; *beata u.* 12; *beata u.* 14; *beata u.* 20;

²⁸ *ep.* 211, 4.

²⁹ Cf. *Vita Augustini*, 26.

san Agustín, sobrino que curiosamente lleva el mismo nombre del abuelo, el padre de san Agustín: Patricio³⁰ y de quien sabemos que su madre había muerto y que tenía unas hermanas³¹.



Para saber más...

P. BROWN, *Agustín de Hipona*, Madrid, Acento, 2001.

A. DI BERARDINO, “Navigio”, en DPAC, II, Genova-Milano, 2007, p. 3433

A. FITZGERALD, “Navigio”, en A. FITZGERALD, *Diccionario de san Agustín*, Burgos, 2001, 937-

S. LANCEL, *Saint Augustin*, Paris, Fayard, 1999.

R. MARKUS, “Vida, cultura y controversias de Agustín”, en A. FITZGERALD, *Diccionario de san Agustín*, Burgos, Monte Carmelo, 2001, 1319-1328.

³⁰ s. 356, 3.

³¹ *Idem*.

5. ¿Se puede decir que san Agustín fue pagano?

San Agustín nunca fue pagano. Desde su más tierna infancia, santa Mónica lo llevó a la Iglesia para que recibiera en su frente la señal de la cruz y en su boca unos cuantos granos de sal: “(...) *fui signado con el signo de la cruz y se me dio a gustar su sal desde el mismo vientre de mi madre, que esperó siempre mucho en ti*”³². A través de estos ritos san Agustín, al igual que otros muchos de sus contemporáneos, eran ya considerados “cristianos”³³, a pesar de no estar bautizados, pues se distinguía entre el hecho de ser cristiano, es decir que haber recibido los ritos admisión dentro de la Iglesia, al hecho de ser “fiel”, es decir de haber sido bautizado. San Agustín fue pues siempre cristiano y así se consideraba él, en contraposición con los paganos. Si entró en la secta maniquea fue precisamente porque ellos se presentaban como los “verdaderos cristianos”, en contra de los católicos a quienes ellos tachaban de ser “semicristianos”³⁴.

Así pues la vida cristiana de san Agustín comienza en su tierna infancia, y llegará a su plenitud cuando se bautice la noche del 24 al 25 de abril del 387 en Milán.

³² *conf.* 1, 17.

³³ Cf. s. 376A, 4

³⁴ Cf. c. *Faust.* 1, 3; c. *Faust.* 2, 2.



Para saber más...

J. D. BEDUHN, *Augustine's Manichean Dilemma. I Conversion and Apostasy. 373-388 C. E.*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 2010.

P. BROWN, *Agustín de Hipona*, Madrid, Acento, 2001.

S. LANCEL, *Saint Augustin*, Paris, Fayard, 1999.

R. MARKUS, "Vida, cultura y controversias de Agustín", en A. FITZGERALD, *Diccionario de san Agustín*, Burgos, Monte Carmelo, 2001, 1319-1328.

6. ¿Cómo se llamaba el gran mecenas de san Agustín?

Quien ayudará a san Agustín en diversos momentos de su vida aportando para ello su propio dinero y bienes será Romaniano, quien era originario de Tagaste y pariente lejano de san Agustín³⁵. Gracias a su ayuda, san Agustín pudo ir a completar sus estudios en retórica a Cartago³⁶.

Cuando san Agustín se haga “oyente” maniqueo y santa Mónica lo expulse de la casa³⁷, será Romaniano quien acoja en su casa a san Agustín, a su concubina y a su hijo Adeodato. Romaniano también fue quien ayudó a san Agustín a abrir una cátedra en Cartago, dándole también alumnos, pues pondrá en sus manos a su propio hijo Licencio³⁸.

Con justicia san Agustín le dedicará su primera obra, *Contra Academicos*³⁹, invitándolo al estudio de la filosofía. Y en vista de que por el influjo de san Agustín Romaniano se había hecho maniqueo, san Agustín le dedica el *De uera religione*⁴⁰ para invitarlo a que se haga cristiano, cosa que hará el año 396.

San Agustín pondrá en contacto a Romaniano con san Paulino de Nola⁴¹, y será Romaniano mismo quien le lleve a san Paulino un ejemplar de la obra de san Agustín *De uera religione*⁴².

³⁵ *ep.* 26.

³⁶ *Acad.* 2, 2, 3.

³⁷ *conf.* 3, 19.

³⁸ Cf. *ord.* 1, 2, 5.

³⁹ *Acad.* 2, 8.

⁴⁰ *uera rel.* 12; *ep.* 15, 1; *ep.* 27, 4.

⁴¹ *ep.* 27, 4.

⁴² *ep.* 15, 1; *ep.* 27, 5.

Algunos especialistas afirman que a Romaniano se le conocía también con el nombre de Cornelio, en vista de una inscripción que fue descubierta en Tagaste. Si esto fuera cierto, san Agustín le escribe hacia el año 408 la carta 259, respondiendo a la petición de este Cornelio (¿Romaniano?), quien quería recibir una carta de consolación por la muerte de su esposa Cipriana. Sin embargo san Agustín le echa en cara a Cornelio que después de la muerte de su esposa, él se ha rodeado de mujeres y lleva una vida desenfrenada de lujuria⁴³. San Agustín en la carta le advierte con seriedad del grave peligro espiritual que esto representa. El final de la historia no se conoce. No sabemos si este Cornelio (¿Romaniano?) le hizo caso a san Agustín y se convirtió de su vida licenciosa. Probablemente si este Cornelio es el mismo personaje que Romaniano, de seguro le haría caso a san Agustín, pues siempre lo hizo a lo largo de su vida.



Para saber más...

P. BROWN, *Agustín de Hipona*, Madrid, Acento, 2001.

A. FITZGERALD, “Romaniano” en A. FITZGERALD (ed.), *Diccionario de san Agustín*, Burgos, Monte Carmelo, 2001, 1152-1153.

A. GABILLAN, “Romanianus alias Cornelius. Du nouveau sur le bienfaiteur et l’ami de saint Augustine”, en *REAug* 24 (1978), 58-70.

S. LANCEL, *Saint Augustin*, Paris, Fayard, 1999.

F. NAVARRO COMA, “Romaniano y Agustín: amistad e intereses entre un curial rico y un curial pobre”, en *Polis* 10 (1998), 247-267.

⁴³ *ep.* 259, 3-4.

7. ¿Quién era el Papa y el emperador cuando san Agustín nació?

Cuando nació san Agustín (354), era Papa en Roma san Liberio que sería Papa del 352 al 366. Este Papa sufrió el exilio en el 357 por no doblegarse a las intenciones arrianas del emperador Constancio. A su regreso a Roma el 358, el pueblo lo recibió como al verdadero Papa, obligando al antipapa Felix II a huir. Algunos de sus contemporáneos como san Hilario de Poitiers y san Atanasio juzgaron duramente el que obligado por las presiones del emperador hubiera cedido a firmar una fórmula de fe heterodoxa (Sirmio 357), cuestión que él después procuraría restañar declarándose favorable a la fe de Nicea en una carta dirigida a los obispos orientales (366). Su nombre ha pasado también a la historia vinculado con la Basílica de santa María Mayor de Roma, llamada también “basílica liberiana”, si bien los arqueólogos discuten hoy si fue construida en el mismo lugar en el que hoy se alza la Basílica de santa María Mayor⁴⁴.

El Emperador en el momento de nacimiento de san Agustín era el hijo de Constantino el Grande, Constancio, quien después del asesinato de su hermano Constante, había derrotado al usurpador Magnecio. Constancio a pesar de la catolicidad de su padre, era arriano y procuró favorecer a este grupo dentro de la Iglesia.

⁴⁴ Cf. B. Studer, “Liberio”, en *DPAC*, II, Genova-Milano, Marietti, 2007, 2822-2823.



Para saber más...

P. BROWN, *Agustín de Hipona*, Madrid, Acento, 2001.

A. G. HAMMAN, *La vida cotidiana en África del Norte en tiempos de san Agustín*, OALA, 1989.

S. LANCEL, *Saint Augustin*, Paris, Fayard, 1999.

R. MARKUS, “Vida, cultura y controversias de Agustín”, en A. FITZGERALD, *Diccionario de san Agustín*, Burgos, Monte Carmelo, 2001, 1319-1328.

B. STUDER, “Liberio”, en DPAC, II, Genova-Milano, Marietti, 2007, 2822-2823.

8. ¿Cómo era físicamente san Agustín?

No tenemos ninguna descripción sobre la apariencia o el aspecto físico de san Agustín, aunque algunos aseguran que el fresco del siglo VI conservado en el *Sancta Sanctorum* del Laterano es posible que refleje con una cierta fidelidad sus rasgos, pues a pesar de haber sido elaborado poco más de un siglo después de su muerte, aún quedaba vivo el recuerdo de su apariencia⁴⁵.

No obstante es preciso dejar claro que aunque nació en el norte de África y él se sentía plenamente africano⁴⁶, no era de la raza que comúnmente conocemos como africana, es decir de piel negra, pues desde el año 146 a. C., después de la Tercera Guerra Púnica, el norte de África era parte del Imperio Romano y era cultural, lingüísticamente romana⁴⁷. Si bien es cierto que fuera de las grandes ciudades y poblaciones mayores, se seguían hablando diversos dialectos a los que san Agustín se refiere genéricamente como “púnico”⁴⁸. Se trata pues de la lengua de los campesinos sencillos que poblaban las zonas rurales, de las que san Agustín nos ha dejado algunos detalles y anécdotas deliciosas, como la del obispo Valerio, los dos agricultores, el número tres y la salvación que viene por la Trinidad⁴⁹.

⁴⁵ Cf. Joseph Schnaubelt – Frederick van Fleteren, *Augustine in Iconography*, New York, Harper, 1999.

⁴⁶ “Cita a Mensurio, Ceciliano, Macario, Taurino, Romano y afirma que éstos hicieron contra la Iglesia de Dios, lo que no podía yo ignorar, puesto que soy africano y de edad ya avanzada”. c. *litt. Pet.* 3, 25, 29. Cf. ep. 17, 2.

⁴⁷ Cf. P. Brown, *Augustine of Hippo. A Biography*, Berkeley, University of Berkeley Press, 2000, 10.

⁴⁸ Idem.; Cf. M. Simon, “Punique ou berebère?” en *Annuaire de l’Inst. De Phil. et d’Histoire Judéo-Chrétienne*, 1962, 88-100.

⁴⁹ Cf. *exp. inch. Rom.* 13.

En las grandes ciudades y poblaciones habitaban personas, o bien mestizas, (mezcla de la raza latina con la púnica) o bien los descendientes de los *colonna* romanos que había poblado la zona después de las guerras púnicas⁵⁰.

Cuando vemos la familia de san Agustín podemos pensar -por lo menos de manera hipotética, guiándonos por los nombres-, que Patricio pudo haber sido de raza latina mientras que Mónica es posible que fuera de raza púnica, por lo menos por lo que señala su nombre, que en púnico es el diminutivo de Monna⁵¹, una deidad púnica de la fecundidad.

Como una primera conclusión, podríamos decir simplemente que no tenemos datos para poder hablar del aspecto físico de san Agustín.

No obstante una cosa es segura: se trataba de una persona que reunía dos características que se pueden deducir por los diversos acontecimientos de su vida. En primer lugar, san Agustín nunca llamó la atención, para bien o para mal, por su aspecto físico. Si hubiera existido algo llamativo, en relación al color de la piel o su complexión en general, seguramente tendríamos de ello algunas huellas en las páginas de su biografía o de su obra, particularmente en la obra que nos refiere una de las polémicas más encarnizadas que sostuvo san Agustín contra uno de sus peores antagonistas, Juliano de Eclana, un personaje que era un monumento a la soberbia⁵². De este modo, Juliano de Eclana nos ha dejado la lista más larga de insultos e improperios en contra de san Agustín. De este modo le llama «filosofastro de los cartagineses»⁵³, «Aristóteles de los púnicos»⁵⁴, «escritor de los cartagineses»⁵⁵, entre otros apelativos afrentosos, pero en ningún momento hace alusión al color de su piel o bien a su aspecto físico.

Esta sería una prueba muy ilustradora de lo que venimos diciendo, pues si hubiera algún detalle físico llamativo en san Agustín, su

⁵⁰ C. Lepelley, "Africa", en AL, 201.

⁵¹ Cf. S. Lancel, *Saint Augustin*, London, SCM Press, 1999, 5.

⁵² Cf. V. Grossi, "Giuliano d'Eclana", en DPAC, II, Genova-Milano, 2007, 2309-2311

⁵³ c. *Iul. imp.* 5, 11.

⁵⁴ *Ibid.* 3, 199.

⁵⁵ *Ibid.* 1, 73.

enemigo Juliano de Eclana no lo hubiera dejado pasar y lo habría incluido en su lista de insultos contra san Agustín, así como no había dejado pasar la propia alusión de san Agustín en las *Confesiones* al hecho de que santa Mónica se había aficionado a beber vino en su juventud, como fruto de una mala costumbre y cómo había sido reprendida y corregida por las palabras de una vieja sirvienta, quien la había llamado “borrachuela” (*meribibulam*)⁵⁶. Juliano de Eclana aprovecha este detalle para decir que san Agustín era hijo de una “borrachuela” y que por ende, era poco lo que se podía esperar de él⁵⁷. La respuesta de san Agustín es apabullante, pues él había conocido a los padres de Juliano de Eclana⁵⁸ y se congratula con ellos, pues murieron sin tener la pena de haber visto a su hijo convertido en un hereje⁵⁹.

Volviendo al aspecto físico de san Agustín, hay una segunda razón para hablar de que su apariencia exterior no llamaba la atención. Se trata del oficio que san Agustín consigue como orador oficial de la corte de Valentiniano II⁶⁰. Si su aspecto físico tuviera algo fuera de lo común, no hubiera conseguido este oficio, pues se tenía que presentar en muchas ocasiones delante del Emperador y aunque éste fuera sólo un adolescente (tenía 14 años cuando san Agustín era el orador oficial de la corte en el 384 y quien gobernaba realmente era su madre, la emperatriz Justina)⁶¹, su aspecto físico debería ser digno y apropiado a la corte. Sin embargo su acento lo delataba como africano⁶², aunque sus habilidades oratorias eran tales que hacían que este detalle pasara a segundo término.

⁵⁶ *conf.* 9, 18.

⁵⁷ Cf. *c. Iul. imp.* 1, 68.

⁵⁸ Cf. *ep.* 101, dirigida a Memorio, padre de Juliano de Eclana, quien como éste, fue también obispo de Eclana.

⁵⁹ *c. Iul. imp.* 1, 69: “En lo que se refiere a mi madre, nunca te hizo mal alguno, ni discutió contra ti, pero tú no has podido contener el impulso de ultrajarla, cediendo a la pasión de hablar mal (...) Pero, ¿qué tiene de particular mostrarte enemigo suyo, si eres enemigo de la gracia de Dios, por la que ella fue librada de este defectillo en su infancia? En gran honor tengo yo a tus padres, cristianos católicos, y me congratulo hayan muerto antes de verte hereje”.

⁶⁰ Cf. *S. Lancel, St. Augustine*, 64.

⁶¹ *Idem*; Cf. M. G. Mara, “Giustina”, en DPAC, II, Genova-Milano, Marietti, 2007, p. 2338.

⁶² Cf. *conf.* 1, 29; Cf. P. Brown, *Augustine of Hippo. A Biography*, 10.

Por otras circunstancias de su vida, como son las numerosas enfermedades que tuvo que afrontar, podemos deducir que era de constitución débil y enfermiza, aunque esto no fue un obstáculo para que fuera una persona longeva y llegara a los 76 años, una edad más que avanzada para su tiempo, pues la esperanza de vida era menor que la actual, tal y como nos lo manifiesta la arqueología y la epigrafía⁶³, entre otras ciencias.

San Agustín desempeñó una labor pastoral e intelectual muy intensa, a pesar de todo, hasta el final de su vida, según nos lo relata su primer biógrafo, san Posidio, sin haber visto menguado ninguno de sus sentidos⁶⁴. Prueba de ello son los cientos de obras que han llegado hasta nosotros.

Por otra parte, como es sabido, san Agustín nunca dejó de ser monje y aunque aceptó diversas encomiendas pastorales en beneficio de la Iglesia (ser presbítero en el 391 y obispo en el 395), su corazón seguirá siendo siempre el de un monje. Por ello es muy probable que san Agustín usara barba⁶⁵. Prueba de ello es la *enarratio* al salmo 132, en donde entre otras cosas, san Agustín contrapone la verdadera vida religiosa católica a la falsa vida monástica propia de los *circumcelliones* donatistas, y al dirigirse entre otros oyentes a los mismos monjes católicos, hace un claro “elogio a la barba”, sabiendo que ellos la llevan e invitándoles a encontrar en este hecho también, un elemento que les ayude a una vivencia espiritual⁶⁶.

⁶³ Cf. Liliane Ennabli, *Les inscriptions funéraires chrétiennes de la basilique dite de Sainte-Monique à Carthage*, Roma, École Française de Rome, 1975.

⁶⁴ “Hasta su postrera enfermedad predicó ininterrumpidamente la palabra de Dios en la Iglesia con alegría y fortaleza, con mente lúcida y sano consejo. (...) conservando íntegros los miembros corporales, sin perder ni la vista y el oído (...). Posidio, *Vida de san Agustín*, 31.

⁶⁵ Algún autor piensa lo contrario. Cf. A. Hamman, *La vita cotidiana nell’Africa di sant’Agostino*, Milano, Jaca Books, 1989, 53.

⁶⁶ “La barba simboliza la fortaleza. La barba simboliza a los jóvenes, a los valientes, a los diligentes, a los activos, a los alegres. Por eso, cuando los describimos, decimos que son hombres barbados”. *en. Ps. 132, 7.*



Para saber más...

P. BROWN, *Agustín de Hipona*, Madrid, Acento, 2001.

S. LANCEL, *Saint Augustin*, Paris, Fayard, 1999.

C. LEPELLEY, “Africa”, en *AL*, 201

M. LAMBERIGTS, “Uso agustiniano de la tradición, en la controversia con Juliano de Eclana”, en *AVGVSTINVS* 54 (2009), 409-452.

R. MARKUS, “Vida, cultura y controversias de Agustín”, en A. FITZGERALD, *Diccionario de san Agustín*, Burgos, Monte Carmelo, 2001, 1319-1328.

J. SCHNAUBELT – F. VAN FLETEREN, *Augustine in Iconography*, New York, Harper, 1999.

9. ¿Cómo era la salud de san Agustín?

La salud de san Agustín era sumamente frágil. A pesar de ello llegó a una edad muy avanzada, ya que en la época de san Agustín eran pocas las personas que llegaban a esa edad (76 años)⁶⁷. Así pues, la salud de san Agustín era una mala salud, pero de hierro, pues vivió hasta una edad avanzada para su época...

Sabemos que ya de niño estuvieron a punto de bautizarlo por unos graves dolores de estómago que tuvo⁶⁸, aunque como es sabido, en cuanto su salud mejoró se volvió a posponer el bautismo. Al llegar a Roma en el 383, san Agustín enfermó gravemente de unas fiebres

⁶⁷ Esto lo sabemos principalmente por la epigrafía. Al ver las lápidas sepulcrales de la época de san Agustín podemos comprobar la altísima mortandad infantil y entre los 25 - 40 años. Por tomar un caso del tiempo de san Agustín, entre las lápidas sepulcrales de la basílica de Cartago que se conoce como la “basílica de santa Mónica” (pues los arqueólogos suponen que fue en esta basílica donde santa Mónica entró a orar mientras san Agustín después de haberla engañado, se había embarcado para viajar con rumbo a Roma: Cf. *conf.* 5, 15), muchas de ellas son para niños o bien personas que no llegan a los 40 años. Es verdad que entre las lápidas que se conservan de esta basílica (cerca de 400) hay por lo menos tres de personas que murieron después de los 75 años. Cf. L. Ennabli, *Les Inscriptions funéraires chrétiennes de la Basilique dite de Sainte-Monique à Carthage*, Roma, École Française de Rome, 1975.

⁶⁸ *conf.* 1, 17: “Tú viste, Señor cómo cierto día, siendo aun niño, fui presa repentinamente de un dolor de estómago que me abrasaba y puso en trance de muerte. Tú viste también, Dios mío, pues eras ya mi guarda, con qué fervor de espíritu y con qué fe solicité de la piedad de mi madre y de la madre de todos nosotros, tu Iglesia, el bautismo de tu Cristo, mi Dios y Señor. Se turbó mi madre carnal, porque me paría con más amor en su casto corazón en tu fe para la vida eterna; y ya había cuidado, presurosa de que se me iniciase y purificase con los sacramentos de la salud, confesándote, ¡oh mi señor Jesús!, en remisión de mis pecados, cuando he aquí que de repente comencé a mejorar. Se difirió en vista de ello mi purificación, juzgando que sería imposible, que si vivía, no me volviese a manchar y que el reato de los delitos cometidos después del bautismo es mucho mayor y más peligroso.”

que estuvieron a punto de quitarle la vida⁶⁹, pero como él mismo comenta en las *Confesiones*, Dios no quiso que en ese momento él sufriera una doble muerte, de su cuerpo y de su alma, y le permitió sanar gracias a las oraciones de su madre, entre otras cosas⁷⁰.

Posteriormente cuando se quiere retirar a Casiciaco, aduce como razón para dejar sus clases unos fuertes dolores de pecho⁷¹, que le obligaban a forzar la voz⁷², a los que acompañaba una enfermedad del estómago: “Pues habiéndome obligado una enfermedad de estómago a dejar la cátedra (...) al punto me retiré a la quinta de Verecundo, nuestro generosísimo amigo”⁷³.

Una vez en Casiciaco, san Agustín es aquejado de un fuerte dolor de muelas del que se ve curado milagrosamente, gracias a las oraciones de los presentes⁷⁴.

⁶⁹ *conf.* 5, 16-18. S. Lancel afirma que san Agustín en Roma se hospedaba en casa de Constancio un rico oyente maniqueo y que fue éste precisamente quien salvó la vida de Agustín. Cf. S. Lancel, *St. Augustine*, p. 58. Este mismo Constancio aparece en el *De moribus ecclesiae* y en el *contra Faustum* por el proyecto que tuvo de fundar en su casa un monasterio maniqueo, llamando para ello a una serie de electi o elegidos maniqueos, poniendo como regla de vida una parte de la carta de Manes. El proyecto fue un fracaso pues al final todos lo abandonaron como algo imposible de cumplir y de vivir, descubriéndose así no sólo la falsedad de la vida de los *electi* maniqueos, sino también aberraciones como la de uno de los obispos maniqueos, que parecía ser más austero y severo, pero no se abstendían de los alimentos prohibidos por la carta de Manes, sino que compraban por grandes sumas de dinero comidas que le eran enviadas secretamente. Cf. *mor.* 2, 74; *c. Faust.* 5, 7. Según P. Courcelle y G. Bonner, este Constancio acabó convirtiéndose al catolicismo. Cf. Bonner, *St. Augustine of Hippo. Life and controversies*, London, SCM Press, 1963, 178; Cf. P. Courcelle, *Recherches sur les Confessions de Saint Augustin*, Paris, E. De Boccard Editeur, 1950, 179 (nota 1).

⁷⁰ *conf.* 5, 16.

⁷¹ *conf.* 9, 4. “(...) a no haberme forzado un dolor de pecho a abandonar mi charlatanería profesional y a refugiarme en el seno de la filosofía”: *Acad.* 1, 3.

⁷² *Acad.* 3, 15: “(...) con todo porque somos tan pocos, que no tengo necesidad de esforzarme en la voz con perjuicio de mi salud, y como precisamente a causa de ella he querido que el estilete sea el auriga y moderador del discurso, para que no me deje arrastrar de la celeridad y vehemencia más de lo que me consiente el estado de mi cuerpo (...)”.

⁷³ *ord.* 1, 5.

⁷⁴ *sol.* 1, 21; *conf.* 9, 12: “Me atormentaste entonces con un dolor de muelas, y como arriase tanto que no me dejase hablar, se me vino a la mente avisar a todos los míos, presentes, que orasen por mí ante ti, ¡oh Dios de toda salud! Escribí mi deseo en una tablilla de cera y las di para que las leyeran. Luego doblamos la rodilla con suplicante afecto, huyó aquel dolor. ¡Y qué dolor! ¡Y cómo huyó! ¡Me llené de espanto, lo confieso, Dios mío y Señor mío. Nunca desde mi primera edad había experimentado cosa semejante”.

Cuando ya sea obispo, san Agustín padecerá unas hemorroides que le molestan de tal forma que no lo dejan caminar, ni estar sentado ni acostado. Sin embargo es admirable que san Agustín no se queja por ellas, sabiendo que si Dios así lo ha querido, el no puede sino también quererlas, tal y como se lo comenta a Profuturo.⁷⁵

En el año 410, año terrible del saqueo de Roma por parte de los vándalos, san Agustín tendrá que ausentarse de Hipona por unas fiebres⁷⁶, que después de regresar a Hipona le volvieron a dar⁷⁷. La ausencia de san Agustín en esos momentos causó algún escándalo entre sus fieles⁷⁸ pues no comprendían la enfermedad de su obispo y por ser momentos de gran consternación.

En vista de las enfermedades de san Agustín algunos de sus conocidos y amigos le enviarán algunos remedios para su salud, como los que le envía el conde Darío hacia el 429, sin que la carta agustiniana especifique de qué medicina o remedio se trataba⁷⁹.

Al final de su vida⁸⁰ san Agustín anciano se quejará de estar cansado y de apenas poder hablar –además de que ese día hacía un tremendo calor–, y a pesar de haber recibido la visita de otros obispos que habían acudido a la consagración de una capilla en honor a san Esteban cerca de Hipona, ninguno de ellos quiso predicar, sino que dejaron esta labor a san Agustín, sin duda ninguna por la enorme autoridad y prestigio que tenía ya entonces san Agustín⁸¹.

⁷⁵ *ep.* 38, 1.

⁷⁶ Cf. *ep.* 118, 34.

⁷⁷ “(...) me ha hecho salir de Hipona una convalecencia en la que me sorprendió la llegada de tu emisario. Algunos días después se me han presentado de nuevo la fiebre y los achaques. Por eso remito la respuesta algo más tarde de lo que en otro caso hubiese podido remitirla (...)”. *ep.* 118, 34.

⁷⁸ Cf. *ep.* 124, 2.

⁷⁹ *ep.* 231, 7: “He recibido con satisfacción lo que me enviaste, dignándote contribuir a mi salud, aunque sea corporal, pues quieres que sirva a Dios sin el impedimento de la mala salud (...)”.

⁸⁰ En junio o principios de julio del 425, cuando san Agustín tenga ya 71 años. Cf. J. Merdinger, “Construyendo la casa de Dios: homilías de Agustín en las consagraciones episcopales, dedicaciones de iglesias y en funerales”, en *AVGVSTINVS*, 52 (2007), 155.

⁸¹ Cf. s. 94: “Ciertamente, los señores hermanos coepiscopos míos se han dignado visitarnos y alegrarnos con su presencia; pero desconozco por qué no quieren ayudarme a mí que estoy cansado. Mientras ellos oyen, he dicho esto a Vuestra Caridad, precisamente para que, en cierto modo, vuestra audiencia interceda por mí ante ellos, a fin

En los primeros meses del 430, un poco antes de su muerte, se disculpará de no poder acudir a la consagración de una iglesia por la debilidad de su cuerpo y por el mismo frío del invierno que se sumaba al frío propio de la edad⁸². A pesar de que esta carta pone de manifiesto la debilidad del cuerpo de san Agustín, acrecentada por la edad, no pierde su ingenio y su calidad literaria, pues juega con el sentido real y simbólico del frío, tanto el del invierno como el de la ancianidad.

Cuando san Posidio hable de la muerte de san Agustín dirá que no fue sino la “última enfermedad”, sin que especifique exactamente de qué enfermedad se trataba, aunque sí nos recuerda que hasta el momento postrero conservó: “íntegros los miembros corporales, sin perder ni la vista, ni el oído”⁸³.



Para saber más...

G. BONNER, *St. Augustine of Hippo. Life and controversies*, London, SCM Press, 1963.

P. BROWN, *Agustín de Hipona*, Madrid, Acento, 2001.

D. BURT, Salud, enfermedad, en A. FITZGERALD, *Diccionario de san Agustín*, Burgos, Monte Carmelo, 2001, 1167-1172.

P. COURCELLE, *Recherches sur les Confessions de Saint Augustin*, Paris, E. De Boccard Editeur, 1950.

S. LANCEL, *Saint Augustin*, Paris, Fayard, 1999.

de que, cuando se lo ruegue, hagan también ellos el sermón. Distribuyan lo que han recibido; dignense trabajar más que excusarse. Pues bien, de mí, fatigado y que apenas hablo, recibid de buena gana unas pocas cosas”. El sermón no duraría más de seis o siete minutos en vista del cansancio de san Agustín.

⁸² “Podría ir si no estuviésemos en invierno. Podría despreciar el invierno si fuese joven. Ese frío de la estación lo soportaría el calor de la edad, o el calor del verano lo templaría el frío de la edad (...)”. ep. 269. Cf. J. Merdinger, “Construyendo la casa de Dios: homilías de Agustín en las consagraciones episcopales, dedicaciones de iglesias y en funerales”, en *AVGVSTINVS*, 52 (2007), 156.

⁸³ Posidio, *Vita Augustini*, 31.

10. ¿Cómo se llamaba la concubina de san Agustín?

Desconocemos absolutamente el nombre de la mujer que compartió su vida con san Agustín a lo largo de quince años, y quien sería la madre de su hijo Adeodato⁸⁴, que nació en Cartago en el 372⁸⁵. San Agustín dentro de las *Confesiones* sólo se refiere a ella con el pronombre indeterminado de “Una”⁸⁶. Con seguridad lo hace san Agustín pues en el momento en el que está escribiendo las *Confesiones* (entre los años 397-401), esta mujer sigue viva, y san Agustín quiso evitar no sólo las molestias que su mención le podía causar a esta mujer, sino sobre todo quería evitar que sus enemigos la pudieran buscar para usarla como un instrumento para atacar al mismo san Agustín. Algunos otros hablan de que san Agustín no menciona su nombre por razones literarias o bien, para condenar, de alguna manera, el recuerdo de esta mujer al olvido, como una *damnatio nominis* que cause una *damnatio memoriae*⁸⁷.

Sea como sea, desconocemos el nombre de esta mujer, por lo que son falsos los nombres que la fantasía de algunos escritores le atribuyen, como Modesta⁸⁸, Melania, Flora, etc. También es una falsa imaginación lo que algún autor narra en una novela que después de convertirse en obispo de Hipona, san Agustín se volvió a encontrar

⁸⁴ “*Adeodatus filius meus*”: *beata u.* 6.

⁸⁵ Su nombre traduce al latín el nombre púnico de Iatanbaal. Al momento de inscribirse al bautismo en el 387 tenía quince años (*conf.* 9, 14) y murió cuando tenía 17 en el 389. San Agustín le dedica el *De Magistro* como homenaje póstumo. Cf. G. Madec, “Adeodatus”, en *AL*, 1, 87-90.

⁸⁶ *conf.* 4, 2.

⁸⁷ Cf. S. Lancel, *St. Augustine*, London, SCM Press, 2002, 27.

⁸⁸ Cf. L. Bertrand, *Celle que fut aimée d'Augustin*, Paris, 1935 ; Cf. P. Villemain, *L'In-nommée de saint Augustin. Confessions de Numidia*, Paris, 1957.

con la madre de Adeodato y que se volvió a encender en ellos el fuego de la pasión⁸⁹.

Podemos saber también por el texto de las *Confesiones* que san Agustín verdaderamente amaba a esta mujer⁹⁰ y que mientras estuvo con ella le guardó absoluta fidelidad como si hubieran estado casados, cosa que les prohibían las leyes al pertenecer ella a una clase social más baja que la de san Agustín⁹¹.



Para saber más...

P. BROWN, *Agustín de Hipona*, Madrid, Acento, 2001.

G. DEL ESTAL, “Agustín y su concubina de juventud”, en *La Ciudad de Dios* 208 (1995), 883-974.

S. LANCEL, *Saint Augustin*, Paris, Fayard, 1999.

K. POWER, “Concubina/Concubinato”, en A. FITZGERALD, *Diccionario de san Agustín*, Burgos, Monte Carmelo, 2001, 297-300.

L. SEELBACH, “Concubinato y dignidad de las mujeres según san Agustín”, en *AVGVSTINVS* 52 (2007), 211-216.

⁸⁹ Cf. J. Gaarder, *Vita Brevis*, Madrid, Siruela, 1996.

⁹⁰ *conf.* 6, 25.

⁹¹ *conf.* 4, 2.

11. ¿Trabajó san Agustín alguna vez como abogado?

La respuesta es simple: no. San Agustín había estudiado retórica en Cartago⁹², una carrera que era un requisito necesario para aquellos que quisieran, o bien sobresalir en la vida política y en el foro como abogados, o bien como maestros de retórica y oradores profesionales. En el caso de san Agustín, lo más seguro es que tanto su padre, Patricio, así como Romaniano, quisieran hacer de él un abogado de fama, viendo sobre todo las cualidades que san Agustín tenía⁹³. No obstante el mismo san Agustín una vez terminada la carrera de Retórica, optó por el magisterio, abriendo primero una escuela en su propia ciudad, Tagaste y posteriormente en Cartago⁹⁴. Como es sabido, san Agustín en el año 383 busca nuevos horizontes y viaja a Roma⁹ en donde de nuevo vuelve a trabajar como maestro, hasta que desencantado de la poca seriedad en la cuestión de los pagos que tenían los alumnos romanos, decide opositar para el puesto de profesor de retórica y orador de la corte imperial de Milán⁹⁶. Una vez obtenido este apetecido y alto puesto, san Agustín trabajará sobre todo en dos campos, la enseñanza de la Retórica en lo que tenía ya mucha experiencia, y también como orador, pronunciando discursos de ocasión en la corte del emperador adolescente Valentiniano II⁹⁷.

Muchos años después, la retórica le servirá en sus sermones, primero como presbítero –pues en contra de la tradición de la an-

⁹² *conf.* 3, 1.

⁹³ *conf.* 2, 5.

⁹⁴ *conf.* 6, 11.

⁹⁵ *conf.* 5, 15.

⁹⁶ *conf.* 5, 23.

⁹⁷ *c. litt. Pet.* 3, 30.

tigua cristiandad, su obispo Valerio le autorizó a predicar aunque estuviera él presente⁹⁸-, y posteriormente como obispo. Cuando sea obispo de Hipona, no ejercerá tampoco como abogado, pero sí como juez dentro de la así llamada Audiencia Episcopal (*Audientia episcopalis*)⁹⁹, que tenía potestad sobre diversos casos y litigios, siempre y cuando no fueran asuntos criminales o de sangre, ya que estos últimos casos se reservaban a la corte imperial.

Quien sí fue abogado y ejerció un tiempo como tal, fue el gran amigo de san Agustín, Alipio¹⁰⁰. Agustín por su parte, tuvo siempre un gran interés por las cuestiones del derecho, y como obispo tendrá que apelar a las mismas para resolver diferentes casos. A pesar de todo ello, san Agustín nunca ejerció como abogado.



Para saber más...

P. BROWN, *Agustín de Hipona*, Madrid, Acento, 2001.

S. LANCEL, *Saint Augustine*, London, SCM Press, 2001.

Ch. MUNIER, “*Audientia episcopalis*”, en *Augustinus Lexikon*, Vol. 1, Schwabe, 1986-1994, 511-515.

G. PILARA, “*Audientia Episcopalis*” en DPAC, II, Genova-Milano, Marietti, 2006, 650-654.

K. RAIKAS, “*Audientia episcopalis*. Problemática entre Estado e Iglesia”, en AVGVSTINVS 44 (1999), 203-223.

J. TEJEDOR ANDRÉS, “San Agustín y la *Audientia episcopalis*”, en *Religión y cultura* 49 (2003), 129-142.

⁹⁸ *Vita Augustini*, 5.

⁹⁹ *Vita Augustini*, 19; Cf. A. Pugliese, “Der hl. Augustinus als Richter. Ein Beitrag zur Geschichte der, episcopalis audientia en C. Mayer (ed.) *Augustinus als Richter*, Würzburg, Augustinus bei Echter, 2009, 21-59; Cf. G. Pilara, “*Audientia Episcopalis*” en DPAC, II, Genova-Milano, Marietti, 2006, 650-654.

¹⁰⁰ *conf.* 6, 11; *conf.* 6, 14.

12. ¿Quién era el Papa y el Emperador cuando murió san Agustín?

El Papa era san Celestino I (422-432). San Agustín le había escrito la *ep.* 192 en el 418 cuando era diácono de la Iglesia de Roma, que es un precioso y breve documento sobre el amor fraterno y la mutua benevolencia. En el 423, san Agustín le volverá a escribir al ahora ya Papa la *ep.* 209, alegrándose de la pacífica elección del Papa y con un asunto particularmente serio para san Agustín, el del joven obispo Antonino de Fusala y después de exponerle el caso y explicar cómo éste había apelado a Roma¹⁰¹, le pedirá al Papa que se mantenga firme en su sentencia¹⁰². Algunos atribuyen a este Papa la apertura misionera más allá de las fronteras del imperio, concretamente a Irlanda, donde mandó a Paladio en el 431. Su figura será también esencial en la condena de Nestorio, así como la aprobación de las decisiones del concilio de Éfeso, al que mandó tres representantes. En opinión de Basil Studer¹⁰³ fue el Primer Papa que con una gran claridad afirmó la autoridad suprema de la Santa Sede. Murió el 27 de julio del 432 y fue sepultado en el cementerio de Priscila, las actuales catacumbas de Priscila en la vía Salaria.

El emperador era Valentiniano III (419-455)¹⁰⁴, hijo de Constancio III y de Gala Placidia, hermana de Honorio. Cuando recibió el título de César el 23 de octubre del 425 tenía seis años, y al morir san Agustín once años, casi la misma edad del emperador ante el que san Agustín había pronunciado sus discursos como orador oficial de la

¹⁰¹ *ep.* 209, 2-8.

¹⁰² *ep.* 209, 9-10.

¹⁰³ B. Studer, “Celestino I”, en DPAC, I, Genova-Milano, Marietti, 2006, 974.

¹⁰⁴ Cf. M. G. Mara, “Valentiniano III”, en DPAC, III, Genova-Milano, Marietti, 2008, 5528-5529.

corte, otro Valentiniano, en este caso segundo (Valentiniano II) que a la sazón tenía 14 años. San Agustín al convertirse deja a un emperador adolescente y al morir a otro emperador también llamado Valentiniano y también adolescente.



Para saber más...

P. BROWN, *Agustín de Hipona*, Madrid, Acento, 2001.

S. LANCEL, *Saint Augustin*, Paris, Fayard, 1999.

M. G. MARA, “Valentiniano III”, en DPAC, III, Genova-Milano, Marietti, 2008, 5528-5529.

R. MARKUS, “Vida, cultura y controversias de Agustín”, en A. FITZGERALD, *Diccionario de san Agustín*, Burgos, Monte Carmelo, 2001, 1319-1328.

B. STUDER, “Celestino I”, en DPAC, I, Genova-Milano, Marietti, 2006, 974.

13. ¿Quién nos ha transmitido la fecha de la muerte de san Agustín?

San Agustín murió el 28 de agosto del 430. Algunos piensan que fue san Posidio, el primero biógrafo de san Agustín, quien nos ha transmitido la fecha de la muerte del santo Obispo de Hipona. No obstante san Posidio en su *Vita* de san Agustín nos proporciona otros detalles muy valiosos, pero no el de la fecha de la muerte. La fecha viene dada por otro de los seguidores de san Agustín, Próspero de Aquitania. Próspero le había escrito a san Agustín hacia el 428¹⁰⁵ para advertirle de las objeciones que algunos monjes de Marsella presentaban a su doctrina de la gracia, particularmente como ha quedado plasmada en su libro *De correptione et gratia*. San Agustín responderá a estos monjes con dos obras *De praedestinatione sanctorum* y *De dono perseverantiae*, que originalmente no formaban sino una sola¹⁰⁶.

Próspero recogerá 392 extractos de las obras de san Agustín en un libro de sentencias que será célebre en la Edad Media, el así llamado *Liber sententiarum*, así como 106 epigramas sobre textos de san Agustín (*Epigrammata ex sententiis sancti Augustini*).

Este mismo Próspero será quien en su libro *Chronicon Integrum*, escribirá una crónica de los acontecimientos más importantes de la humanidad, desde el tiempo de Adán hasta el año 455. Al llegar al año 430 nos informa que el 28 de agosto (cinco días antes de las

¹⁰⁵ *ep.* 225, *inter agustinianas*; A. Hamman, “Prospero d’Aquitania”, en DPAC, III, Genova-Milano, Marietti, 2008, 4372-4373.

¹⁰⁶ Cf. A. Hamman, “Prospero d’Aquitania”, en DPAC, III, Genova-Milano, Marietti, 2008, 4373; Cf. M. McHugh, “Próspero de Aquitania”, en A. Fitzgerald, *Diccionario de san Agustín*, Burgos, Monte Carmelo, 2001, pp. 1098-1101.

kalendas de septiembre, según el cómputo romano) muere el obispo Agustín “excelentísimo por tantas razones”¹⁰⁷. Por ello no cabe duda de la fecha de la muerte de san Agustín, recogida con tanta fidelidad por quien tanto le admiraba.



Para saber más...

P. BROWN, *Agustín de Hipona*, Madrid, Acento, 2001.

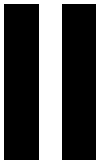
A. HAMMAN, “Prospero d’Aquitania”, en DPAC, III, Genova-Milano, Marietti, 2008, 4372-4373.

S. LANCEL, *Saint Augustin*, Paris, Fayard, 1999.

M. McHUGH, “Próspero de Aquitania”, en A. FITZGERALD, *Diccionario de san Agustín*, Burgos, Monte Carmelo, 2001, pp. 1098-1101.

R. MARKUS, “Vida, cultura y controversias de Agustín”, en A. FITZGERALD, *Diccionario de san Agustín*, Burgos, Monte Carmelo, 2001, 1319-1328.

¹⁰⁷ Próspero de Aquitania, *Chronicon Integrum*: PL 51, 595.

San Agustín
monje 

14. ¿Cómo se vestía san Agustín?

Ya que san Agustín fue siempre monje, quiso también siempre vestir como uno de ellos. Dentro de los textos agustinianos sabemos que a los monjes se les distinguía, o bien por la discreción de su vestido, como el mismo san Agustín señala en la Regla¹⁰⁸, o porque llevaban un uniforme determinado que hacía que la gente supiera que pertenecía al grupo de los consagrados¹⁰⁹, como sucedía con las viudas o las matronas, quienes llevan un *habitus*¹¹⁰, un traje particular que las identificaba como tales. San Agustín también habla de este *habitus* esta ropa adecuada que identifica por las mismas a los monjes. Sin embargo es importante señalar que para san Agustín lo esencial no es una cuestión exterior de *habitus*, sino que lo fundamental es la actitud interna que debe reflejarse en diversas manifestaciones exteriores como es su recogimiento y su discreción¹¹¹.

Pero, ¿cómo se vestía san Agustín? Una pista interesante la tenemos en la carta 263. En ella Sápida, una mujer consagrada, una virgen, le envía a san Agustín un regalo que tenía para ella un significado muy especial: una túnica (*tunica*) que ella misma había tejido y bordado con sus propias manos para su hermano, Timoteo, que era diácono de la Iglesia de Cartago y que inesperadamente había fallecido¹¹², por lo que ella, para consolarse, se la envía a san Agustín, pidiéndole encarecidamente que se ponga la vestidura, pues una vez que su hermano ha muerto, sólo el obispo Agustín es digno de usarla¹¹³.

¹⁰⁸ *reg* 3, 4.

¹⁰⁹ *en. Ps.* 147, 8.

¹¹⁰ *ep.* 262, 9.

¹¹¹ *en. Ps.* 147, 8.

¹¹² *Cf. ep.* 263, 2.

¹¹³ *Cf. ep.* 263, 4.

La respuesta de san Agustín no puede ser más conmovedora: Ante todo, acompaña en el sentimiento a Sápida, consolándola con la esperanza de la fe y la resurrección y acepta el regalo, y le comenta que cuando le escribe la carta ya ha comenzado a usar la túnica¹¹⁴.

Sin embargo esto constituye una excepción pues no aceptará ni túnicas, ni *birrus* (un abrigo con capucha propio del invierno) si no es para el común, y que si alguno le regalaba algún *birrus* muy fino y elegante, no lo aceptaba, pues posiblemente sería digno de un obispo, pero no de Agustín, pues no quería que la gente dijera que por ser obispo se vestía mejor de lo que se vestía cuando se ganaba la vida con su vida profesional¹¹⁵. San Agustín acepta la ropa que le regalan cuando la puede llevar cualquier otro de sus hermanos, si no, como él mismo lo dice, si la ropa era demasiado elegante, la vendía y el dinero lo daba a los pobres¹¹⁶.

¿Y cómo se vestía san Agustín? Seguramente con una túnica sencilla que en nada se distinguía de la que llevaban los demás monjes, muy posiblemente de un color natural o crudo, es decir del mismo color del material con el que había sido confeccionado¹¹⁷, blanco o color marfil, si era de algodón o de lino, acompañado posiblemente por algún abrigo de lana o de pelo de cabra (cilicios), como los que le manda Palatino¹¹⁸, cilicios o abrigos de piel de cabra que podía usar él o cualquier otro miembro de la comunidad. Prendas que les abrigaran por las tardes, noches o madrugadas cuando la temperatura bajaba. Una prenda que también sería del color natural del pelo de la cabra, es decir negro.

Se trata de una ropa sencilla y en el color natural del material con la que ha sido confeccionada pues las ropas teñidas, particularmente

¹¹⁴ Cf. *ep.* 263, 1.

¹¹⁵ s. 356, 13.

¹¹⁶ *Idem.*

¹¹⁷ Cf. A. Hamman, *La vita quotidiana nell'Africa di Sant'Agostino*, Milano, Jaca Book, 1989, p. 194.

¹¹⁸ *ep.* 218, 4. Sin duda el cilicio era una prenda propia de los monjes, pues san Agustín hace mención a ella en la *ep.* 48, 4 al referirse al monje Eustasio, quien al haber muerto, ya no necesita llevar "cilicio". También vuelve a aparecer el cilicio en contexto monástico en la obra *De opere monachorum*, al invitar festivamente san Agustín a los monjes "melenudos" a que se raparan y que en lugar de cabello se pusieran un cilicio, un abrigo de piel de cabra en la cabeza. Cf. *op. mon.* 39.

las de color púrpura¹¹⁹, eran costosas y estaban reservadas a las personas más pudientes y no a unos sencillos monjes, ni a un humilde obispo-monje como era san Agustín.



Para saber más...

P. BROWN, *Agustín de Hipona*, Madrid, Acento, 2001.

D. CANER, *Wandering, Begging Monks. Spiritual Authority and the Promotion of Monasticism in Late Antiquity*, Berkeley, University of California Press, 2002.

A. G. HAMMAN, *La vida cotidiana en África del Norte en tiempos de san Agustín*, OALA, 1989.

S. LANCEL, *Saint Augustin*, Paris, Fayard, 1999.

R. MARKUS, “Vida, cultura y controversias de Agustín”, en A. FITZGERALD, *Diccionario de san Agustín*, Burgos, Monte Carmelo, 2001, 1319-1328.

¹¹⁹ *en. Ps.* 51, 6.

15. Si san Agustín se vestía como un monje, entre un grupo de monjes del monasterio de Hipona, ¿cómo sabríamos quién es san Agustín?

Ciertamente no lo distinguiríamos por su vestido ni por su apariencia exterior. Pero hay un detalle que lo delataría: el anillo.

San Agustín en la *ep.* 59, nos dice que lleva anillo y que lo utiliza, como era propio en la antigüedad, para sellar documentos y de esta manera autentificarlos. Es más, el mismo san Agustín nos dice la imagen que lleva en su anillo: el rostro de perfil de un hombre¹²⁰. Algunos han llegado a pensar que sería un retrato de perfil del mismo san Agustín con el que sellaría sus documentos, con el clásico sello de cera derretida al que el mismo san Agustín hace alusión en otras partes de su obra¹²¹.

Por lo tanto, si todos los monjes hiponenses están reunidos y es preciso descubrir quién es san Agustín, hay que mirarles las manos a los monjes para descubrir el anillo.

¹²⁰ *ep.* 59, 2.

¹²¹ Cf. *trin.* 14, 21; *en. Ps.* 70, 2, 6.



Para saber más...

P. BROWN, *Agustín de Hipona*, Madrid, Acento, 2001.

R. L. FOX, *Pagans and Christians*, New York, Alfred A. Knof, 1982.

A. G. HAMMAN, *La vida cotidiana en África del Norte en tiempos de san Agustín*, OALA, 1989.

S. LANCEL, *Saint Augustin*, Paris, Fayard, 1999.

POSIDIO, “Vita Augustini” (Vida de san Agustín), en Javier RUIZ (ed.), *Obras y Textos Monásticos de san Agustín*, Vol. 2, Madrid, Ciudad Nueva, 2010, 365-472.

16. ¿Qué comía san Agustín?

San Agustín no dejará de ser monje en ningún momento de su vida, después de su conversión. Por ello su vestido y su alimentación será la misma que la de los monjes. San Posidio, que había sido monje del monasterio de san Agustín antes de ser nombrado obispo de Calama, nos refiere qué es lo que se comía en el monasterio agustiniano, no sólo porque lo había conocido de primera mano, sino también porque será un comensal habitual a la mesa de san Agustín después de su propia consagración episcopal.

De este modo san Posidio nos dice que la mesa de san Agustín era “parca y frugal” y que en ella “abundaban las verduras y legumbres” y que en ocasiones, por honor a los huéspedes o por el bien de los más débiles, se comía carne¹²². San Agustín nos habla de las excelencias de las lentejas de Alejandría, que eran llevadas hasta Hipona¹²³. Habla también de las habas¹²⁴, por lo que podemos suponer que ambas tampoco faltaban en la mesa de san Agustín, como es lo propio de todos los monasterios. El pan tampoco estaba ausente, pues san Agustín declara que es su “comida cotidiana”¹²⁵, y tampoco faltaba el vino en la mesa agustiniana según lo refiere san Posidio. No por una inclinación viciosa, sino para demostrar, entre otras cosas, que los monasterios agustinianos no estaban de ninguna manera contagiados con la doctrina maniquea, pues los maniqueos no bebían vino¹²⁶.

¹²² *Vita Augustini*, 22.

¹²³ *en. Ps.* 46, 6: “Sabemos que el alimento de los egipcios es la lenteja; allí abunda. De aquí es que de tal suerte se ponderan las lentejas de Alejandría, que llegó su fama hasta nuestra patria, como si aquí no se diesen las lentejas (...). Cf. *en. Ps.* 136, 18.

¹²⁴ *mor.* 2, 16, 40; s. 61, 10.

¹²⁵ *c. Faust.* 21, 13.

¹²⁶ *Vita Augustini*, 22; *c. Faust* 20, 13.



Para saber más...

A. ANGELA, *Un día en la antigua Roma: Vida cotidiana, secretos y curiosidades*, Madrid, La Esfera de los libros, 2009.

P. BROWN, *Agustín de Hipona*, Madrid, Acento, 2001.

A. G. HAMMAN, *La vida cotidiana en África del Norte en tiempos de san Agustín*, OALA, 1989.

S. LANCEL, *Saint Augustin*, Paris, Fayard, 1999.

POSIDIO, “Vita Augustini” (Vida de san Agustín), en Javier RUIZ (ed.), *Obras y Textos Monásticos de san Agustín*, Vol. 2, Madrid, Ciudad Nueva, 2010, 365-472.

17. ¿Por qué nos dice san Posidio que nunca faltaba el vino en la mesa de san Agustín? ¿Eran acaso alcohólicos sus monjes?

San Posidio, primer biógrafo de san Agustín dentro de su “Vida de san Agustín” (*Vita Augustini*), además de recogernos otros muchos detalles de su vida cotidiana, nos comenta que nunca faltaba el vino en la mesa del monasterio de san Agustín. Ciertamente esta noticia de san Posidio no tiene nada que ver con que los primeros monjes agustinianos tuvieran una afición desmedida al vino. Sino particularmente esta anotación de san Posidio sirve a dos fines. El primero de ellos presentar el verdadero perfil de la vida monástica de san Agustín, más allá de las excentricidades de la vida monástica de Siria, pero sobre todo, la alusión al vino le sirve a san Posidio para diferenciar la vida del monasterio de san Agustín de la vida de los *electi* o elegidos de los maniqueos, quienes de alguna manera vivían también una “vida monástica”, con la famosa doctrina de los tres sellos (el sello de la boca, de la mano y del vientre). El sello de la boca les llevaba a evitar ciertos alimentos y bebidas, de modo particular el vino, pues lo consideraban “la sangre del diablo”. Al señalar san Posidio que “nunca faltaba el vino”, descarta todas las sospechas de sus lectores sobre cualquier huella o influjo maniqueo en la vida monástica agustiniana. De hecho el sambenito de maniqueísmo acompañará a san Agustín toda su vida y también después de ella¹²⁷. San Posidio, sale al paso de esta acusación con esta alusión tan breve.

Un segundo motivo para hablar de que no faltaba el vino en la mesa del monasterio agustiniano es, una vez más, un motivo sacado de la Sagrada Escritura, en donde se le aconseja a Timoteo que no beba agua sola sino con un poco de vino (1 Tim 5, 23)¹²⁸, sobre todo para

¹²⁷ Cf. *c. ep. Pel.* 1,2,4; 1,5,10; 2,1,1-2, 2,4; 3,7,20; 3,9, 25; 4,3,3; 4, 11,29.

¹²⁸ “No bebas agua sola, sino mezcla un poco de vino por el mal de estómago y tus frecuentes enfermedades” (1 Tim 5, 23).

evitar los malestares estomacales. Desconocemos la calidad que el agua podía tener en tiempo de san Agustín, pero no cabe duda que el vino, a pesar de la aspereza que pudiera tener, sería seguramente más sano que el agua.



Para saber más...

N. J. BAKER-BRIAN, *Manichaeism. An Ancient Faith Rediscovered*, London, T & T Clark, 2011.

P. BROWN, *Agustín de Hipona*, Madrid, Acento, 2001.

A. G. HAMMAN, *La vida cotidiana en África del Norte en tiempos de san Agustín*, OALA, 1989.

S. LANCEL, *Saint Augustin*, Paris, Fayard, 1999.

POSIDIO, “Vita Augustini” (Vida de san Agustín), en Javier RUIZ (ed.), *Obras y Textos Monásticos de san Agustín*, Vol. 2, Madrid, Ciudad Nueva, 2010, 365-472.

18. ¿Cómo escribía san Agustín sus obras?

Fuera de contadas excepciones, san Agustín no escribió ninguna de sus obras sino que las dictó. Existía en la antigüedad la costumbre de dictar a un estenógrafo (taquígrafo o secretario) quien posteriormente transcribía las notas taquigráficas de lo que había escrito y lo pasaba a un copista para que éste lo escribiera de manera legible en un códice o libro. Con el paso de los años y con la fundación de diversos monasterios, san Agustín se dio cuenta de la importancia que tenían las bibliotecas dentro de los monasterios y de la necesidad de tener un *scriptorium*, es decir una oficina o lugar particular del monasterio donde se copiaran libros, particularmente, en el caso de san Agustín, tres tipos de libros: los códices de la Sagrada Escritura¹²⁹, las obras de san Agustín y las obras más destacadas de otros Santos Padres¹³⁰ o autores eclesiásticos¹³¹.

Con relación a sus propias obras, san Agustín cuando sea obispo en Hipona llegará a tener un grupo bien conformado de estenógrafos y copistas¹³², quienes fielmente recogerán no sólo sus sermones (son tan fieles que nos señalan las reacciones del mismo pueblo ante los sermones de san Agustín, si gritaban, etc.)¹³³, sino también sus otras obras. Una vez que los estenógrafos habían terminado su labor, transcribían sus notas taquigráfica o tironianas (notas inventadas por Tirón uno de los secretarios de Cicerón) con letras normales, de tal forma que los copistas podían escribirlas en códices o libros.

¹²⁹ *retr.* 2, 24, 2; *ep.* 149, 3; *ep.* 149, 5;

¹³⁰ Cf. *haer.* 2, 2.

¹³¹ Cf. Posidio, *Vita Augustini*, 31; *c. Iul.* 1, 15; *c. Iul.* 2, 7; *c. Iul.* 2, 8.

¹³² Cf. *ep.* 120, 1;

¹³³ Cf. *ep.* 213, 2.

Una vez que las palabras de san Agustín habían sido copiadas en un texto normal, san Agustín las revisaba, hacía la *emendatio*¹³⁴, del texto, quitando, añadiendo y precisando lo que él juzgaba conveniente. Una vez que la obra había sido corregida, ésta pasaba a manos de los copistas quienes eran los encargados de multiplicarla y “editarla” es decir de hacer copias de la obra de san Agustín no sólo para enviarla a los diversos monasterios agustinianos, sino también a aquellos que estaban interesado en recibir las obras de san Agustín, ciertamente estos últimos, en muchos casos, aportando dinero o alguna cosa¹³⁵ que ayudaba al sustento del monasterio¹³⁶.

En algún caso, parte de una obra de san Agustín se dio a conocer o “publicar” sin que san Agustín la hubiera corregido, sin el proceso de la *emendatio*, como sucedió con el caso de los primeros doce libros del *De Trinitate*, que comenzaron a circular sin que la obra hubiera sido concluida y sin que san Agustín la hubiera revisado y corregido¹³⁷. Esto hizo que el santo Obispo de Hipona decidiera no seguir escribiendo la obra, y que su confección quedara detenida durante varios años. San Agustín sólo volverá a emprender la labor de dictar lo que faltaba del libro *De Trinitate* cuando el mismo Obispo Aurelio de Cartago se lo pida¹³⁸.

Por otro lado, san Agustín cuando ya sea obispo, tendrá a sus órdenes una eficientísima oficina de copistas o *scriptorium*, de tal manera que pueda ofrecer copias de sus propias obras a quien se lo solicite, particularmente de las *Confesiones*, su obra más popular ya incluso en su propio tiempo¹³⁹. De este modo al conde Darío quien le solicitaba las *Confesiones*¹⁴⁰, san Agustín no sólo le envía las *Confesiones*, sino también el *De fide rerum quae non videtur*,

¹³⁴ Cf. *ep.* 174.

¹³⁵ *ep.* 231, 7: “He recibido con satisfacción lo que me enviaste, dignándote contribuir a mi salud, aunque sea corporal, pues quieres que sirva a Dios sin el impedimento de la mala salud, y lo que enviaste a mi biblioteca, para que en ella se preparen y reparen libros. Dios te pague en este mundo y en el futuro con los bienes que tiene preparados para los que son como quiso que tú fueses”.

¹³⁶ Cf. *ep.* 231, 7.

¹³⁷ Cf. *retr.* 2, 15; *ep.* 174.

¹³⁸ *ep.* 174.

¹³⁹ Cf. *retr.* 2, 6, 1; Cf. *ep.* 231, 4.

¹⁴⁰ *ep.* 231, 4.

De patientia y el *Enchiridium* (*De fide, spe et caritate*). Todo ello en agradecimiento de los muchos regalos que Darío le había mandado, entre los que destacan el material que éste había enviado para que se prepararan o repararan libros en el monasterio agustiniano¹⁴¹.



Para saber más...

P. BROWN, *Agustín de Hipona*, Madrid, Acento, 2001.

E. EGUIARTE, “El sintagma ‘membrana et atramentum’ en los escritos de san Agustín”, en *AVGVSTINVS* 54 (2009), 173-184.

H. Y. GAMBLER, *Libri e lettori nella chiesa antica*, Brescia, Paideia, 2001.

A. GROTE, “¿No había *scriptorium* en el monasterio de Cartago? Observaciones sobre la escritura y el trabajo manual en *De opere monachorum* de Agustín”, en *AVGVSTINVS* 56 (2011).

S. LANCEL, *Saint Augustin*, Paris, Fayard, 1999.

¹⁴¹ *ep.* 231, 7.

**San Agustín,
monje presbítero
y monje obispo
de Hipona**



19. ¿Quiso san Agustín ser sacerdote?

No, san Agustín nunca quiso ser sacerdote. Después de su bautismo en Milán la noche del 24 al 25 de abril del 387, san Agustín no sólo se convirtió totalmente al cristianismo, sino también a la vida monástica. Por ello cuando regrese a su África natal en el año 388, su sueño e ilusión es la de pasar el resto de sus días consagrado a Dios, viviendo en comunidad con sus hermanos, orando, trabajando con sus manos, estudiando, leyendo. Este es el sueño que queda reflejado en la carta 10 de san Agustín dirigida a su joven amigo Nebridio. En ella san Agustín le expresa su deseo más profundo en ese momento, y éste no era otro que el de pasar el resto de sus días viviendo en un monasterio en una vida en la que se buscara el “*deificari... in otio*”¹⁴², es decir llenarse de Dios, deificarse, en el *otium sanctum*, es decir viviendo los ideales de la vida monástica.

El sueño de san Agustín se verá roto el año 391 cuando viaje a Hipona con el propósito de hablar con un amigo para invitarlo a abrazar la vida monástica y para buscar un lugar adecuado donde fundar un monasterio¹⁴³. Es en esta visita a Hipona cuando el obispo Valerio les pide a sus fieles que le ayuden a buscar un sacerdote para Hipona, pues él ya era mayor y no era hablante nativo del latín. Como es de suponerse, los ojos de todos se fijaron en san Agustín, y fue elegido para ser ordenado sacerdote por decisión unánime. Y así, aunque san Agustín lloraba porque el oficio, carga y ministerio sacerdotal rompían sus sueños, sus lágrimas fueron mal interpretadas por algunos de los presentes, quienes pensaban que san

¹⁴² *ep.* 10, 2.

¹⁴³ *s.* 355, 2; Posidio, *Vita Augustini*, 3; Cf. G. Bonner, “Augustinus (uita)”, *AL*, 534-535.

Agustín lloraba porque sólo lo habían designado para ser presbítero y no obispo, y que esto le parecía poco. Estas personas intentaron consolar a san Agustín diciéndole que el grado de presbítero estaba cercano al de obispo¹⁴⁴.

La carta 21 de san Agustín dirigida a su obispo Valerio¹⁴⁵ refleja lo inesperado que fue para san Agustín el recibir la ordenación sacerdotal por lo que le pide al obispo Valerio que le conceda un tiempo hasta la Pascua¹⁴⁶ para prepararse al ejercicio del sacerdocio, fundamentalmente dedicándose al estudio de las Sagradas Escrituras para con ellas apacentar al pueblo de Dios¹⁴⁷. No obstante a san Agustín no se le concederá todo el tiempo que pedía, hasta la Pascua –que ese año, 391, cayó el 6 de abril-, sino solo escasamente un mes, pues en la cuaresma del 391 san Agustín será el encargado de la preparación de los neófitos, de los *competentes*, de los candidatos al bautismo¹⁴⁸.

Tal y como nos lo relata san Agustín, no sabemos si antes o después de su ordenación sacerdotal, san Agustín pensó huir a la soledad. El motivo no era el miedo o el ser incapaz de dejar su sueño monástico, sino el gran peso que sentía por sus pecados, como él mismo lo señala en las *Confesiones*¹⁴⁹. Se trata de un peso que le llevaban a san Agustín a sentirse indigno del ministerio sacerdotal. No obstante lo que detuvo a san Agustín de huir, fue la meditación de la palabra de Dios y un texto de san Pablo: “Cristo ha muerto por todo, de tal forma que los que viven ya no vivan para sí. Sino para aquel que por ellos ha muerto”. (2 Cor 5, 15).

De este modo san Agustín no buscó ni quiso nunca, por propia voluntad ser sacerdote u obispo. Sin embargo tanto él como sus demás

¹⁴⁴ *Vita Augustini*, 4.

¹⁴⁵ Cf. M. Cameron, “Valerius of Hippo. A Profile”, en *Augustinian Studies* 30 (2009), 19, 21

¹⁴⁶ “Para esa tarea he querido obtener un corto tiempo, por ejemplo, hasta la Pascua de tu sincerísima y venerable caridad, primero por medio de los hermanos, ahora por estas preces”: *ep.* 21,4.

¹⁴⁷ “(...) debo examinar todas las medicinas contenidas en sus Escrituras y dedicarme a la oración y a la lectura para que mi alma logre una salud diónea para tan peligrosas ocupaciones”: *ep.* 21, 3; Cf. A. Fitzgerald, “When Augustine was Priest”, en *Augustinian Studies*, 40 (2009), 41.

¹⁴⁸ Cf. S. Lancel. *Saint Augustine*, 152.

¹⁴⁹ *conf.* 10, 70.

hermanos monjes deberán estar siempre al servicio de la Iglesia para auxiliarla en sus necesidades, sin anteponer sus propios intereses a las necesidades de la Iglesia¹⁵⁰.

Y aunque el oficio presbiteral y episcopal sea para san Agustín más una carga que un honor (*onus non honor*)¹⁵¹, él nunca dejará de ser monje. Será un fiel pastor de su diócesis, pero sin olvidar y amar la vida monástica, fundando monasterios y escribiendo obras para los monjes.



Para saber más...

P. BROWN, *Agustín de Hipona*, Madrid, Acento, 2001.

Michael CAMERON, “Valerius of Hippo. A Profile”, en *Augustinian Studies* 30 (2009), 19, 5 - 26.

A. FITZGERALD, “When Augustine was Priest”, en *Augustinian Studies*, 40 (2009), 37 - 48.

S. LANCEL, *Saint Augustin*, Paris, Fayard, 1999.

POSIDIO, “Vita Augustini” (Vida de san Agustín), en Javier RUIZ (ed.), *Obras y Textos Monásticos de san Agustín*, Vol. 2, Madrid, Ciudad Nueva, 2010, 365-472.

¹⁵⁰ *ep.* 48, 2.

¹⁵¹ *s.* 355, 6;

20. ¿Dónde está y cómo se llama actualmente Hipona?

Hipona está situada junto al mar y actualmente se llama Annaba y pertenece a Argel. Antiguamente se llamó en árabe Bûna, por deformación del nombre de Hipona, así pasó posteriormente al francés como Bôna. No obstante hoy se llama Annaba.

El nombre de Hipona es un nombre púnico que significa “península” o “puerto”¹⁵². Se le conocía como *Hippo Regius*, no solo para distinguirla de otras ciudades que también llevaban el toponímico *Hippo* (*Hippo Diarrytus*), sino también porque los antiguos reyes Númidas habían establecido en ella su segunda residencia, particularmente después de las derrotas ante los romanos en Cartago y Zama¹⁵³.

En el 46 a. C. Los aliados de Julio César capturaron en su puerto la flota de Pompeyo. La ciudad después de ser *municipium* en época de Augusto, llegó a ser colonia romana en tiempo de los Flavios, con lo que todos sus ciudadanos libres pasaron a ser ciudadanos romanos.

Su foro era uno de los más grandes de África y era la segunda ciudad más grande e importante del norte de África después de Cartago. Grandes cantidades de trigo y de aceite de oliva eran enviadas desde su puerto hacia Roma. La ciudad contaba en tiempos de san Agustín con dos grandes basílicas: la basílica Leontiana, dedicada al antiguo obispo de Hipona Leoncio –y que estaba muy cerca de la iglesia de los donatistas¹⁵⁴–, y la basílica Pacis, la basílica de la Paz, que será uno de los principales escenarios de la actividad pastoral

¹⁵² Cf. S. Lancel, *Hippo Regius*, en *AL*, 351.

¹⁵³ *Ibid.*, 352.

¹⁵⁴ *ep.* 29, 11.

agustiniana y testigo de dos acontecimientos esenciales en la vida de san Agustín. En octubre del 393, el sermón *De Fide et Symbolo* pronunciado ante los obispos de Numidia, y el 26 de septiembre del 427 la designación del presbítero Heraclio como su sucesor¹⁵⁵. A estas dos se añadirá una tercera casi al final de la vida de san Agustín, la basílica de los Ocho mártires¹⁵⁶. Existían también algunas capillas funerarias o *memoriae* fuera de los muros de la ciudad como la de san Teógenes, obispo mártir de la ciudad y en donde san Agustín predicó algunos sermones¹⁵⁷, así como la de los “Veinte Mártires”¹⁵⁸, entre los que probablemente se encontraba también otro antiguo obispo de Hipona, san Fidencio y donde sucedió un milagro que nos relata san Agustín¹⁵⁹.

La ciudad fue tomada por los vándalos de Genserico en el 431, quienes al parecer no la quemaron, como han interpretado algunos al leer las palabras de san Posidio¹⁶⁰, y no viendo en ellas un símbolo del tormento sufrido por los habitantes de Hipona. Lo que se sabe es que no hay vestigios arqueológicos de fuego y que en el 435 un enviado del emperador Valentiniano III firmó un tratado con Genserico en la las instalaciones del recinto episcopal de Agustín. Genserico instalará su cuartel en Hipona hasta el 439 en que conquiste Cartago¹⁶¹.

Se conservan numerosos restos de la antigua ciudad pues la moderna ciudad de Annaba se construyó a unos tres kilómetros al nordeste de la ciudad antigua¹⁶². Por ello se conservan las ruinas de lo que fue la Basílica de la Paz de san Agustín, con restos de lo que fue su baptisterio, talleres y el monasterio, en la parte que ha sido identificada por los arqueólogos como el barrio cristiano de Hipona. La

¹⁵⁵ S. Lancel, *Hippo Regius*, en *AL*, 355-356.

¹⁵⁶ Cf. s. 356, 10.

¹⁵⁷ s. 273; *ep.* 26*, 1.

¹⁵⁸ s. 148; s. 325

¹⁵⁹ Cf. *ciu.* 22, 8.

¹⁶⁰ Posidio, *Vita Augustini*, 28. El verbo latino *concremo*, como bien afirma Zocca, puede significar no sólo quemar sino atormentar, hacer padecer. A lo que posiblemente se refiere san Posidio es que los habitantes de Hipona después de la caída de la ciudad sufrieron muchas penas y vejaciones, como si hubieran sido atormentados con el fuego. Cf. Zocca, *Introduzione Vita di Agostino*, Milano, Paoline, 2009, 276.

¹⁶¹ Cf. S. Lancel, en *AL*, 361-362.

¹⁶² *Ibid.*, 351.

ciudad tenía también uno de los teatros más grandes del norte de África, con capacidad para unos cinco o seis mil espectadores, de aquí que san Agustín se queje en sus sermones de que son los mismos cristianos los que llenan los teatros.

En los museos vaticanos se conserva una interesante mesa redonda, cuya superficie horizontal ha sido hecha con mármoles de diversos colores que pertenecieron a la Antigua Basílica de la Paz de Hipona, regalada en el siglo XIX al Papa León XIII.



Para saber más...

P. BROWN, *Agustín de Hipona*, Madrid, Acento, 2001.

N. NORMAN, “Hipona”, en A. FITZGERALD (ed.), *Diccionario de san Agustín*, Burgos, Monte Carmelo, 2001, 648-649.

A. G. HAMMAN, *La vida cotidiana en África del Norte en tiempos de san Agustín*, OALA, 1989.

S. LANCEL, *Saint Augustin*, Paris, Fayard, 1999.

R. MARKUS, “Vida, cultura y controversias de Agustín”, en A. FITZGERALD, *Diccionario de san Agustín*, Burgos, Monte Carmelo, 2001, 1319-1328.

21. ¿Qué tamaño tenía la diócesis de Hipona?

En alguna ocasión escuché a algún fraile decir que la diócesis de Hipona tenía una extensión comparable a la de cualquier parroquia urbana europea. Esto es absolutamente falso. La diócesis de Hipona era la segunda en extensión en el África del norte, después de la de Cartago. Podemos definir sus límites considerando las diócesis que le rodeaban. Como un dato previo no podemos olvidar que Hipona está junto al mar, por lo que el límite al norte de la diócesis lo señala el mar. Como un segundo elemento podemos añadir, para que entendamos mejor, que la diócesis tenía la forma de un semicírculo imperfecto, con un radio de unos 30 – 40 km¹⁶³.

De este modo al oeste limitaba con la diócesis de Rusicade (Skikda, actualmente). Al suroeste con la de Calama (Guelma). Al sureste con la de Tagaste (Souk Ahras) y al este con la de Thuburnica (Sidi Ali Belkacem), aunque en este punto territorial los datos son más oscuros. Precisamente en esta región montañosa del sureste es donde san Agustín decidió crear nuevos obispados, para una mejor atención de los fieles y posiblemente porque era una zona rural en donde no se hablaba latín sino púnico. De este modo sabemos que antes del 411¹⁶⁴, por un acuerdo entre san Agustín y san Posidio se crea la sede episcopal de Zattara. De esa misma época es la creación de la sede episcopal de la “uilla Mutugenna”. Un poco después del 411 será creada la sede episcopal que tantos problemas le acarreará a san Agustín, la malhadada sede de Fusala¹⁶⁵.

¹⁶³ Cf. S. Lancel, en *AL*, 360.

¹⁶⁴ *Idem*.

¹⁶⁵ *ep.* 20*, 6-7.

Aproximadamente la extensión de la diócesis de Hipona sería de unos 4,200 kilómetros cuadrados, es decir mayor que la diócesis de Vitoria, España (3.283 kilómetros cuadrados) y un poco menor que la diócesis de Tarazona, España (4.514 kilómetros cuadrados).



Para saber más...

G. BONNER, “Augustinus (uita)”, AL, 537-542.

P. BROWN, *Agustín de Hipona*, Madrid, Acento, 2001.

S. LANCEL, *Saint Augustin*, Paris, Fayard, 1999.

S. LANCEL, “Hippo Regius”, AL, 361-363.

R. MARKUS, “Vida, cultura y controversias de Agustín”, en A. FITZ-GERALD, *Diccionario de san Agustín*, Burgos, Monte Carmelo, 2001, 1319-1328.

22. ¿Quién ordenó obispo a san Agustín?

San Agustín fue ordenado obispo por el Primado de Numidia, Megalio que era obispo de Calama. Era costumbre en Numidia (en el norte de África) que el primado fuera el obispo que más años tuviera no tanto de edad sino de ser obispo, mientras que el Primado por excelencia de toda África era siempre el obispo de Cartago independientemente de otras cosas. Como sabemos por san Posidio, el obispo Valerio de Hipona tenía miedo de que se llevaran a Agustín para hacerlo obispo de alguna otra diócesis, por eso le envió unas cartas secretas al primado de Cartago pidiendo la ordenación episcopal de san Agustín¹⁶⁶ y recibiendo una respuesta aprobatoria para la misma. Así Valerio aprovechó la visita del Primado de Numidia, Megalio para pedir que se consagrara obispo a Agustín. No obstante llegaron a oídos de Megalio una serie de habladurías en contra de san Agustín acusándolo de haber dado panes embrujados o un filtro de amor a una mujer, con el consentimiento de su marido¹⁶⁷, para poder tener relaciones ilícitas con ella¹⁶⁸. El obispo Megalio, en un primer momento creyó en esas habladurías y escribió una carta contra san Agustín, documento que sería muy usado por los enemigos del Obispo de Hipona. Sin embargo el obispo Megalio se dio cuenta de su error y de la falsedad de dichas acusaciones y fue quien consagró personalmente a

¹⁶⁶ Posidio, *Vita Augustini*, 8.

¹⁶⁷ Según P. Brown, entre otros la mujer en cuestión no sería otra que Terasia, la esposa de san Paulino de Nola y éste el marido cómplice. Cf. P. Brown, *Augustine of Hippo. A Biography*, Berkeley, California University Press, 2000, 199.

¹⁶⁸ “Puede desacreditar con el ridículo apelativo de venenosa ignominia y delirio las eulogias de pan dadas con sencillez y alegría, y puede tener tan bajo concepto de vuestro corazón que presume admitir unos filtros amatorios dados a una mujer no sólo con el conocimiento, sino aun con la aprobación de su marido”. *c. litt. Pet.* 3, 16, 19. Cf. *Cresc.* 3, 80, 92.

san Agustín como obispo¹⁶⁹, en una fecha entre mayo del 395 (última actuación de que tenemos constancia de san Agustín como presbítero¹⁷⁰) y el 28 de agosto del 397¹⁷¹, en el que como Obispo de Hipona sólo aparece el nombre de san Agustín.

Lo que no sabían ni Agustín, ni Valerio, ni Megalio era que lo que hicieron estaba prohibido por el canon 8 del Concilio de Nicea. San Agustín cuando sea obispo y designe a su sucesor, el presbítero Heraclio no lo ordenará obispo sino que señalará que permanecerá como presbítero para evitar incurrir en el mismo error en el que se había caído en su caso¹⁷².



Para saber más...

G. BONNER, “Augustinus (uita)”, AL, 537-542.

G. BONNER, *St. Augustine of Hippo. Life and controversies*, London, SCM Press, 1963.

P. BROWN, *Agustín de Hipona*, Madrid, Acento, 2001.

S. LANCEL, *Saint Augustin*, Paris, Fayard, 1999.

R. MARKUS, “Vida, cultura y controversias de Agustín”, en A. FITZGERALD, *Diccionario de san Agustín*, Burgos, Monte Carmelo, 2001, 1319-1328.

¹⁶⁹ Cf. *ep.* 38, 2.

¹⁷⁰ En la predicación en contra de la fiesta en honor del patrono de Hipona, san Leoncio, llamada *laetitia*, una fiesta que había degenerado en una celebración de crápula y embriaguez. San Agustín se enfrentará con los “glotones y borrachos” que querían celebrar la fiesta de esta manera, aboliendo esta práctica. La predicación agustiniana tuvo lugar el 2, 3 y 4 de mayo del 395, tal y como lo relata la *ep.* 29, siendo ésta la última actuación de la que tenemos noticia de san Agustín como presbítero. Cf. Lancel, *St. Augustine*, 157-158.

¹⁷¹ “Fecha del segundo Concilio de Cartago. Cf. A. Mandouze, *Prosopographie Chrétienne du Bas Empire, Afrique*, Paris, CNRS, 1982, 741 ss.

¹⁷² Cf. *ep.* 213, 4.

23. ¿Usaba mitra san Agustín?

San Agustín aunque era obispo, no usaba mitra. La mitra será un atributo episcopal que aparecerá más tarde en la historia y surge como una prenda exclusiva y propia del obispo de Roma. Por ello, uno de los mosaicos que se conservan de la antigua basílica de san Pedro, un mosaico del siglo VIII o IX representa a la Iglesia de Roma como una mujer que lleva una mitra. Ciertamente no se trata de una “obispa” como han propugnado algunas asociaciones empecinadas de feministas, sino de una representación de la Iglesia de Roma¹⁷³ y ya que el obispo que presidía la Iglesia de Roma, es decir el Papa llevaba mitra, la mujer que representa a la Iglesia de Roma lleva también mitra¹⁷⁴.

A partir del siglo XI (1049) el obispo de Roma, el Papa León IX le concede el privilegio de usar mitra por medio de una bula a otro obispo y paulatinamente este uso y costumbre se fue extendiendo a toda la Iglesia hasta constituir parte de los ornamentos y vestimentas litúrgicas de los obispos.

Así pues, san Agustín no llevó mitra, aunque las representaciones artísticas que lo retratan como obispo mitrado nos ofrecen una interesante historia gráfica de la mitra a lo largo de los siglos, partiendo de la mitra corta del san Agustín obispo del “capellone” de

¹⁷³ Tanto en las iglesias romanas de santa Pudenciana en el magnífico mosaico que adorna su ábside, como en la Iglesia de santa Sabina, en la parte superior de la puerta de ingreso, se representa a la Iglesia de Roma con la figura de una mujer, por lo que la protagonista de este mosaico de la antigua basílica de san Pedro no es otra que la Iglesia de Roma.

¹⁷⁴ Este mosaico se conserva actualmente en el Museo Barraco de Roma, situado en la tan romana Via Vittorio Emmanuelle.

san Nicolás de Tolentino, propia del siglo XIV, hasta la mitra larga y afilada, tan renacentista, que aparece en segundo plano en el retrato genial de san Agustín hecho por Sandro Botticelli.



Para saber más...

X. BASURKO, *Historia de la Liturgia*, Barcelona, Centro de Pastoral Litúrgica, 2006.

P. BROWN, *Agustín de Hipona*, Madrid, Acento, 2001.

S. LANCEL, *Saint Augustin*, Paris, Fayard, 1999.

J. LLOPIS, *La Liturgia a través de los siglos*, Barcelona, Centro de Pastoral Litúrgica, 1993.

S. PICCOLO PACI, *Storia delle vesti liturgiche*, Milano, Ancora, 2008.

24. ¿Cuánto duró el sermón más largo de san Agustín?

El sermón más largo de san Agustín duró algo más de dos horas. Se trata del sermón Dolbeau 26¹⁷⁵ predicado muy probablemente en Cartago el 1 de enero del 404¹⁷⁶. La extensión del sermón fue debida a que en la calle se estaban llevando a cabo las fiestas paganas de principio de año, y san Agustín quería evitar que los fieles católicos participaran en las mismas, por lo que prolongó su sermón hasta que las mismas hubieron terminado.

Este sermón es, además de un tesoro desde el punto de vista retórico y teológico, una excelente muestra de la maestría de san Agustín como orador, pues supo entretener de tal manera a sus fieles, que ellos prefirieron quedarse dentro de la Iglesia escuchando a san Agustín en lugar de participar en los festejos paganos que estaban teniendo lugar en la calle. Algo insólito.

¹⁷⁵ Cf. F. Dolbeau, “Nouveaux sermons de saint Augustin pour la conversion des païens et des donatistes” (IV), en *Recherches augustiniennes* 26 (1992), 76, nota 41; A. Olivier, “La aportación de los sermones Dolbeau de san Agustín a algunos aspectos formales de la predicación antigua”, en Madec, G., *Augustin Prédicateur...*, 67; véase también, R. Dodaro, “Agostino d’Ippona, Sermo Dolbeau 26 e la questione della ‘salus extra ecclesiam’ ”, en *Lateranum* 68 (2002), 260, nota 4.

¹⁷⁶ Cf. s. Dolbeau 26, 43 SN 570. Schneid en su artículo “Les réjouissances des calendes de janvier d’après le sermón Dolbeau 26. Nouvelles lumières sur un fête mal connue”, en *Augustin Prédicateur...*, 353-365, hace una serie de matizaciones en relación a la fecha del 1 de enero y del 3 de enero, donde se celebraban actos culturales públicos –Agustín alude, si predica en la primera fecha, a cultos privados (cf. *Ibid.*, 363)–, cf. s. Dolbeau 26, 1-3.8-9



Para saber más...

P. BROWN, *Agustín de Hipona*, Madrid, Acento, 2001.

R. DODARO, “Agostino d’Ippona, Sermo Dolbeau 26 e la questione della ‘salus extra ecclesiam’ ”, en *Lateranum* 68 (2002), 260.

F. DOLBEAU, “Nouveaux sermons de saint Augustin pour la conversion des païens et des donatistes” (IV), en *Recherches augustiniennes* 26 (1992), 76ss.

M. FLORES, “El sermón Dolbeau 26. Teología y pastoral en la predicción de san Agustín”, en *AVGVSTINVS* 51 (2006), 255-272.

S. LANCEL, *Saint Augustin*, Paris, Fayard, 1999.

25. En Hipona, ¿se celebraba la misa todos los días?

Sí, aunque no era una costumbre común a todas las iglesias en la amplia geografía de la Iglesia católica. Así en algunas iglesias sabemos que la Eucaristía se celebraba un par de veces por semana fuera del domingo, día del Señor y fiesta especial en la que el centro de la celebración de la comunidad cristiana era la misa.

No obstante a pesar de estas costumbres del tiempo de san Agustín, sabemos que en la Iglesia de Hipona la misa se celebraba todos los días. De esto tenemos un claro indicio en el *De Sermone Domini in Monte*, donde san Agustín refiere que en las Iglesias de Oriente no se celebra la Eucaristía todos los días, con lo que implícitamente afirma que la costumbre era que en Hipona la celebración de la Eucaristía se tenía todos los días y que los fieles podían recibir el pan de Dios, el sacramento del Cuerpo y de la Sangre de Cristo como el “pan cotidiano”¹⁷⁷.

También en el sermón 227 se señala el hecho de que los fieles pueden participar todos los días en el Cuerpo y la Sangre de Cristo¹⁷⁸. Todo esto nos hablaría del amor y de la devoción que san Agustín tenía por la Eucaristía. Éste es ciertamente un elemento el que quedan muchos vestigios dentro de la obra agustiniana, particularmente en sus homilías de la mañana de Pascua en donde san Agustín aprovechaba la ocasión para hacer una vívida catequesis sobre la Eucaristía.

¹⁷⁷ Cf. *s. dom. m.* 2, 7, 26: “Respecto del sacramento del cuerpo del Señor, para no entrar en cuestión con muchos en las regiones orientales, que no comulgan el Cuerpo de Cristo diariamente, aunque se haya dicho que este pan es cotidiano”.

¹⁷⁸ *s.* 227: “Debéis conocer lo que habéis recibido, lo que vais a recibir y lo que debéis recibir a diario”.

Así pues la misa, con muchos de los elementos litúrgicos que hoy conservamos en el rito católico latino, se celebraba todos los días en la Iglesia de Hipona.



Para saber más...

G. BONNER, “Augustinus (uita)”, AL, 537-542.

G. BONNER, *St. Augustine of Hippo. Life and controversies*, London, SCM Press, 1963.

P. BROWN, *Agustín de Hipona*, Madrid, Acento, 2001.

S. LANCEL, *Saint Augustin*, Paris, Fayard, 1999.

R. MARKUS, “Vida, cultura y controversias de Agustín”, en A. FITZ-GERALD, *Diccionario de san Agustín*, Burgos, Monte Carmelo, 2001, 1319-1328.

26. ¿Cuál fue el viaje más largo de san Agustín?

Hay que decir, en primer lugar, que a san Agustín no le gustaba viajar, pero tendrá que hacerlo para cumplir los deberes propios de su estado episcopal. Por ello, no cruzará el mar más que dos veces (de ida y vuelta a Italia) y nunca más. Cuando tenga que mandar cartas al Papa o a san Jerónimo en Tierra Santa, se valdrá de emisarios y enviados. Como obispo, visitará diversos pueblos y puntos de su diócesis, y el viaje más largo que realizó fue en el 418 a petición del Papa Bonifacio I (418-422) a Cesarea de Mauritania¹⁷⁹ (hoy Cherchel en Argelia) a apoyar al obispo católico Deuterio, y a hablar con el obispo donatista Emérito quien todavía tenía mucho poder y se oponía al obispo católico.

En el largo viaje san Agustín se hizo acompañar de Alipio y de otros obispos católicos. San Agustín antes de la discusión en Cesarea de Mauritania, ya conocía a Emérito, pues entre el 405 y el 411, sabiendo que Emérito estaba dispuesto a responder si él le enviaba alguna carta para exponer los puntos de vista del catolicismo, el obispo de Hipona le escribió. Esta carta se perdió, pero san Agustín, sin desalentarse, le escribió una segunda carta¹⁸⁰. San Agustín reconoce la inteligencia de Emérito, así como su conocimiento del saber profano y también de la Biblia. De hecho el debate del 418 se llevará a cabo utilizando cada uno de los contendientes, textos bíblicos. San Agustín, tanto antes de la Conferencia de Cartago (411) como después de ella, cuando sus relaciones hayan cambiado por los resultados de la Conferencia de Cartago -que dieron la victoria a los católicos-, le seguirá llamando “*frater*” (*siue bonum, siue*

¹⁷⁹ Cf. *Vita Augustini*, 14.

¹⁸⁰ *ep.* 87.

*malum, frater*¹⁸¹), aunque es preciso no sacar de su contexto dicho término. Durante la Conferencia de Cartago (411), Emérito fue nombrado tercer orador (*advocatus*) y muy pronto tanto san Agustín como san Posidio se dieron cuenta de que era Emérito el campeón de la causa donatista. Derrotado en la Conferencia de Cartago, en donde numerosas de sus intervenciones iban dirigidas a poner objeciones al procedimiento que se estaba siguiendo, regresó a Cesarea de Mauritania. Cuando se volvieron a encontrar en el 418 en la propia ciudad en donde Emérito empecinadamente se mantenía como obispo donatista, san Agustín demostrará su habilidad retórica de mil maneras, en primer lugar, comenzando su *sermo ad Caesariensis ecclesiae plebem* con las palabras que Emérito había dicho: “Yo no puedo no querer lo que vosotros queréis, pero puedo querer lo que yo quiero”. Después de las preguntas de san Agustín, Emérito permanecerá en silencio. No responderá a ninguna de las apelaciones de san Agustín, sintiéndose seguro en su propia ciudad sin pasarse a la Iglesia católica, aunque el fruto de la presencia de san Agustín fue restarle fuerza a Emérito frente al pueblo sencillo y otorgársela al obispo católico, Deuterio. Muchas personas se pasaron del donatismo al catolicismo a raíz del encuentro de san Agustín con Emérito¹⁸². Todo parece apuntar al hecho de que Emérito murió antes del 426/427¹⁸³.

¹⁸¹ *s. Caes. eccl. sermo 1.*

¹⁸² Cf. *c. Gaud.* 1, 14, 15.

¹⁸³ Cf. A. Mandouze, *Prosopographie chrétienne du Bas-Empire, 1, Prosopographie de l'Afrique Chrétienne*, Paris, 1982, pp. 340-349.



Para saber más...

P. BROWN, *Agustín de Hipona*, Madrid, Acento, 2001.

S. LANCEL, *Saint Augustin*, Paris, Fayard, 1999.

A. MANDOUZE, *Prosopographie chrétienne du Bas-Empire*, 1, *Proposographie de l'Afrique Chrétienne*, Paris, 1982, 340-349.

O. PERLER, *Les voyages de saint Augustin*, Paris, Études Augustinienes, 1969.

POSIDIO, “Vita Augustini (Vida de san Agustín)”, en Javier RUIZ (ed.), *Obras y Textos Monásticos de san Agustín*, Vol. 2, Madrid, Ciudad Nueva, 2010, 365-472.

27. ¿Cómo era la relación de san Agustín con los pobres de Hipona?

San Agustín a pesar de ser un hombre con muchas ocupaciones y con una gran compromiso intelectual, no dejó nunca de ser un pastor celoso y sabía que se debía particularmente a las ovejas más pobres y débiles del rebaño de Cristo, como él bien lo señala en el *De opere monachorum*¹⁸⁴. De este modo su interés por los pobres y necesitados no se quedará sólo en el papel o en el simple deseo, sino que será manifestado de continuo en su vida a través de acciones concretas y de instituciones para favorecer y ayudar a los necesitados. De este modo sabemos que la Iglesia de Hipona tenía una *matricula pauperum*¹⁸⁵, un lugar en donde se recogía y atendía a los más pobres. Además, al final de sus días san Agustín fundará con la ayuda del presbítero Leporio un *xenodochium*¹⁸⁶, un albergue para los pobres, transeúntes y peregrinos que fueran a Hipona. La idea de san Agustín era la de acoger en ese lugar a las personas que pasaran por Hipona por un motivo u otro –particularmente a los peregrinos que acudían a la capilla de san Esteban de la basílica Pacis¹⁸⁷–, y evitar que tuvieran que pernoctar en la calle.

Sabemos también que san Agustín en el aniversario de su consagración episcopal daba una comida a los pobres de Hipona para manifestar su cercanía con ellos¹⁸⁸. Asimismo por los sermones agustinianos sabemos que san Agustín conoce y habla con los pobres que lo abordan por la calle, y san Agustín los ayuda con lo

¹⁸⁴ *op. mon.* 37.

¹⁸⁵ *ep.* 20*, 2.

¹⁸⁶ *s.* 356, 10.

¹⁸⁷ Cf. *ciu.* 22, 8, 22:

¹⁸⁸ *s.* 339, 4.

que puede, pero también se vuelve su portavoz para exhortar a sus fieles a la caridad¹⁸⁹, señalando que uno de los frutos de sus predicaciones se debe notar en la creciente caridad de su grey¹⁹⁰.

San Agustín acogerá en su monasterio a algún niño pobre y necesitado, aunque posteriormente alguno de ellos cuando se haga adulto le dé grandes problemas a san Agustín, pagando mal los bienes que de él había recibido¹⁹¹.

La comunidad monástica agustiniana compartía sus bienes con los necesitados y cuando se recibía algún regalo demasiado suntuoso, el regalo se vendía y se daba el fruto a los pobres¹⁹².

San Posidio nos recuerda que en una ocasión al estar muy vacías las arcas de Hipona, san Agustín mandó fundir los vasos sagrados para socorrer a unos cautivos y a otros pobres¹⁹³.

San Agustín también se preocupará de la pobreza cultural de su pueblo e intentará con sus sermones y escritos elevar el nivel cultural de su pueblo, buscando ante todo su bien espiritual, pues entre más se sepa y entienda, más se puede degustar y profundizar en el misterio de Cristo¹⁹⁴. San Agustín en este sentido se hará pobre con los pobres, pues su discurso y sus palabras se harán “pobres”, llanas, cuando predique a su pueblo sencillo, dejando atrás la ampulosidad de la retórica y las expresiones elevadas del latín literario, para hacer accesible a sus fieles la palabra de Dios. Aunque era un gran orador y rétor, san Agustín será ante todo, pastor de su pueblo, sintiendo fuertemente la responsabilidad espiritual que pesaba sobre sus espaldas, empeñando en ello todas sus capacidades.

¹⁸⁹ s. 61, 13.

¹⁹⁰ s. 95, 7.

¹⁹¹ ep. 20*, 2.

¹⁹² s. 356, 13.

¹⁹³ Posidio, *Vita Augustini*, 24.

¹⁹⁴ s. 43, 4.



Para saber más...

G. BONNER, “Augustinus (uita)”, AL, 537-542.

G. BONNER, *St. Augustine of Hippo. Life and controversies*, London, SCM Press, 1963.

P. BROWN, *Agustín de Hipona*, Madrid, Acento, 2001.

S. LANCEL, *Saint Augustin*, Paris, Fayard, 1999.

R. MARKUS, “Vida, cultura y controversias de Agustín”, en A. FITZGERALD, *Diccionario de san Agustín*, Burgos, Monte Carmelo, 2001, 1319-1328.

28. ¿Cuál era la relación de san Agustín con los ricos?

San Agustín trataba a los ricos con respeto pero sin falsa adulación, teniendo siempre presente su condición de pastor y su obligación de invitarlos a la conversión para poder participar en el Reino de los cielos¹⁹⁵. Si bien san Agustín era consciente de que quienes poseen abundancia de bienes en esta tierra están más tentados por la soberbia y por el olvido de Dios¹⁹⁶, encarnando lo que la Sagrada Escritura llama necedad, por la que perece el rico de la parábola de Lucas¹⁹⁷ (Lc 16, 19). No obstante san Agustín sabe que lo importante es la condición propia del corazón. De este modo, para san Agustín hay ricos que son pobres de espíritu y son humildes, pues no están apegados a las riquezas que tienen. Mientras que hay pobres de solemnidad que son a su vez ricos y soberbios¹⁹⁸.

San Agustín recibirá en favor de su comunidad regalos de parte de los ricos, pero sabrá corresponder a estos regalos, en algunos casos con su agradecimiento y en otros enviando sus propias obras, sabiendo que eran muy apreciadas por todos¹⁹⁹. Aprenderá también san Agustín la triste lección de no aceptar nunca herencias mientras vivan los propietarios, pues se puede dar el caso de que después de otorgadas a la Iglesia las pudieran llegar a reclamar²⁰⁰.

San Agustín se relacionará y recibirá cartas de algunas de las personas más ricas y potentadas del Imperio romano, como eran los

¹⁹⁵ s. 61, 13.

¹⁹⁶ en. Ps. 39, 27; en. Ps. 40, 4.

¹⁹⁷ Io. eu. tr. 44, 6; en. Ps. 33, 2, 25.

¹⁹⁸ en. Ps. 131, 26.

¹⁹⁹ Cf. ep. 231, 6.

²⁰⁰ Cf. s. 355, 4 ; s. 355, 5 ;

miembros de la familia Anicia, a la que pertenecía Proba a quien san Agustín dedicará su célebre carta 130 sobre la oración. A la nuera de Proba, Juliana, san Agustín le dedicará la obra *De bono viduitatis*. A la nieta de Proba, Demetriade, cuando cause la sensación dentro del imperio romano por dejar todas sus riquezas para entrar en el monasterio y consagrarse a Dios, san Agustín escribirá una carta dirigida a su madre Juliana²⁰¹, para advertirle del peligro que existe en la carta que Pelagio con ese motivo le había escrito (el *Ad Demetriadem* de Pelagio), en donde este hereje hace una clara exposición de su doctrina.

Con relación a los grandes potentados de esta tierra, san Agustín tendrá una triste experiencia cuando otro matrimonio de ricos –según algunos los más ricos del Imperio romano en ese momento–, Melania la joven y Piniano visiten Hipona, después de haber estado en Tagaste con quien era su gran amigo, Alipio²⁰².

Al llegar a Hipona fueron reconocidos por el pueblo y al saber que ambos, a pesar de estar casados, vivían un voto de castidad, le pidieron a san Agustín durante la celebración de la eucaristía que ordenara como sacerdote de la diócesis de Hipona a Piniano. Si bien es cierto que Piniano tenía muy buena fama y sin duda hubiera sido un ejemplar sacerdote, los habitantes de Hipona en esta ocasión se comportaban, al parecer, con dolo y con una mala intención, pues sabían que si Piniano se hacía sacerdote de Hipona, todos sus bienes, que eran muchísimos, pasarían automáticamente a la Iglesia de Hipona, pudiendo el pueblo disfrutar de ellos²⁰³.

En esa ocasión san Agustín trató por todos los medios de dar una solución para salir del aprieto²⁰⁴, pues la turba hiponense exaltada no paraba de gritar que quería a Piniano como presbítero a la vez que gritaban injurias contra Alipio²⁰⁵. Piniano se sentía no sólo vejado, sino también forzado a aceptar algo en contra de su voluntad, plenamente consciente de cuáles eran las verdaderas intenciones del populacho hiponense. La solución que se dio al asunto fue que

²⁰¹ *ep.* 188, 1.

²⁰² Cf. *ep.* 124, 1.

²⁰³ Cf. *ep.* 126, 7.

²⁰⁴ Cf. *ep.* 126, 1.

²⁰⁵ Cf. *ep.* 125, 5.

para “liberar” a Piniano y dejarlo marchar, se le hizo jurar una fórmula que dejara satisfechos a los habitantes de Hipona y a la vez le concediera una cierta libertad a Piniano, y esta fue que Piniano juró que se quedaría en Hipona si nadie le imponía contra su voluntad la carga del presbiterado; y que si alguna vez decidía ordenarse sacerdote, lo haría en la diócesis de Hipona²⁰⁶.

No es preciso decir que el pueblo sencillo, -pero ambicioso-, se sintió satisfecho con esta fórmula y dejó marchar a Piniano, quien viéndose libre, se fue a toda prisa de Hipona y nunca regresó a esta ciudad²⁰⁷.

Como es lógico suponer, esta pareja nunca más ayudó a san Agustín con sus bienes, pues la mala experiencia pasada era más que un obstáculo. No obstante ayudaron mucho a su amigo Alipio en la diócesis de Tagaste²⁰⁸ en donde edificaron un monasterio, entre otras cosas.

San Agustín, una vez superado el trago amargo, recibirá una carta de la madre de Melania la joven, Albina, acusándolo de haber soliviantado a las masas de Hipona y a los monjes, para apoderarse de los bienes de Piniano²⁰⁹, cosa que san Agustín nunca pensó. Por ello San Agustín le escribió una carta a Albina para explicarle lo sucedido²¹⁰. Así pues, el pueblo de Hipona se quedó sin sacerdote rico y sin sus donaciones, y san Agustín sin benefactores pudientes. No cabe duda que la avaricia, rompe siempre el saco...

²⁰⁶ Cf. *ep.* 126, 3.

²⁰⁷ Cf. *ep.* 126, 6.

²⁰⁸ Cf. *ep.* 126, 7.

²⁰⁹ Cf. *ep.* 126, 1.

²¹⁰ Cf. *ep.* 126.



Para saber más...

P. BROWN, *Agustín de Hipona*, Madrid, Acento, 2001.

A. G. HAMMAN, *La vida cotidiana en África del Norte en tiempos de san Agustín*, OALA, 1989.

S. LANCEL, *Saint Augustin*, Paris, Fayard, 1999.

R. MARKUS, “Vida, cultura y controversias de Agustín”, en A. FITZGERALD, *Diccionario de san Agustín*, Burgos, Monte Carmelo, 2001, 1319-1328.

29. ¿A qué santo se le dedicó una capilla en la basílica de Hipona?

Al llegar las reliquias de san Esteban a Hipona, traídas de Tierra Santa por Pablo Orosio, san Agustín decidió edificar una capilla en honor a este diácono mártir dentro de la Basílica de la Paz de Hipona²¹¹. La obra fue pagada con dinero del entonces diácono Heraclio²¹², quien posteriormente se convertiría en el sucesor de san Agustín en la sede de Hipona, después de la muerte de san Agustín en el 430²¹³.

Serán muchos los milagros que sucedan en esta capilla dedicada a san Esteban; posiblemente el más conocido es el de los hermanos Pablo y Palladia, que había venido desde el Asia Menor y que fueron milagrosamente curados de su terrible enfermedad por intercesión de san Esteban²¹⁴. La afluencia de fieles a la capilla de san Esteban venidos de diferentes partes de la diócesis de san Agustín y del resto del África del norte llevaron a san Agustín a construir -con los bienes del presbítero Leporio²¹⁵-, un *xenodochium*, un albergue para hospedar a los peregrinos que desde diversos puntos del África del norte llegaban a Hipona para venerar las reliquias de san Esteban, así como para poder dar cobijo a los transeúntes de todo género que pasaban por Hipona.

San Agustín compuso unos versos en honor al san Esteban que estaban escritos sobre los mosaicos que decoraban la capilla del protomártir:

²¹¹ Son en realidad pocas reliquias. San Agustín las llamará un poco de polvo, una ceniza que apenas se ve: “Tan poco polvo reunió a una multitud numerosa; la ceniza apenas se la ve, pero los beneficios son manifiestos”. s. 317, 1.

²¹² Cf. s. 356, 7.

²¹³ Cf. *ep.* 213.

²¹⁴ Cf. *ciu.* 22, 8, 22; Cf. s. 323, 4.

²¹⁵ s. 356, 10.

“¿Qué necesidad tengo de deciros más cosas y hablar por más tiempo? Leed los cuatro versos que hemos escrito en su camarín; leedlos, aprendedlos y retenedlos en vuestro corazón. Quisimos escribirlos ahí precisamente para que los lea quien quiera y cuando quiera. Son pocos intencionadamente, para que todos puedan aprendérselos, y están escritos en lugar público, para que todos los lean. No es preciso andar buscando el código; sea aquella capilla vuestro código”²¹⁶.



Para saber más...

G. BONNER, “Augustinus (uita)”, AL, 537-542.

G. BONNER, *St. Augustine of Hippo. Life and controversies*, London, SCM Press, 1963.

P. BROWN, *Agustín de Hipona*, Madrid, Acento, 2001.

S. LANCEL, *Saint Augustin*, Paris, Fayard, 1999.

R. MARKUS, “Vida, cultura y controversias de Agustín”, en A. FITZGERALD, *Diccionario de san Agustín*, Burgos, Monte Carmelo, 2001, 1319-1328.

²¹⁶ s. 319, 7.

30. ¿Pensó san Agustín algún día dimitir de su cargo de obispo?

Hubo un acontecimiento en la vida de san Agustín del que él se arrepentirá toda su vida, pues en realidad la decisión que tomó san Agustín movido por el deseo de hacer un bien al pueblo de Dios, causó por el contrario, y en contra de las expectativas de san Agustín, un grave y complejo problema a la Iglesia. Por ello san Agustín, según le cuenta al Papa Celestino I en su carta 209, se siente lleno de tristeza y remordimiento y por ello llegó incluso a pensar dimitir como obispo, reconociendo su grave error²¹⁷.

Se trata del intrincado y triste caso de Antonino de Fusala. Antonino pertenecía a una familia que no tenía ni lo suficiente para comer cada día²¹⁸. Como pobres de solemnidad que eran, se acogieron a la caridad del monasterio de san Agustín, convenciénolos antes el mismo obispo de Hipona, a la madre de Antonino y a su compañero –que no era padre de Antonino– a que vivieran una vida de continencia. De este modo el compañero de la madre de Antonino y el mismo Antonino fueron admitidos en el monasterio de san Agustín, mientras que la madre fue ingresada en la casa de asistencia para los pobres (*matricula pauperum*²¹⁹) a cargo de Iglesia de Hipona. Muy pronto el hombre murió y Antonino permaneció en el monasterio en donde se formó y llegó a ser lector. En una ocasión por deseo del prepósito del monasterio de clérigos de Hipona, Urbano –que después sería obispo de Sicca Veneria (hoy Le Kef, Túnez)– y estando ausente san Agustín se le quiso ordenar como presbítero para que atendiese a una población con bastantes habitantes per-

²¹⁷ *ep.* 209, 10.

²¹⁸ Cf. *ep.* 20*, 2.

²¹⁹ *Idem.*

teneciente a la diócesis de Hipona, pero el obispo a quien habían invitado a que hiciera la ordenación rehusó hacerlo sin que se conozcan las razones²²⁰.

En la mente de san Agustín sólo quedaron dos cosas: que el joven había sido ya considerado digno del presbiterado por su prepósito –quien se suponía que lo conocía–, y por otra parte, que era hablante del púnico, pues sin duda la urgencia de mandar a Antonino a ese pueblo residía en la necesidad de un presbítero que hablase púnico²²¹. Es preciso recordar que la diócesis de Hipona era una diócesis bilingüe y la escasez de clero que hablara el púnico va a preocupar siempre a Agustín, pues los donatistas eran la Iglesia cismática nacionalista que presentaba como bandera el púnico, y se dirigía particularmente a la gente sencilla del campo que no hablaban latín, y que era por ello, fácil de convencer y más si se le hablaba en su propia lengua.

La ocasión que causó todo el conflicto llegó cuando san Agustín movido por el deseo pastoral de atender mejor a una parte de su diócesis que quedaba muy alejada de Hipona en una región montañosa, decidió separar esa parte de su diócesis y formar con ella una nueva diócesis, nombrando para ella un obispo. Se trataba de una región que además de ser de lengua púnica, había sido un baluarte del donatismo, pero que ahora se había pasado al catolicismo. De aquí la urgencia de que fuera gobernada por un obispo que pudiera regir y establecer con fuerza la Iglesia católica para evitar toda tentación de un regreso al donatismo. La ciudad más importante de esa región era la de Fusala.

Así pues, san Agustín escogió a un presbítero que hablara púnico y a quien san Agustín creía apto para el oficio de obispo. Una vez hechos los preparativos pertinentes, san Agustín mandó llamar al anciano Primado de Numidia, quien probablemente era en esos años (411) Silvano de Summa, para llevar a cabo la ordenación. Una vez que estaban todos preparados para la misma, el presbítero que había sido escogido para ello, se opuso a ser ordenado²²². Ante tal circunstancia, san Agustín se precipitó y pensó que Antonino –quien tendría poco

²²⁰ Cf. *ep.* 20*, 2.

²²¹ Cf. *ep.* 20*, 3.

²²² *ep.* 209, 3. La carta 20*, dice que el presbítero escogido “nos abandonó”. Sea cual sea la interpretación que se pueda dar a esta frase, la cuestión es que llegada la hora de la ordenación episcopal no había candidato para ella.

más de veinte años²²³-, podría ser un buen obispo de Fusala pues hablaba el púnico²²⁴ y había sido candidato para la ordenación presbiteral. Así pues todos los presentes, confiados en el testimonio de san Agustín, accedieron a la ordenación episcopal, a pesar de la juventud del candidato y, de este modo, comenzó a ser obispo de Fusala.

Al poco tiempo de la ordenación comenzaron los problemas, pues Antonino al sentirse lleno de poder, comenzó a comportarse de manera violenta y deshonesta siendo acusado de estupro, robo, amenazas y de abuso de poder²²⁵. Se rodeó de otros personajes tan ruines como él y fueron muchas las quejas que los habitantes de Fusala le presentaron a san Agustín²²⁶. Por ello san Agustín junto con el primado y otros obispos se reunieron y decidieron deponer a Antonino de su diócesis de Fusala y quitarle la comunión con ellos hasta que restituyese todo lo que había robado²²⁷. Antonino se estableció como obispo en uno de los pueblos que pertenecían a Fusala y comenzó una lucha con mentiras y engaños para poder regresar a la sede de Fusala. Tuvo el atrevimiento de ir a Roma a presentarse ante el Papa Bonifacio I y de engañarlo con cartas falsas²²⁸. El Papa Bonifacio I envió una comisión de jueces a Numidia para que estudiara la cuestión. Los jueces venidos de Roma se dieron cuenta de las mentiras de Antonino y de lo grave de la situación²²⁹. Antonino expresará entonces su deseo de establecerse en un pueblo llamado Togonoeto, que quedaba muy cerca de Fusala, con la clara intención de seguir causando graves problemas²³⁰. Después de muchas reuniones de los obispos para buscar una solución, decidieron reunirse con los habitantes de los diversos pueblos afectados por Antonino, quienes se negaban a dar sus nombres en las actas, pues tenían miedo de que Antonino fuera a usar la violencia contra ellos, cosa que deja ver el terror que Antonino había sembrado en la región²³¹. Antonino en la última reunión a la que se le convocó intentó

²²³ *ep.* 20*, 4.

²²⁴ *ep.* 20*, 3.

²²⁵ *ep.* 20*, 6-7.

²²⁶ *ep.* 20*, 6.

²²⁷ *ep.* 20*, 8-9.

²²⁸ *ep.* 20*, 11.

²²⁹ *ep.* 20*, 12.²³⁰ *ep.* 20*, 17-20.

²³¹ *ep.* 20*, 21.

de nuevo engañar a los obispos mintiendo. Al ser descubierta su mentira y pedírsele que se retirara a ser obispo en un determinado lugar, Antonino montó en cólera y amenazó con regresar a Roma a que el Papa zanjara la cuestión²³². Desconocemos el final de tan largo y doloroso conflicto. Lo que sabemos es que san Agustín mandó sendas cartas a Roma, tanto al Papa Celestino I²³³, como a Fabiola²³⁴, una distinguida dama de Roma en cuya casa se iba a hospedar Antonino, para que ella supiera cómo estaban las cosas y exhortara a Antonino a recapacitar y a no dar más motivos de escándalo.

Es precisamente en la carta dirigida al Papa Celestino donde san Agustín le declara al Papa con toda sinceridad, su propio sentimiento y su profundo deseo de dimitir, en vista del gran mal que le ha causado a la Iglesia la decisión tomada de manera precipitada con ocasión de la ordenación del obispo de Fusala:

*“He de confesar a tu Beatitud que en este peligro que corren ambas partes me atormenta tal temor y tristeza, que pienso retirarme del ejercicio del ministerio episcopal y entregarme a los lamentos dignos de mi error, si veo que aquél al que apoyé para que fuese obispo por mi imprudencia, devasta la Iglesia de Dios y, lo que Dios no permita, perece esa Iglesia con el devastador”*²³⁵.

A pesar de lo triste que es este caso de Antonino de Fusala, es un excelente ejemplo de la apelación que se hacía a la sede Roma para dirimir diversas causas complicadas de las Iglesias locales, reconociendo la autoridad y primacía de la sede petrina romana. Por otra parte es una fuerte exhortación agustiniana a evitar en todas las circunstancias de la vida, la precipitación y la prisa al tomar decisiones importantes.

²³² *ep.* 20*, 24.

²³³ *ep.* 209.

²³⁴ *ep.* 20*.

²³⁵ *ep.* 209, 10.



Para saber más...

P. BROWN, *Agustín de Hipona*, Madrid, Acento, 2001.

M. CAMERON, “Valerius of Hippo. A Profile”, en *Augustinian Studies* 30 (2009), 19, 5 - 26.

A. FITZGERALD, “When Augustine was Priest”, en *Augustinian Studies*, 40 (2009), 37 - 48.

S. LANCEL, *Saint Augustin*, Paris, Fayard, 1999.

POSIDIO, “Vita Augustini” (Vida de san Agustín), en Javier RUIZ (ed.), *Obras y Textos Monásticos de san Agustín*, Vol. 2, Madrid, Ciudad Nueva, 2010, 365-472.

31. Después de la toma de la ciudad de Hipona por Genserico en el 430, ¿fue quemada la ciudad?

Sabemos que cuando muere san Agustín el 28 de agosto del 430, la ciudad está rodeada por los vándalos. Sabemos también que poco después de la muerte de san Agustín los vándalos logran irrumpir finalmente en la ciudad. San Posidio en su relato biográfico de san Agustín nos refiere que la ciudad fue quemada después de la muerte de san Agustín, después de haber evacuado a toda la población²³⁶. No obstante este pasaje de san Posidio ha dado pie a muchas discusiones, pues por los testimonios de la arqueología y de la misma historia²³⁷ sabemos que Hipona, después de la muerte de san Agustín y de la conquista por parte de los vándalos no fue quemada. La explicación filológica que algunos especialistas dan es que el verbo latino *concremo* usado por san Posidio en el biografía de san Agustín para describir el incendio de Hipona, puede significar no sólo quemar algo, sino también atormentar con el fuego²³⁸ o bien infligir un tormento o sufrimiento que haga padecer como si se tratara de fuego. De este modo a lo que se referiría san Posidio sería a que los habitantes de Hipona sufrieron durante el asedio, y cuando cayó la ciudad, una gran angustia y un gran sufrimiento, como si hubieran sido atormentados con fuego. Puede hacer también referencia a que algunas partes de la ciudad fueran quemadas, aunque la mayor parte de la misma se librara de las llamas.

Por otra parte la mención del incendio de la ciudad resulta una incoherencia intratextual, ya que el mismo san Posidio invita a que

²³⁶ Cf. Posidio, *Vita Augustini*, 28.

²³⁷ Procopio, *Guerra vandalica*, 1, 3, 34-36; Victor de Vita, *Historia* 1, 10; Próspero de Aquitania, *Crónica*, 1304.

²³⁸ Cf. E. Zocca, *Introduzione Vita di Agostino*, Milano, Paoline, 2009, 276.

quien quiera hacer alguna copia de las obras de san Agustín, que acuda a la Biblioteca del monasterio en donde encontrará los mejores ejemplares para llevar a cabo esta labor (Vita 18). Esto sería imposible si la ciudad hubiera sido quemada, pues no quedaría absolutamente nada. Algunos especialistas como M. Pizzica concluyen que la alusión a un incendio es “una pincelada posterior cromáticamente eficaz”, es decir para este especialistas se trata sólo de una alusión retórica que le da al relato un mayor dramatismo²³⁹. Además sabemos que los legados del Emperador se reunieron con Genserico en lo que había sido el complejo episcopal de san Agustín en Hipona y no sería lógico que este encuentro se diera entre los escombros de la ciudad. Hipona fue hasta la caída de Cartago la ciudad en la que Genserico se estableció.



Para saber más...

G. BONNER, “Augustinus (uita)”, AL, 537-542.

G. BONNER, *St. Augustine of Hippo. Life and controversies*, London, SCM Press, 1963.

P. BROWN, *Agustín de Hipona*, Madrid, Acento, 2001.

P. HEATHER, *The Fall of the Roman Empire*, Oxford, OUP, 2006.

S. LANCEL, *Saint Augustin*, Paris, Fayard, 1999.

E. ZOCCA, *Introduzione Vita di Agostino*, Milano, Paoline, 2009.

²³⁹ Cf. *Idem*.

***De diuersis
quaestionibus*** **IV**

32. ¿Fue testigo san Agustín de algún milagro?

Sí, y no sólo de uno sino de varios. Entre los milagros de los que san Agustín fue testigo son de singular importancia dos. El primero de ellos es el que san Agustín nos refiere en las *Confesiones*, como una magnífica conclusión a un acontecimiento muy tenso y grave. La situación fue la siguiente. La emperatriz Justina, madre del emperador adolescente Valentiniano II era arriana. Por ello, quiso darles a los arrianos la basílica Portiana de Milán. A esto se opuso el obispo de Milán, san Ambrosio, y ante la presión de la emperatriz de tomar por la fuerza la basílica, san Ambrosio tomó la decisión de encerrarse en la basílica acompañado de algunos fieles. La situación era más que peligrosa y no se le veía al asunto ninguna otra solución que la vía de la fuerza y de la violencia. Todo la ciudad de Milán estaba pendiente de estos acontecimientos. No sabemos si como algo providencial o como un excelente golpe de mano del Obispo de Milán, durante la tensa espera, a san Ambrosio se le reveló en un sueño el lugar en donde estaban enterrados los cuerpos de dos santos de Milán, san Protasio y san Gervasio.

Al descubrirse el lugar y los cuerpos de ambos santos dentro de la basílica Portia, no sólo los ocupantes se llenaron de gran alegría y devoción, sino que la noticia corrió como reguero de pólvora por toda la ciudad. Muy pronto toda la ciudad estaba ya ahí con el deseo de venerar las reliquias de estos dos santos. El ejército que rodeaba la basílica en espera de las funestas órdenes de cargar contra la basílica y sacar a sus ocupantes a sangre y fuego, no tuvieron otro remedio que retirarse avergonzados y presionados por la multitud. Todos querían entrar a la basílica a venerar los cuerpos de los santos. La salida triunfal del Obispo de Milán de la basílica Portia acompañada por las reliquias de los santos Protasio y Gervasio fue

apoteósica. Una indudable y sonada victoria sobre la déspota emperatriz. Mientras la alegre procesión se dirigía hacia la catedral de Milán, un conocido ciego de la ciudad se acercó a los cuerpos de los dos santos y tocó con su sudario las andas que los llevaban. Posteriormente se pasó el sudario por los ojos y recuperó la vista. Este milagro fue visto por san Agustín antes de su conversión definitiva al cristianismo y él mismo lo relata dentro de las *Confesiones*²⁴⁰, sin duda porque lo impresionó grandemente y posiblemente pudo haber influido en su proceso interior de acercamiento a Dios.

Un segundo milagro espectacular contemplado por san Agustín es la curación de los hermanos Pablo y Palladia. Se trata de un hecho tan llamativo y peculiar que el mismo Agustín nos ofrecerá una recensión del mismo dentro de su obra *De Civitate Dei*²⁴¹. De este modo conocemos un poco la historia que hay detrás de la milagrosa curación de ambos hermanos. Así pues, Pablo y Palladia, pertenecían a una familia ilustre de Cesarea de Capadocia²⁴², en la que había diez hijos. No obstante después de la muerte de su padre, todos habían sido “maldecidos por su madre por una injuria que le habían hecho”²⁴³, y en consecuencia de ello fueron “castigados con una pena consistente en un horrible temblor de miembros”²⁴⁴. Si bien la cualidad de la injuria no es dicha ni manifestada por el texto agustiniano, la gravedad del castigo hace suponer, asimismo la gravedad de la misma culpa. Así pues, al no poder seguir viviendo en Cesarea por la vergüenza, cada uno de los hermanos emigró a diferentes ciudades. Pablo y su hermana Palladia emigraron a Hipona y, por lo que dice Agustín, sus tristes figuras eran muy conocidas en toda la ciudad y en los alrededores.

A pesar de su mal, no dejaban de ser piadosos y de pedir cotidianamente a Dios su curación por intercesión de san Esteban, a quien estaba dedicada una de las capillas de la basílica de Hipona. Así pues, después de mucho orar, una mañana de Pascua, Pablo acudió según su costumbre a orar a la capilla del mártir san Esteban y

²⁴⁰ Cf. *conf.* 9, 16.

²⁴¹ *ciu.* 22, 8, 22.

²⁴² *ciu.* 22, 8, 22.

²⁴³ *ciu.* 22, 8, 22.

²⁴⁴ *Idem.*

mientras oraba, cayó de pronto al suelo ante la capilla y se quedó como dormido. Al despertar estaba curado. En esos momentos san Agustín se estaba preparando para la celebración de la misa de Pascua. No obstante su preparación se vio interrumpida por los gritos de alegría y de sobresalto ante la milagrosa curación del joven. El relato agustiniano no puede ser más vivo:

Llegó la Pascua y el domingo por la mañana cuando un gran gentío llenaba ya la iglesia, el joven asido a las verjas del lugar santo donde estaban las reliquias del mártir, orando, cayó de golpe y quedó tendido como si durmiera. Mas no temblaba como solía hacer durante el sueño. El accidente infundía a unos dolor a otros temor (...) Y he aquí que el joven se levantó sin temblor, porque había curado y estaba perfectamente (...) Una oleada de voces, clamores y enhorabuenas llenó las naves de la iglesia. Corren hacia mí, que ya estaba dispuesto para salir. Yo alborozado y dando interiormente gracias a Dios, vi llegar entre la multitud al agraciado. Se postró a mis pies, y yo lo levanté y lo abracé²⁴⁵.

El pueblo sencillo gritaba usando diversas expresiones litúrgicas para expresar su gozo²⁴⁶.

San Agustín no pudo sino congratularse con los presentes y en la homilía hizo alusión a la curación milagrosa de Pablo. Ese día Agustín invitó a Pablo a comer a su casa y ahí fue cuando el joven le refirió a Agustín las diversas circunstancias de su propio caso. A los tres días, el martes de la semana *in albis*, ambos hermanos, Pablo y Palladia fueron presentados al pueblo mientras se leía la relación del milagroso suceso de la curación de Pablo, gracias a la intercesión de san Esteban. De una manera tal vez

²⁴⁵ *ciu.* 22, 8, 22.

²⁴⁶ Ciertamente esta expresión en tiempos de san Agustín no podía dejar de evocar el terrible grito de los *circumcelliones*, quienes habían cambiado el famoso *Deo gratias* cristiano, acuñado para todos los tiempos por san Cipriano el día de su martirio, por el disidente *Deo laudes*. No obstante san Agustín, al escribir este pasaje dentro de su obra *De Civitate Dei*, seguramente evoca este grito no sólo por fidelidad a lo que seguramente gritaron en su momento los fieles que llenaban de bote en bote la basílica *Pacis*, sino también para santificar y darle un sentido cristiano a este grito que durante tantos años se había convertido en un grito de guerra y de desolación. Seguramente su intención es transformarlo en un grito verdaderamente de alabanza a Dios y no de odio o de temor.

espectacular, mientras se leía la relación de los hechos, ambos hermanos fueron colocados en las gradas de la iglesia delante de todo el pueblo, para que todos pudieran contemplar la diferencia que existía entre ambos, ya que uno estaba perfectamente sano –Pablo–, mientras que su hermana Palladia “temblaba de pies a cabeza”. Concluida la relación, los hermanos bajaron de las gradas y Agustín aprovechó la ocasión para exhortar a los hijos a la obediencia y a los padres a la magnanimidad²⁴⁷.

No obstante, el caso no iba a terminar aquí. Acabada la relación del milagro, Agustín pronunció una homilía. Mientras Agustín pronunciaba su sermón, Palladia se fue a orar a la capilla de san Esteban y repentinamente se vio curada, al igual que su hermano. Agustín lo refiere de esta manera en el *De Civitate Dei*:

“Había yo comenzado a hacer algunas reflexiones sobre esa historia, cuando he aquí que entre mis palabras se oyen nuevas voces de júbilo procedentes de la memoria del mártir. Se volvieron hacia allí los oyentes y se iban acercando en masa. La joven había descendido de las gradas y se había ido a orar al mártir. Apenas hubo tocado las rejas, cayó como en un sueño y se levantó sana”.²⁴⁸

El eco de los gritos emocionados ante el nuevo milagro acallaron el sermón de Agustín²⁴⁹ y la joven Palladia fue llevada a la basílica entre los gritos de emoción y las lágrimas de todos los presentes. Agustín declara en *De Civitate Dei* que los gritos de júbilo “se prolongaron indefinidamente”²⁵⁰.

Este caso ha quedado fiel y curiosamente asentado por los taquígrafos que en aquella mañana de la semana de Pascua recogían el sermón. De este modo, sabemos que de pronto Agustín debe guardar silencio e interrumpir su relato de lo que le sucedió a un catecúmeno de la iglesia de Uzala, quien había muerto y cuando llegaba el final del relato, Agustín debe interrumpirlo por el griterío. Así lo expresan los taquígrafos:

²⁴⁷ s. 323,1.

²⁴⁸ *ciu.* 22, 8, 22

²⁴⁹ s. 323, 4.

²⁵⁰ *ciu.* 22, 8, 22.

“Y mientras Agustín contaba esto desde la memoria de san Esteban el pueblo comenzó a clamar y a decir: Deo gratias! Christo laudes!”

Otros muchos milagros, nos los refiere san Agustín en el *De Ciuitate Dei*²⁵¹. Son un interesante elenco de hechos portentosos que se llevaron a cabo en la capilla de san Esteban dentro de la basílica Pacis, gracias a la intercesión de este santo diácono protomártir.



Para saber más...

G. BONNER, “Augustinus (uita)”, AL, 537-542.

G. BONNER, *St. Augustine of Hippo. Life and controversies*, London, SCM Press, 1963.

P. BROWN, *Agustín de Hipona*, Madrid, Acento, 2001.

S. LANCEL, *Saint Augustin*, Paris, Fayard, 1999.

R. MARKUS, “Vida, cultura y controversias de Agustín”, en A. FITZGERALD, *Diccionario de san Agustín*, Burgos, Monte Carmelo, 2001, 1319-1328.

²⁵¹ *ciu.* 22, 8.

33. ¿Qué pensaba san Agustín de las mujeres?

El presente tema es uno de los más controvertidos al hablar de san Agustín y en donde no le han faltado al Obispo de Hipona grandes enemigos y adversarios que le han acusado falsamente de ser no sólo misógino, sino el responsable de la misoginia en el occidente cristiano.

Ante todo hay que decir que se trata de una cuestión que es preciso abordar dentro de su propio contexto y de sus propios parámetros culturales, para evitar el anacronismo en el que caen muchos de los detractores de san Agustín, en este y en otros muchos temas. San Agustín es un hombre de un pensamiento universal que supera el espacio y el tiempo, sin embargo para juzgar serenamente ciertas cuestiones es preciso colocarlo en su propio entorno, en su propio momento histórico y en el contexto particular del pensamiento de la época, situarlo en su propio *Sitz im Leben*.

San Agustín vive en una sociedad incipientemente cristiana y fuertemente marcada y modelada por la tradición romana expresada por el mismo derecho romano. Las instituciones y las relaciones entre las personas quedarán sancionadas, explícita o implícitamente por el Derecho romano. Para el Derecho romano, la mujer, esencialmente era un ser *alieni iuris*, es decir una criatura dependiente de otro en la mayor parte de los momentos de su vida, desde la cuna –en la que dependía del *paterfamilias* (del padre de familia)–, hasta el matrimonio, en el que pasaba a depender de un nuevo *paterfamilias*, el marido o bien aquel de quien el marido dependiera como *cliens* (cliente).

Contadas y muy señaladas eran las mujeres, las grandes y poderosas matronas romanas, que por lo menos de manera implícita llegaban a ser *sui iuris*, es decir a ser independientes y a tener una personali-

dad jurídica propia. La sociedad romana, es por tanto, una sociedad en donde la mujer es vista como una criatura de segunda categoría.

Por otro lado el pensamiento de san Agustín está marcado por la Sagrada Escritura, en donde en primer lugar se encuentra en el libro del Génesis dos visiones encontradas, la de la igualdad entre hombre y la mujer (Gen 1, 27) y un poco después, la de la superioridad del hombre sobre la mujer (Gen 2, 22-24).

Por ello, san Agustín fiel a sus principios exegéticos de interpretar la Escritura con la misma Escritura, buscará la solución de esta antítesis en los escritos de san Pablo, quien en sus epístolas presenta -una vez más por su época y tradiciones-, una visión e inclinación de clara subordinación de la mujer al hombre. Muchos de los textos más discutidos de san Agustín sobre este tema, como sucede en otros muchos casos, no serán sino un intento de explicación exegética de un texto paulino.

De este modo, san Agustín comentará a san Pablo, quien dice en 1 Cor 11, 7 que a los varones se les prohíbe cubrirse la cabeza porque son el reflejo de la gloria de Dios, pero que las mujeres sí que deben cubrirse la cabeza, pues no son directamente reflejo de la gloria de Dios, sino por medio del hombre. Por ello san Agustín escribe en el *De Trinitate* que: *“la mujer juntamente con el varón es la imagen de Dios (...) pero cuando la mujer es asignada como compañera y ayuda, cosa propia de ella sola, entonces la mujer no es la imagen de Dios; sin embargo en lo que concierne al varón solo, él es la imagen de Dios y lo es de manera tan plena y completa como cuando se une a la mujer para formar uno solo”*²⁵².

Se trata pues de un comentario a las palabras de san Pablo (1 Cor 11, 7), en donde, como señalan algunos especialistas, san Agustín distingue en esta explicación del texto paulino, entre el cuerpo de la mujer y la mente de la mujer. Su cuerpo y condición femenina está sujeta al varón, pero su mente, su alma, su espíritu es *imago Dei* y por lo tanto igual al varón. Por lo tanto hay una desigualdad y subordinación en lo que respecta a los elementos corporales y sus funciones, pero una igualdad esencial en cuanto a lo fundamental, ser imagen de Dios en cuanto al alma y espíritu.

²⁵² *trin.* 12, 7, 10.

Por eso san Agustín señala, al comparar al hombre y a la mujer con las dos funciones que hay en la mente humana, que a la mujer le corresponde paradójicamente la *scientia*, es decir la función activa, engendradora, mientras que al hombre le corresponde la función de la *sapientia*, la parte meditativa y rectora²⁵³.

En vista de todas estas ideas, en donde es preciso señalar, una vez más, la igualdad esencial, aunque exista una subordinación en relación a lo corporal, no es extraño ver que san Agustín hable de que las mujeres deben estar sometidas a los varones, como una consecuencia de la caída²⁵⁴, como un elemento propio de su condición y naturaleza²⁵⁵.

Por otra parte, como señalábamos, el derecho romano, además de considerar a las mujeres siempre en un plano inferior al del hombre, veía el matrimonio no como una cuestión de amor, sino como un contrato con la exclusiva finalidad de tener hijos o herederos. Influido por este pensamiento, no es extraño que san Agustín afirme que la única finalidad legítima de las relaciones sexuales es la procreación²⁵⁶, y que la mujer fue creada como ayuda del hombre en la procreación de los hijos²⁵⁷.

Hasta este punto, san Agustín no se saldría de los elementos propios de su cultura y del pensamiento cristiano moldeado por la Sagrada Escritura. Sin embargo la reflexión de san Agustín, en su lucidez y sinceridad, va más allá, hasta el punto de reconocer que a pesar de todas estas consideraciones propias de su tiempo y de la reflexión de su entorno, la mujer es un ser de una estatura enorme, humana y espiritualmente hablando, que desborda los límites a los que su cultura la quería confinar.

En primer lugar, quien sale al rescate de la condición femenina, y en general de la raza y condición humana no es otra que la Virgen María, quien como nueva Eva, repara la desobediencia de la primera Eva con su propia entrega obediente al plan de Dios²⁵⁸. Para san

²⁵³ Cf. *trin.* 12-13.

²⁵⁴ Cf. *Gen. litt.* 9, 37.

²⁵⁵ Cf. *Gen. litt.* 11, 42.

²⁵⁶ Cf. *nupt. conc.* 1, 4, 5; *b. coniug.* 9.

²⁵⁷ *Gen. litt.* 9, 5.

²⁵⁸ Cf. *s.* 51, 3; *s.* 184, 2; *s.* 190, 2.

Agustín es no sólo el prototipo e ideal de toda mujer, sino también de todo cristiano²⁵⁹ e incluso de la misma Iglesia, que como ella es también Virgen y Madre²⁶⁰.

La Virgen María a pesar de ser mujer, tiene una gran fuerza, la fuerza propia de la fe, dando a luz a Cristo no solo en el propio vientre sino en la mente, por lo que es más feliz²⁶¹. Es ejemplo de lo que la gracia de Dios puede y quiere hacer en la vida y realidad de todo creyente, cuando existe la disposición a cumplir la voluntad de Dios²⁶². En ella se ha derramado la gracia de Dios de una manera sobreabundante, haciéndola la criatura más bella y privilegiada de toda la economía de salvación. Y todo ello sin dejar de ser mujer, un ser humano del género femenino.

De este modo, san Agustín reconoce que la mujer a pesar de su debilidad y limitaciones físicas puede tener una entereza y una fortaleza inusitadas, para afrontar las adversidades y la muerte con fortaleza de espíritu, como sucede en el caso de las mártires, representadas particularmente por las figuras de dos mártires cartaginenses muy populares en África en el tiempo de san Agustín, Perpetua y Felicidad, quienes no dejan de llenar de admiración al Obispo de Hipona, como queda puesto de manifiesto en los sermones que les dedica²⁶³.

Pero posiblemente la mujer con la que más relación tuvo san Agustín y la que más le enseñó de la inmensa riqueza que encierra la condición femenina, fue su propia madre, santa Mónica. Por ella san Agustín se dará cuenta y admirará la constancia en la oración, la fortaleza y entereza que la mujer puede tener en medio de las pruebas y dificultades más grandes, cuando su apoyo está puesto en Dios como era el caso de su madre. También san Agustín señalará la riqueza espiritual que puede encerrar la maternidad y el cuidado espiritual de las verdaderas madres hacia sus hijos, dándoles a luz cuantas veces ven que se alejan de Dios. Por otra parte sabe también que santa Mónica, a pesar de ser una persona con una limitada

²⁵⁹ s. 191, 4.

²⁶⁰ *uirg.* 2, 2.

²⁶¹ *uirg.* 3, 3.

²⁶² *uirg.* 5, 5.

²⁶³ s. 280, 281, 282, s. *Erfurt* 1.

preparación académica posee una inteligencia viva y aguda, por lo que san Agustín será consciente de que las mujeres pueden ser no sólo tan inteligentes como los hombres, sino en algunos casos, lo pueden ser más.

De su relación con la madre de Adeodato, la concubina anónima, san Agustín aprenderá el valor del amor de pareja, así como lo que significa la fidelidad, más allá de la fuerza de la pasión²⁶⁴.

San Agustín en su relación con otras mujeres llegará a reconocer la profunda piedad y la sincera devoción que se alberga en el corazón de la mujer, por ello le dedica a Proba, la matrona de la poderosa familia de los Anicii la carta 130, su tratado sobre la oración. A su nuera Juliana²⁶⁵, le dedica un tratado sobre la viudez²⁶⁶ y a las dos, nuera y suegra les escribirá otra carta²⁶⁷. A la nieta de Proba, a la joven Demetriade, cuando sorprendió a la sociedad romana de su época con su anuncio de renunciar al matrimonio e ingresar a un monasterio, le dedicó una carta²⁶⁸ con el sentido esencial de la vivencia de la consagración virginal, en contraposición particularmente de las ideas de Pelagio, quien ni tardo ni perezoso ya le había escrito otra carta²⁶⁹ a la joven para inocularle sus ideas erróneas.

San Agustín no tendrá problema en reconocer que la mujer puede ser más inteligente que el hombre, algo que nunca reconocería un misógino recalcitrante, como alguno ha querido calificar a san Agustín. Y este reconocimiento de la superioridad indiscutible de la mujer sobre el hombre es lo que queda patente en el caso de Ecdicia²⁷⁰. No obstante el gran error de Ecdicia es que a pesar de ser más inteligente que su cónyuge ha obrado mal²⁷¹, causando con

²⁶⁴ *conf.* 4,2.

²⁶⁵ Juliana se había casado con uno de los hijos de Proba, Anicio Hermogeniano Olibrio, que había sido cónsul en el 395.

²⁶⁶ Cf. *De bono viduitatis*.

²⁶⁷ Cf. *ep.* 150.

²⁶⁸ Cf. *ep.* 188.

²⁶⁹ Cf. Pelagio, *Liber ad Demetriadem*. (Mencionado por san Agustín en la *ep.* 188, 2, 4; *ep.* 188, 3, 14.)

²⁷⁰ Cf. *ep.* 262.

²⁷¹ Ha actuado sin “moderación”: Cf. *ep.* 362, 1. “Por eso cuando Agustín invita a Ecdicia a practicar la *moderatio* hacia su marido, la llama a actuar no sumisa o subordinadamente, sino como alguien que tiene poder, aun cuando, para imitar a Dios, escoge

sus caprichos y falsa piedad, que su marido se vaya con otra mujer, viviendo en un peligroso adulterio. Ecdicia después de haber convencido hábilmente a su marido de que ambos vivieran en continencia, cometió el terrible error de darle a dos monjes itinerantes de dudosa autenticidad, todo o casi todo lo que la familia poseía²⁷², causando con ello la lógica ira de su esposo, quien de inmediato la dejó y se fue a vivir con otra mujer.

San Agustín no cede a la astuta petición o insinuación de Ecdicia, de que interceda por ella para que ella se pueda quedar con el hijo de ambos –pues al padre como *paterfamilias* le correspondía la tutela del niño, tiene la *patria potestas*–, sino que el obispo de Hipona le echa en cara su error, que es particularmente grave no sólo porque ha inducido a su marido al adulterio²⁷³, sino porque ella era más inteligente que el marido y podría haber hecho las cosas de otra manera. Le insta también san Agustín a escriba a su marido reconociendo sus errores y buscando la reconciliación²⁷⁴.

Y si pudiera quedar alguna duda de la misoginia agustiniana, bastaría leer la carta 263. Una virgen consagrada, Sápida había tejido una túnica para su hermano Timoteo que era diácono en la Iglesia de Cartago²⁷⁵, pero al morir repentinamente éste, Sápida le manda la túnica que le había hecho a su hermano a san Agustín, para que él la use y de este modo ella pueda recibir consuelo por la muerte de su hermano.

San Agustín con delicadeza, lo que sería extraño en un misógino, acepta y agradece el regalo a Sápida y le dedica una deliciosa carta en la que le dice, para consolarla que ya lleva un tiempo usando la túnica que le ha enviado²⁷⁶, aunque no se queda en estos consuelos

utilizar este poder con humildad y sentido de mesura. El poder que posee Ecdicia es un poder sobre el animus de su marido. De forma destructiva había empleado este poder, pues no lo filtró a través de la moderación, sino que lo ejerció como tirano”. Claudia Kock, “Un comentario breve sobre la carta 362 de san Agustín”, en *AVGVSTINVS* 2003 (48), 157.

²⁷² *ep.* 362, 5.

²⁷³ *ep.* 362, 1.

²⁷⁴ *ep.* 262, 11.

²⁷⁵ *ep.* 263, 2.

²⁷⁶ “Acepté la túnica que me enviaste; cuando me he puesto a escribirte ésta, ya había empezado a usarla. Ten buen ánimo. Pero utiliza consuelos mucho mejores y mucho

terrenos, sino que la invita a que ponga más bien su consuelo y esperanza en Dios, la invita a que realice el movimiento agustiniano por excelencia, que levante el corazón de las cosas de la tierra hacia Dios, garantizándole que su hermano goza ya de Dios y no necesita de túnicas materiales, pues se ha revestido de inmortalidad y que ella debe perseverar en su vida de piedad para poder alcanzar esa misma inmortalidad con Jesucristo. Las palabras de san Agustín, no son las de un menospreciador de las mujeres.

Si san Agustín fuera un misógino nos sorprendería la respetuosa familiaridad con la que se dirige a Itálica²⁷⁷, una rica viuda romana, que como muchos de los patricios de aquella época, poseía numerosas propiedades en el norte de África. Sería también sorprendente que le escribiera a Paulina una larga carta, que en realidad viene a ser un tratado, sobre la visión de Dios²⁷⁸.

Lo mismo puede verse en su respuesta a algunas monjas como Felicia²⁷⁹, Máxima²⁸⁰. En su carta 211 (conocida como *Obiurgatio*, o reprensión), sale al paso de unas contiendas y divisiones que surgieron en una comunidad femenina en donde su hermana había sido prepósita²⁸¹, y a cuya muerte, las monjas se rebelan, bien sea porque no les agradaba la nueva prepósita o el nuevo presbítero que había sido nombrado²⁸². San Agustín en ningún momento les dirige palabras hirientes o despóticas. Sus palabras son de reprensión, pero están llenas de un cariño paterno, muy distinto al despotismo de alguien que despreciara a las mujeres. La segunda parte de esta carta (*ep.* 211, 5-16: la así llamada *Regularis informatio*), como es sabido es la versión femenina de la *Regla* de san Agustín, en donde queda plasmado en pocas palabras y páginas el ideal religiosos agustiniano.

Cuando san Agustín sea obispo, será muy prudente en su trato con las mujeres²⁸³, sobre todo para evitar las habladurías y poder guardar

mayores, para que la autoridad divina serene el nublado de tu corazón encogido por la debilidad humana”. *ep.* 263, 1.

²⁷⁷ Cf. *ep.* 99.

²⁷⁸ *ep.* 147 o *De uidendo deo*.

²⁷⁹ *ep.* 208.

²⁸⁰ *ep.* 264.

²⁸¹ *ep.* 211, 4.

²⁸² *Idem*.

²⁸³ Cf. Posidio, *Vita Augustini*, 26.

no sólo su conciencia tranquila, sino también su buena fama, pues ambas cosas, señala san Agustín, son muy importantes para el pastor de almas²⁸⁴. Él tendrá la mala experiencia de ciertas habladurías en su contra, de que había dado panes embrujados o un filtro de amor a una mujer, con el consentimiento de su marido²⁸⁵, para poder tener relaciones ilícitas con ella²⁸⁶. El obispo Megalio, por aquel entonces primado de Numidia, creyó que estas habladurías eran ciertas y escribió una carta contra san Agustín, documento que sería muy usado por los enemigos del Obispo de Hipona. Sin embargo el obispo Megalio se dio cuenta de su error y de la falsedad de dichas acusaciones y fue el primero que acudió a consagrar personalmente a san Agustín como obispo²⁸⁷, junto con Valerio²⁸⁸ y otros obispos.

Por otra parte, como señala san Posidio, nunca recibía a solas a ninguna mujer²⁸⁹ ni permitía que ninguna mujer pasara la noche en el monasterio, aunque fueran sus familiares²⁹⁰, todo ello para evitar los malos entendidos o que pudieran surgir sospechas, o falsas acusaciones. El elemento que marca los criterios para el trato con las mujeres serán la caridad y el celo pastoral acompañados de la prudencia. Es preciso evitar todos los escándalos, o no dar pie a ellos.

²⁸⁴ Teniendo buena fama se es caritativo con el prójimo. Cf. *ep.* 78,2; s. 355, 1.

²⁸⁵ Según P. Brown, entre otros la mujer en cuestión no sería otra que Terasia, la esposa de san Paulino de Nola y éste el marido cómplice. Cf. P. Brown, *Augustine of Hippo. A Biography*, Berkeley, California University Press, 2000,199.

²⁸⁶ “Puede desacreditar con el ridículo apelativo de venenosa ignominia y delirio las eulogias de pan dadas con sencillez y alegría, y puede tener tan bajo concepto de vuestro corazón que presuma admitir unos filtros amatorios dados a una mujer no sólo con el conocimiento, sino aun con la aprobación de su marido”. *c. litt. Pet.* 3, 16, 19. Cf. *Cresc.* 3, 80, 92.²⁸⁷ Cf. *ep.* 38, 2.

²⁸⁸ Cf. *ep.* 213, 4.

²⁸⁹ “Si alguna vez acudían a él mujeres para verlo o saludarlo, nunca se presentaba ante ellas sin acompañamiento de clérigos, ni conversaba con alguna a solas, ni siquiera cuando había algún secreto”. Posidio, *Vita Augustini*, 26.

²⁹⁰ “Dentro de su casa nunca permitió el trato y la permanencia de ninguna mujer, ni siquiera su hermana carnal, que, viuda y consagrada al Señor durante mucho tiempo, hasta la muerte fue prepósita de las siervas de Dios. El mismo rigor observó con las hijas de su hermano, igualmente siervas de Dios, aun siendo personas de excepción según las leyes de los concilios”. Posidio, *Vita Augustini*, 26. Según las normas del III Concilio de Cartago del 397 se prohibía la cohabitación de clérigos y mujeres, excepción hecha de “las madres, abuelas, tías maternas, tías paternas, hermanas, hijas de los hermanos o hermanas”. (Cf. *Conc. Carth. Can.* 7: CCL 149, 38).

**Para saber más.**

P. BROWN, *Agustín de Hipona*, Madrid, Acento, 2001.

C. KOCK, “Un comentario breve sobre la carta 362 de san Agustín”, en *AVGVSTINVS* 2003 (48), 153-160.

C. KOCK, “Ecdicia”, en A. Fitzgerald (ed.), *Diccionario de san Agustín. San Agustín a través del tiempo*, Burgos, Monte Carmelo, 2001, 449-551.

S. LANCEL, *Saint Augustin*, Paris, Fayard, 1999.

F. E. WEAVER – Jean LAPORTE, “Augustine and Women: Relationship and Teachings”, *Augustinian Studies*, 12 (1981), 115-132.

34. ¿Qué pensaba san Agustín de la santísima Virgen María?

Aunque san Agustín no escribió ninguna obra dedicada exclusivamente a la santísima Virgen María, sus obras están llenas de alusiones, reflexiones y manifestaciones de tierno afecto hacia la Madre de Dios. A pesar de que en época de san Agustín en el norte de África no estaba establecida ninguna fiesta litúrgica en honor de la Virgen María²⁹¹, san Agustín la honrará particularmente en la Navidad, pues para él no era sólo la fiesta que recordaba la encarnación del Hijo de Dios, sino en donde se ponía también de manifiesto las grandes prerrogativas que Dios le había concedido a la Santísima Virgen María: “¿Qué hay más maravilloso que el parto de la Virgen? Ella concibe y es virgen. Él es creado por aquella a quien Él había creado”²⁹².

Por otro lado María aparece, dentro de la obra *De Sancta Virginitate*, como la que guardó siempre intacta su virginidad²⁹³, en contra de las ideas de Joviniano, monje contemporáneo de san Agustín, que “negaba la virginidad de María, diciendo que al dar a luz no quedó intacta”²⁹⁴.

Así pues, san Agustín, siguiendo la tradición cristiana, afirma que María había consagrado su virginidad a Dios ya antes de la concepción de Jesús, haciendo una interpretación de la anunciación a la luz de la tradición anteriormente mencionada²⁹⁵. Es más, para

²⁹¹ Cf. D. Doyle, “María, Madre de Dios”, en A. Fitzgerald, *Diccionario de san Agustín*, Burgos, Monte Carmelo, 2001, 850.

²⁹² s. 189, 2.

²⁹³ Cf. s. 191, 3.

²⁹⁴ *haer.* 82; Cf. *c. Iul.* I, 2, 4.

²⁹⁵ *uirg.* 4, 4.6.

san Agustín la Virgen María es el primer ejemplo de vida religiosa, de vida en virginidad dedicada a Dios²⁹⁶. No obstante, san Agustín nos deja ver que no desconoce la tradición hebrea, según la cual el voto de virginidad no se veía con buenos ojos, y para explicar la tradición cristiana sobre el voto de virginidad hecho por María, habla de los desposorios con José como un acto a través del cual ella podía seguir salvaguardando su virginidad, sin romper con la tradición hebrea²⁹⁷.

San Agustín es pues, uno de los primeros defensores acérrimos de la virginidad perpetua de María. Así lo señala en sus sermones de Navidad: “(María) fue virgen al concebir, virgen al dar a luz, virgen durante el embarazo, virgen después del parto, virgen siempre”²⁹⁸. Y este acontecimiento es tan insólito que “si hallas una razón, ya no sería maravilloso”²⁹⁹. Por otro lado para responder a los adversarios de la fe sobre la cuestión de los “hermanos de Jesús” (Mc 6, 3; Jn 7, 3; Hch 1, 4), particularmente a Helvidio³⁰⁰ quien había hecho circular un panfleto en el que se negaba la virginidad de María apelando al argumento falso de los hermanos de Jesús³⁰¹, san Agustín responde diciendo que se trataba de los parientes de la Virgen María, y da una serie de ejemplos del Antiguo Testamento³⁰².

María es también para san Agustín, adelantándose de alguna manera al Concilio de Éfeso, la “Madre del Señor” (*Mater Domini*). Si bien es cierto que san Agustín nunca se refiere a ella como *Dei genitrix* (*Theotokos*, Madre de Dios), la maternidad divina subyace en sus expresiones. Así pues, Jesucristo “como Dios no tiene madre, más sí como hombre”³⁰³. Y quien es el hijo de la Virgen María es a la vez el hijo de Dios. Cristo es también el Señor y el Hijo de María: “Él es el Señor de María y el Hijo de María. Él es creador de María y él ha recibido el ser de María”³⁰⁴.

²⁹⁶ s. 51, 26: “*coepit dignitas virginalis a matre Domini*”..

²⁹⁷ *uirg.* 4, 4.

²⁹⁸ s. 186, 1; Cf. s. 51, 18.

²⁹⁹ *ep.* 162, 6.

³⁰⁰ Cf. haer. 84.

³⁰¹ Cf. D. Doyle, “María, Madre de Dios”, en A. Fitzgerald, *Diccionario de san Agustín*, Burgos, Monte Carmelo, 2001, 853.

³⁰² *Io. eu. tr.* 28, 3.³⁰³ *Io. eu. tr.* 8, 9.

³⁰⁴ *Io. eu. tr.* 8, 9

Por otro lado, María es también ejemplo de maternidad. María no sólo fue la Madre Virgen de Jesús, sino también fue su madre en sentido espiritual, pues cumplió la voluntad de Dios. Desde esta perspectiva, los que desean seguir a Jesús en la vida virginal pueden ser también madres espirituales de Cristo, siempre y cuando, conservando su virginidad, cumplan la voluntad del Padre. La Virgen María es por ello más feliz. Toda alma piadosa, siguiendo el ejemplo de María, cumpliendo la voluntad de Dios, puede convertirse en madre de Cristo³⁰⁵.

Sobre esta misma maternidad espiritual, san Agustín nos ofrece sus frases más conocidas con relación a la santísima Virgen María dentro de las primeras páginas del *De Sancta Virginitate*. María es madre de Cristo, pero será más feliz por haberlo concebido en la mente y en el corazón por la fe, que por haberlo llevado en el seno. Todo ello en el contexto de la larga exégesis que san Agustín hace principalmente del texto de Mt 12, 46-50. Así pues: “*La Virgen María fue más dichosa recibiendo la fe de Cristo que concibiendo la carne de Cristo*”³⁰⁶. Y: “*Tampoco hubiera aprovechado nada el parentesco material a María si no hubiera sido más feliz por llevar a Cristo en su corazón que en su carne*”³⁰⁷. María es más feliz por ser discípula de Cristo, que por ser Madre de Cristo³⁰⁸.

María es pues una mujer ante todo de fe: “*María creyó y se cumplió lo que ella creía*”³⁰⁹. Y por fe cree y concibe a Cristo: “*La que creyó por la fe, concibió por la fe*”³¹⁰.

La Virgen María, siendo virgen y madre de Cristo, es madre también del *Christus totus*, es decir de todos los fieles. La mariología agustiniana se une en la obra a su eclesiología. Toda la Iglesia es madre y virgen, porque es la esposa de Cristo, de la cual nacen todos los

³⁰⁵ *uirg.* 5, 5: “Exultad de gozo, vírgenes de Cristo; la madre de Cristo es compañera vuestra. No pudisteis dar a luz a Cristo, pero por Cristo habéis renunciado a dar a luz. (...) Sin embargo si os acordáis como debéis, de su palabra, también vosotras sois sus madres si hacéis la voluntad de su Padre”. Cf. s. 192, 2.

³⁰⁶ *uirg.* 3, 3.

³⁰⁷ *Idem.* “A él, aunque no pudisteis darle a luz en la carne, le encontrasteis como esposo en el corazón; y esposo tal que vuestra felicidad lo tiene por redentor sin que vuestra virginidad lo tema como su destructor”. s. 191, 4.

³⁰⁸ s. 72A, 7.³⁰⁹ s. 215, 4.

³¹⁰ s. 72A, 7

creyentes, cuya imagen más excelsa es la misma Virgen María. Así ella es madre de todos los creyentes³¹¹.

Al igual que la Virgen María, la Iglesia es virgen y madre³¹², que fecundada por el amor³¹³, da a luz a los fieles de Cristo, que son parte del mismo cuerpo del Señor. Ella, cumpliendo la voluntad de Dios, es “*tota mater (...), tota virgo (toda madre [...] y toda virgen [...])*”³¹⁴ y en su mismo seno engendra a las vírgenes, a todos aquellos que recibiendo la llamada de Dios y la gracia de la castidad, abrazan la vida de la virginidad³¹⁵. Los que viven en virginidad no están fuera de la Iglesia, sino que son una parte más de la misma, una parte, según san Agustín, más excelente de este cuerpo que es la Iglesia, que preanuncian ya en esta tierra lo que será la vida en el cielo, pues la virginidad posee ciertamente una dimensión escatológica, tiene algo de “*participación angélica*”³¹⁶.

María aparece también en el pensamiento de san Agustín exenta del pecado original por una particular prerrogativa de Dios, por lo que se convierte en una creatura extraordinaria, llena de la gracia de Dios para ser la digna morada del mismo Hijo de Dios. Es célebre la frase agustiniana: “*Exceptuando, pues, a la santa Virgen María, acerca de la cual, por el honor debido a nuestro Señor, cuando se trata de pecados, no quiero hacer cuestión alguna (porque sabemos que a ella le fue conferida más gracia para vencer por todos sus flancos al pecado, pues mereció concebir y dar a luz al que nos consta que no tuvo pecado alguno) (...)*”³¹⁷. María es pues la Inmaculada, aquella preservada del pecado original en previsión de los méritos de Cristo y para que fuera una digna morada para el Redentor³¹⁸.

Por otra parte, san Agustín, a diferencia de muchos de los Santos Padres, no considera a María como la nueva Eva, sino que para él la nueva Eva es la Iglesia, que está íntimamente vinculada a Cristo. En la visión agustiniana pesa mucho la eclesiología, sin olvidar que

³¹¹ *uirg.* 6, 6.

³¹² *uirg.* 2, 2

³¹³ s. 188, 4.

³¹⁴ Cf. *uirg.* 6, 6.

³¹⁵ Cf. *uirg.* 12, 12.

³¹⁶ *uirg.* 13, 12.³¹⁷ *nat. et gr.* 36, 42.

³¹⁸ *c. lul. imp.* 4, 122.

María es un miembro de la Iglesia, aunque un miembro excelente: “(...) pues porque María es parte de la Iglesia, un miembro santo, un miembro muy excepcional, el miembro sumamente maravilloso, pero, a pesar de todo, un miembro del cuerpo entero”³¹⁹. Así pues, la Iglesia es, para san Agustín, la nueva Eva, la que debe engendrar a los fieles a la vida eterna: “Dos progenitores nos engendraron para la muerte... Adán y Eva; [dos] progenitores nos engendraron para la vida: Cristo y la Iglesia”³²⁰.

De María se podría decir lo que afirma san Agustín en uno de sus sermones. “Quien tiene su corazón lleno de amor, ¿de qué es de lo que lo tiene lleno sino de Dios?”³²¹ María tenía el corazón lleno de Dios porque lo tenía lleno de amor.



Para saber más...

G. BONNER, *St. Augustine of Hippo. Life and controversies*, London, SCM Press, 1963.

P. BROWN, *Agustín de Hipona*, Madrid, Acento, 2001.

D. DOYLE, “María, Madre de Dios”, en A. FITZGERALD, *Diccionario de san Agustín*, Burgos, Monte Carmelo, 2001, 850-856.

S. LANCEL, *Saint Augustin*, Paris, Fayard, 1999.

R. MARKUS, “Vida, cultura y controversias de Agustín”, en A. FITZGERALD, *Diccionario de san Agustín*, Burgos, Monte Carmelo, 2001, 1319-1328.

F. MORIONES, *Teología de san Agustín*, Madrid, BAC, 2004, 183-198.

³¹⁹ s. 72A, 7.

³²⁰ s. 22, 10A.

³²¹ *trin.* 8, 12.

35. ¿Cuál era la jaculatoria favorita de san Agustín?

En cierta ocasión alguno dijo que tal vez la jaculatoria que más repetía san Agustín era: “*Que me conozca a mí, que te conozca a Ti*”³²². Esta frase san Agustín la repite solamente dos veces dentro de toda su obra, dentro del libro de los *Soliloquios*, y ni siquiera de la misma manera³²³. Así pues, ésta no sería la jaculatoria que san Agustín decía más veces, a pesar de que recoge el deseo o el proyecto espiritual agustiniano: conocer a Dios, conocerse a sí mismo, y san Agustín será fiel a este proyecto espiritual, de una manera o de otra, a lo largo de toda su vida.

Sin embargo la frase que más se repite en los escritos de san Agustín (que seguramente él se repetía a sí mismo muchas veces), es la frase que conocemos que repite tres veces en las *Confesiones*: “*Señor, dame lo que me pides; pídemelo lo que quieras*”³²⁴. Una frase que aparece indirectamente en otros dos lugares de la obra agustiniana³²⁵ y que el mismo obispo de Hipona reporta hacia el final de su vida en su obra *De dono perseverantiae*³²⁶, al narrarnos que un obispo cercano a él (posiblemente Alipio) viajó a Roma, y al encontrarse ahí con el hereje Pelagio, le dijo esta frase de san Agustín, y a Pelagio la frase le sonó como una blasfemia, por lo que faltó poco para que llegaran a las manos. Era pues una frase que no sólo san Agustín se decía a sí mismo, sino que el mismo círculo cercano a san Agustín conocía y repetía, por lo que podemos ver en lo que

³²² *sol.* 2, 1

³²³ *sol.* 1, 7; *sol.* 2, 1.

³²⁴ *conf.* 10, 40; *conf.* 10, 45; *conf.* 10, 60.

³²⁵ *pecc. mer.* 2, 5; *spir. et litt.* 22.

³²⁶ *perseu.* 53.

anteriormente hemos referido. Por lo tanto es una frase que seguramente él se decía a sí mismo, como una oración para expresar la confianza en la fuerza de la gracia de Dios que sostiene al hombre, que transforma al hombre, que hace que el hombre alcance la meta hacia la cual Dios le ha llamado.



Para saber más...

G. BONNER, “Augustinus (uita)”, AL, 537-542.

G. BONNER, *St. Augustine of Hippo. Life and controversies*, London, SCM Press, 1963.

P. BROWN, *Agustín de Hipona*, Madrid, Acento, 2001.

S. LANCEL, *Saint Augustin*, Paris, Fayard, 1999.

F. MORIONES, *Teología de san Agustín*, Madrid, BAC, 2004, 183-198.

36. ¿Qué pensaba san Agustín del aborto?

Como todos los Santos Padres, san Agustín rechaza el aborto como un crimen. Lo iguala al infanticidio y era para él un ejemplo de “crueldad lasciva” o de “*lascivia cruel*”³²⁷.

Para san Agustín era una “obra malvada” el usar diversos medios, de la clase que fueran, para evitar el nacimiento de un nuevo ser, afirmación que bien puede ser aplicada tanto al aborto directamente, así como a la contracepción³²⁸.

Para poder entender bien la postura de san Agustín sobre este tema, es preciso no perder de vista, en primer lugar, las ideas y opiniones que existían en su época sobre el momento en el que el embrión recibía el alma, en lo que se seguía a Aristóteles, quien afirmaba que el embrión se “vivificaba” a los cuarenta días, en el caso de los varones, o a los noventa días en el caso de las mujeres.

Junto con este presupuesto del pensamiento de la época de san Agustín, está el texto de Ex 21,22-23, en donde se habla de los daños que un hombre le pueda causar a una mujer embarazada y que como consecuencia de tales daños, se pudiera provocar el aborto. El texto bíblico en la versión masorética (TM) es claro: si se causa el aborto, pero no otros daños, el culpable debe pagar la cantidad que el marido o el juez determine. Si además del aborto se siguen otros daños, el culpable debe pagar con su vida.

A pesar de la claridad que puede tener el texto masorético, la versión bíblica que san Agustín tuvo entre sus manos, era una versión que seguía muy de cerca el texto de los LXX, quienes tradujeron

³²⁷ *nupt. et conc.* 1, 15, 17.

³²⁸ *b. coniug.* 5, 5.

la palabra “daño”, por “forma”, introduciendo una diferencia entre el embrión “no formado” y el embrión “formado”. Diferencia que seguirá san Agustín, y que combinará con las ideas aristotélicas. El embrión “no formado”, es en el caso de los varones, antes de los cuarenta días, mientras que en el caso de las mujeres es antes de los noventa días. El embrión formado es después de esos días.

A pesar de esta diferencia a que daba pie tanto las ideas científicas de su época como la doctrina bíblica en el caso de los embriones, san Agustín no hace ninguna diferencia entre uno y otro caso: el aborto no puede aceptarse en ningún caso y bajo ninguna circunstancia. No obstante, siguiendo las ideas de su época, san Agustín señalaba, sin justificarlo, que en el caso del aborto de un embrión no vivificado, el feto moría antes de llegar a vivir, es decir antes de recibir el alma, que es el principio de humanización y de vivificación. En el caso de un embrión formado, si era abortado, éste moría antes de nacer³²⁹. Según estas mismas ideas de su época, ya que los embriones no formados no habían recibido todavía el alma humana y por ende no podían ser considerados personas, san Agustín no pensaba que el aborto de un embrión no formado podía ser tomado como un homicidio, una vez más sin justificar este hecho, pero señalando la calidad que le correspondía de acuerdo a las premisas tanto aristotélicas como bíblicas³³⁰. No obstante, tomando el argumento agustiniano *a contrario*, podemos ver con claridad que san Agustín consideraba el aborto de un ser vivificado, es decir con alma humana, como un homicidio. Por ello hoy que la doctrina de la Iglesia afirma que el ser humano lo es desde el primer instante de su concepción, toda interrupción voluntaria del embarazo, todo tipo de aborto es un homicidio, siguiendo el razonamiento agustiniano, que ratifica la misma doctrina de la Iglesia.

Sobre la resurrección de los seres abortados, san Agustín de nuevo vuelve a incluir la diferencia entre los embriones no formados y los formados. Sobre los no formados afirmará que es posible que Dios en la resurrección pudiera suplir lo que les faltaba a esos fetos para su completo desarrollo y que por lo tanto puedan resucitar³³¹.

³²⁹ *nupt. et conc.* 1, 15, 17.

³³⁰ *Cf. qu.* 2, 80.

³³¹ *ench.* 33, 85.

Ciertamente esta es una suposición que no se aplica en la actualidad, pues todo embrión es ser humano desde el primer instante de su concepción, es decir, ya está “formado”, por decirlo con términos agustinianos, por lo que esta primera elucubración teológica agustiniana es un excelente intento explicativo, pero que hoy no se aplica. Sobre los formados, pues son seres humanos con alma, san Agustín no ve ninguna razón para que no resuciten en el día de la resurrección final junto con todos los demás seres humanos³³².



Para saber más...

J. C. BAUERSCHMIDT, “Aborto”, en A. FITZGERALD, *Diccionario de san Agustín*, Burgos, Monte Carmelo, 2001.

P. BROWN, *Agustín de Hipona*, Madrid, Acento, 2001.

B. HONINGS, “Aborto”, en A. DI BERARDINO, *Dizionario Patristico e di Antichità cristiana*, Roma, Marietti,.

S. LANCEL, *Saint Augustin*, Paris, Fayard, 1999.

F. MORIONES, *Teología de san Agustín*, Madrid, BAC, 2004, 183-198.

O. WERMELINGER, “Abortus”, en AL 1, 1986-1994, 6-10.

³³² *ciu.* 22, 13.

37. ¿Era san Agustín un antisemita?

En tiempo de san Agustín había diversas comunidades judías florecientes y en los escritos agustinianos han quedado algunas huellas de la presencia de estas comunidades judías. Sabemos que en Hipona había judíos, pues el mismo san Agustín dice en un sermón: “*Aquí hay dos tipos de hombres, cristianos y judíos*”³³³. También sabemos que cuando había alguna duda sobre el sentido de un texto del Antiguo Testamento, con relación a la versión hebrea, se consultaba a los judíos, aunque en ocasiones, como sucedió con el caso del obispo de Oea (actualmente Trípoli)³³⁴ como nos cuenta san Agustín en la *ep.* 71³³⁵, no dieran la razón al mismo obispo, sino que señalaran que había una alteración con respecto a los textos hebreos que ellos tenían.

Con relación a este caso, es preciso señalar dos cosas. Por una parte lo que san Agustín comenta sobre el arbitrio que hacen los judíos al ser apelados para dirimir la cuestión sobre el texto del libro del profeta Jonás (Jon 4, 6). San Agustín en su versión de los hechos no quiere señalar, como alguno lo ha querido ver, un elemento antisemita³³⁶, sino más bien hacer una referencia objetiva de los hechos. Los judíos no le dieron la razón al obispo sino a sus detractores, no por mala voluntad, sino por amor a la verdad.

En segundo lugar es preciso no olvidar las versiones bíblicas que circulaban en tiempo de san Agustín en donde el Antiguo Testamento en muchas ocasiones, era tomado de la traducción de la ver-

³³³ s. 196, 4.

³³⁴ Cf. J. van Oort, “Iudaei”, en *AL*, 786.

³³⁵ *ep.* 71, 5.

³³⁶ *uirg.* 2, 2

sión de los LXX al latín, las así llamadas versiones de la Vetus Afrā –que a pesar de ser traducciones muy primitivas y rudimentarias, reflejan con fidelidad el texto griego de los LXX–, que en ocasiones se apartan del sentido del texto hebreo.

Pero los judíos no sólo eran preguntados cuando había dudas sobre el Antiguo Testamento, sino también sobre algunas palabras del Nuevo Testamento, como es el caso de la palabra ‘raca’, que queda recogida en Mt 5, 22. De este modo san Agustín nos dice que después de haber consultado a un judío éste le había dicho que la palabra ‘raca’ no significaba nada sino una onomatopeya para expresar el enfado. San Agustín da por buena esta respuesta³³⁷, sin darse cuenta de que la palabra ‘raca’ no es hebrea, sino aramea y como bien explica san Jerónimo, significa ‘inútil, vacío’³³⁸.

Por otra parte, hay que decir que hablar de antisemitismo en san Agustín, es también un anacronismo, pues se trata de un término de reciente acuñación y no se puede aplicar en un sentido estricto a san Agustín, pues en ningún momento de su vida comenzó o provocó una campaña sistemática en contra de los judíos.

La frase tan mal citada, ‘*compelle intrare*’, que ha sido erróneamente interpretada para atribuir a san Agustín el haber sido el creador de la Inquisición y uno de los primeros escritores eclesiásticos que estarían a favor de usar la violencia para conseguir la conversión de los que no son católicos, es preciso decir que dicha frase nunca fue utilizada por san Agustín en su relación con los judíos, y que el contexto en donde aparece dicha sentencia agustiniana, y que nos proporciona el marco de referencia adecuado para su correcta interpretación, es el de la controversia con los donatistas, algunos años después de la Conferencia de Cartago (411). San Agustín se dirige a los donatistas que no habían acatado las disposiciones y acuerdos emanados de dicha Conferencia y seguían siendo una amenaza para la seguridad e incluso la vida de los mismos católicos. Por ello lo que hace san Agustín, más que usar la fuerza, es simplemente pedir que se aplique la ley, que el marco jurídico establecido por las autoridades y por el Estado, se cumpla y se imponga, no

³³⁷ *s. dom. m.* 1, 23.

³³⁸ Jerónimo, *In Math.*

con un fin represivo y de imposición de lo católico, sino con una clara finalidad de custodiar el bien común, la pacífica convivencia y evitar que quienes hacen el mal (como eran los *circumcelliones* que habían llegado a ser bandas armadas de terroristas y criminales) puedan continuar alterando el orden público establecido. Sólo por ello es preciso a obligarlos a entrar dentro de las normas y disposiciones previstas en la Conferencia de Cartago.

Por otro lado la obra de san Agustín *Aduersus Iudaeos* no es una disquisición en la que se denigre la condición propia de los judíos, ni en ella tampoco se propone eliminar a los judíos, sino que la obra es simplemente una continuación del argumento paulino, en la que san Agustín, como san Pablo, insta a los judíos a que reconozca en Cristo al Mesías prometido y que se conviertan a Él, pues fuera de él no hay salvación para los hombres. Es pues una obra con un sentido fuertemente parenético, y no hay que perder de vista que las frases fuertes que puedan aparecer en ella no son sino frases o paráfrasis de sentencias de san Pablo. San Agustín no hace sino repetir la argumentación y el vocabulario paulino. Tanto es así, que si a san Agustín lo consideramos antisemita, tendríamos que considerar a san Pablo también antisemita.

Algún autor ha afirmado que el supuesto antisemitismo de san Agustín se puede ver en el hecho de que en ocasiones llama a los judíos “enemigos” (*inimici, hostes*) y argumenta este autor que este término no lo aplica san Agustín ni a los donatistas no a los maniqueos³³⁹. Pero lo que pierde de vista este estudioso es que san Agustín aplica el término “enemigos”, no sólo a los judíos sino a otros muchos grupos que intentan atacar a la Iglesia³⁴⁰. Además que la lectura que hace de algunos de los textos, como aplicado a los judíos no se refiere a ellos, sino una vez más, a los enemigos en general de la Iglesia³⁴¹, por lo que no existe tal antisemitismo.

Por otro lado no culpa a los judíos de ser “deicidas”, pues si hubieran reconocido en Cristo al Hijo de Dios no lo hubieran matado³⁴².

³³⁹ Cf. J. van Oort, “Iudaei”, en *AL*, 789.

³⁴⁰ Cf. *s.* 58, 4, *et al.*

³⁴¹ Cf. *en. Ps.* 58, 3.

³⁴² *en. Ps.* 58, 1, 5

De todos modos no culpa a los judíos contemporáneos suyos de la muerte de Cristo.

Sin embargo el testimonio más fidedigno de la buena relación que san Agustín tuvo con los judíos, la podemos ver en la carta 8*³⁴³, en donde san Agustín defiende la causa de Licinio, judío frente a las pretensiones ilegales del Obispo Víctor³⁴⁴. San Agustín, como se puede ver en la carta anteriormente mencionada, no duda en ponerse de lado del judío, pues independientemente del credo de una persona, es preciso salvaguardar la justicia y la verdad, como elemento que está presente en todas las religiones y san Agustín hace la defensa del judío pues cree que se debe defender toda causa que sea justa.

Además san Agustín sutilmente le hace saber al obispo Víctor que si el caso es como el judío Licinio se lo ha referido, el obispo Víctor está actuando en contra del derecho y por lo tanto le exhorta a que le devuelva lo que le corresponde al judío Licinio para evitar escándalos y un juicio en donde Licinio tiene todo para ganar. La carta a pesar de su brevedad, es un monumento del amor a la justicia y la verdad que tenía san Agustín, por lo que no duda en ponerse de parte del judío Licinio e interceder por él.

³⁴³ El asterisco junto al número de las cartas agustinianas hace referencia a las 29 nuevas cartas de san Agustín descubiertas por Johannes Divjak y publicadas en 1981.

³⁴⁴ Ciertamente en ningún lugar de la carta se dice que Víctor fuera obispo, pero los especialistas se han fijado que san Agustín se dirige a él como *ueneratio tua*, título que san Agustín reserva a los obispos.



Para saber más...

J. ÁLVAREZ, “San Agustín y los judíos de su tiempo”, en *AVGVSTINVS* 12 (1967) 39-50; 17 (1972), 155-164.

P. BROWN, *Agustín de Hipona*, Madrid, Acento, 2001.

P. FREDRICKSEN, *Augustin and the Jews. A Christian Defense of Jews and Judaism*, New York, 2008.

S. LANCEL, *Saint Augustin*, Paris, Fayard, 1999.

J. VAN OORT, “Iudaeos (Aduersus)”, en *AL*, 3, 2004, 792-796.

M. SIGNER, “Aduersus Iudaeos”, en A. FITZGERALD, *Diccionario de san Agustín*, Burgos, Monte Carmelo, 2001, 18-21.

M. SIGNER, “Judíos, judaísmo”, en A. FITZGERALD, *Diccionario de san Agustín*, Burgos, Monte Carmelo, 2001, 770-776.

38. ¿Hizo san Agustín algún milagro en vida?

Sabemos por el primer biógrafo de san Agustín, su compañero y discípulo san Posidio, que estando el Obispo de Hipona en su lecho de muerte, vino a él un enfermo pidiéndole que le impusiera las manos para recuperar la salud³⁴⁵. San Agustín le dijo que si él tuviera el don de curación lo usaría en primer lugar en su propio favor. No obstante como el enfermo le dijo que había tenido un sueño en donde una voz le había dicho que fuera al obispo Agustín y así recuperaría la salud, san Agustín le impuso las manos y el enfermo recobró la salud.

Este acontecimiento hace que la *Vida de san Agustín* (*Vita Augustini*) escrita por san Posidio sea algo único, pues las demás vidas de santos de la época de san Agustín (vida de san Antonio del desierto, la vida de san Martín de Tours, vida de san Ambrosio, etc.), sólo hablaban de milagros realizados después de la muerte. San Agustín es tan grande que ya en vida realizaba milagros³⁴⁶.

³⁴⁵ Posidio, *Vita Augustini*, 29.

³⁴⁶ Cf. Posidio, *Vita Augustini*, en Javier Ruiz (ed.), *Obras Monásticas de san Agustín*, II, Madrid, Ciudad Nueva, 2010, 458 nota 244.



Para saber más...

G. BONNER, *St. Augustine of Hippo. Life and controversies*, London, SCM Press, 1963.

P. BROWN, *Agustín de Hipona*, Madrid, Acento, 2001.

D. DOYLE, “María, Madre de Dios”, en A. FITZGERALD, *Diccionario de san Agustín*, Burgos, Monte Carmelo, 2001, 850-856.

S. LANCEL, *Saint Augustin*, Paris, Fayard, 1999.

R. MARKUS, “Vida, cultura y controversias de Agustín”, en A. FITZGERALD, *Diccionario de san Agustín*, Burgos, Monte Carmelo, 2001, 1319-1328.

39. ¿Era pesimista san Agustín?

San Agustín no era pesimista, como se ha dicho en muchas ocasiones sin fundamento. San Agustín parte de una antropología realista: el ser humano no es un ser químicamente puro que se pueda encontrar en algún lugar. El ser humano que existe, es el ser humano concreto, el hombre “de la calle”, que carga con sus pecados, sus limitaciones, que está tentado con el mal y que con sus propias capacidades no puede superar su situación. No se trata pues de una visión pesimista, sino realista: éste y no otro es el ser humano al que Cristo vino a redimir. Si el hombre fuera perfecto e impecable y pudiera por sí mismo hacer actos meritorios a los ojos de Dios, no necesitaba un Salvador, un Redentor. La muerte de Cristo no tendría sentido.

Por otra parte san Agustín basa su reflexión en torno al ser humano no sólo en la Sagrada Escritura, sino también en su propia experiencia como queda reflejado dentro de las *Confesiones*, particularmente en el pasaje del robo de las peras, que funciona semióticamente como una “parábola del pecado original”, de cómo el ser humano es capaz de hacer el mal simplemente por el gusto de hacer el mal, aunque no obtenga de ello ningún beneficio.

La reflexión antropológica agustiniana parte del mismo pensamiento paulino y de lo que el Apóstol de los gentiles dice del hombre: la lucha interior entre el hombre viejo y el nuevo; el conflicto entre el espíritu y la carne, el deseo de hacer el bien y la imposibilidad para realizarlo si al hombre le falta la gracia de Dios.

Algunos han tachado a san Agustín de ser el inventor de la doctrina del pecado original. San Agustín sólo inventa el término (pecado original), pero para su contenido y su sentido teológico, san Agustín

se basa en la tradición patristica y teológica que lo ha precedido. San Agustín no inventa pues una realidad, sino que se suma a lo que la tradición ya había afirmado sobre el pecado original, como bien se lo demuestra san Agustín a su oponente Juliano de Eclana.

San Agustín por lo tanto, no es un idealista que sueña en un hombre que no existe en ningún lugar fuera de sus pensamientos. San Agustín habla del hombre concreto, que afronta su vida desde una situación determinada y que tiene una lucha que pelear contra sus propios pecados y tentaciones.



Para saber más...

G. BONNER, “Augustinus (uita)”, AL, 537-542.

G. BONNER, *St. Augustine of Hippo. Life and controversies*, London, SCM Press, 1963.

P. BROWN, *Agustín de Hipona*, Madrid, Acento, 2001.

S. LANCEL, *Saint Augustin*, Paris, Fayard, 1999.

F. MORIONES, *Teología de san Agustín*, Madrid, BAC, 2004, 183-198.

P. RIGBY, “Pecado original”, en A. FITZGERALD, *Diccionario de san Agustín*, Burgos, Monte Carmelo, 2001, 1018-1029.

40. ¿Cuál fue la primera obra que escribió san Agustín?

Sabemos por las *Confesiones* que san Agustín había escrito una obra llamada *De pulchro et apto*³⁴⁷ y que la había dedicado a un famoso orador de la ciudad de Roma, llamado Hierion³⁴⁸, quien a pesar de ser sirio y educado en la elocuencia griega, había llegado a ser un gran orador en latín, y aunque san Agustín no lo conocía, lo admiraba por lo que se decía de él. No obstante esta primera obra agustiniana ya estaba perdida para el momento en el que san Agustín escribe las *Confesiones* y el mismo obispo de Hipona no puede recordar bien si son dos o tres libros, ni tampoco la forma en la que estos libros se le extraviaron³⁴⁹.

La primera obra que conservamos de san Agustín es el *Contra Academicos*, escrita hacia el 386 en Casiciaco mientras se preparaba para el bautismo y que forma parte de los así llamados “Diálogos de Casiciaco” (*contra Academicos*, *De ordine*, *De beata vita* y los *Soliloquios*). En el *Contra Academicos* san Agustín, además de contraponerse al sistema de pensamiento de los escépticos, muestra que su conversión no es a los sistemas filosóficos del neoplatonismo, sino a Cristo, quien aparece dentro de la obra, entre otras cosas, por medio de la primera cita indirecta de san Pablo que san Agustín nos presenta en sus escritos: Cristo es la fuerza y la sabiduría de Dios (1 Cor 1, 24)³⁵⁰.

³⁴⁷ *conf.* 4, 20.

³⁴⁸ *conf.* 4, 21.

³⁴⁹ *conf.* 4, 20.

³⁵⁰ *Acad.* 2, 1, 2: “(...) de aquí mi temor por ti, de aquí mi deseo de liberarte, y para esto, todos los días (si soy digno de ser escuchado) no ceso de pedir por ti un viento próspero. Elevo mis peticiones a la misma y suprema fuerza y sabiduría de Dios, pues, ¿no es así como nos presentan al Hijo de Dios los misterios de nuestra fe?”

También al final de la obra *contra Académicos*, san Agustín se hace el propósito de no alejarse nunca de la autoridad de Cristo, pues no ha encontrado ninguna más sólida: “Y para mí es cosa ya cierta que no debo apartarme de la autoridad de Cristo, pues no hallo otra más poderosa”³⁵¹. San Agustín desde sus primeros escritos muestra su conversión a Cristo y su apego a su doctrina, aunque directamente en la obra *contra Academicos* responda con acierto a los escépticos.



Para saber más...

P. BROWN, *Agustín de Hipona*, Madrid, Acento, 2001.

S. LANCEL, *Saint Augustin*, Paris, Fayard, 1999.

J. McWILLIAMS, “Diálogos de Casiciaco”, en A. FITZGERALD, *Diccionario de san Agustín*, Burgos, Monte Carmelo, 2001, 399-411.

V. PACIONI, “Artes liberales”, en A. FITZGERALD, *Diccionario de san Agustín*, Burgos, Monte Carmelo, 2001, 117-120.

³⁵¹ *Acad.* 3, 43.

San Agustín V y la Biblia

41. San Agustín, ¿sabía griego?

Se trata de una cuestión que ha sido muy discutida y en donde es preciso estar atentos a varios elementos. En primer lugar no dar un valor absoluto a ninguna de las afirmaciones de san Agustín al respecto, ya que estas aseveraciones pierden su auténtico significado cuando son sacadas de su contexto, como lo que dice san Agustín en su polémica con Petiliano cuando le comenta, de manera irónica: “en cuanto a mí, no sé mucho griego, casi nada”³⁵². Estas palabras, no son tanto una confesión de su propia ignorancia cuanto de la ignorancia de Petiliano, quien había afirmado que *katholikós* significaba ‘único’ y no ‘universal’ como es en realidad, y que si san Agustín que no sabía griego lo sabía, cuánto más ignorante no sería Petiliano.

Es verdad que en la educación que recibió san Agustín estaba incluido el griego y nosotros sabemos por las mismas *Confesiones* que esta lengua no le gustaba a san Agustín³⁵³, mientras se apasionaba por el latín, y sin embargo sabemos que aprendió algo de griego. Ciertamente su nivel no será como el de Cicerón, quien llena sus escritos de frases griegas, pues discurre tanto en latín como en griego. El nivel de griego de san Agustín, como ha puesto de manifiesto con mucho equilibrio H. I. Marrou³⁵⁴, era el de una persona que era capaz de hacer una traducción de un determinado texto griego, como podemos ver que hace en la polémica con Juliano de Eclana, traduciendo directamente del griego ciertos pasajes

³⁵² *c. litt. Pet.* 2, 38, 91.

³⁵³ *Cf. conf.* 1, 23.

³⁵⁴ *Cf. H. I. Marrou, Agostino e la fine de la cultura antica*, Milano, Jacka Books, 1987, 45 ss.

cruciales y esenciales en la disputa³⁵⁵, como pueden algunas líneas de la Homilía sobre el ayuno de san Basilio³⁵⁶. O bien cuando san Agustín hace la *emendatio* de algún texto bíblico latino, bien sea para precisar el sentido de un término escogiendo entre diversos códices griegos, o bien para proponer una nueva traducción de un determinado término griego, sin embargo no hay ninguna constancia, según las investigaciones que se han hecho hasta el presente, de que leyera una obra completa en griego, sino más bien en los casos que conocemos, se hace siempre mención de una traducción al latín de una determinada obra griega.

Por otro lado las palabras griegas que cita en sus obras, además de ser más bien escasas, giran, en torno a cuatro ejes: las palabras elementales³⁵⁷, las etimologías conocidas³⁵⁸, términos técnicos de la gramática o retórica³⁵⁹, o palabras propias del vocabulario cristiano³⁶⁰.

En su correspondencia con san Jerónimo, entre otras cosas llama la atención que le pida al Estridonense que escriba una obra sobre las herejías propias del mundo oriental o griego, para que sean conocidas por aquellos que no conocen la lengua griega o que por falta de tiempo no pueden leer las obras griegas³⁶¹.

Todo ello no quiere decir que no conociera ninguna obra de los padres orientales. Las conocerá en traducciones, así por ejemplo había leído entre otros a Gregorio Nacianceno –a quien confunde con Gregorio de Nisa³⁶²–, traducido por Rufino³⁶³; conoce también a Juan Crisóstomo en la versión del diácono pelagiano Aniano de Celleda³⁶⁴. A pesar de sus limitaciones en el conocimiento del griego, san Agustín, con una finalidad pastoral, procurará aplicar y poner todo su empeño en la explicación de los textos bíblicos y en la búsqueda del mejor sentido de los mismos. Un claro ejemplo de esto

³⁵⁵ *c. Iul.* 1, 6, 22; *c. Iul.* 1, 6, 26; *c.*

³⁵⁶ *c. Iul.* 1, 5, 18.

³⁵⁷ *ciu.* 19, 19; *mag.* 5, 15, *et al.*

³⁵⁸ *Cf. conf.* 3, 8; *ciu.* 14, 20; *en. Ps.* 118, 10, 6.

³⁵⁹ *ciu.* 14, 15; *ciu.* 18, 4, 2.

³⁶⁰ *ciu.* 12, 2; *ciu.* 16, 26, 2; *en. Ps.* 118, 9, 2;

³⁶¹ *ep.* 40, 6, 9.

³⁶² *Cf. c. Iul.* 1, 5, 19.

³⁶³ *Cf. CSEL* 34, I, 288.

³⁶⁴ *Cf. c. Iul.* 1, 6, 21; *c. Iul.* 1, 6, 26.

son algunas de las *enarrationes* que san Agustín dictó para completar el comentario a los 150 salmos, concretamente las *enarrationes* al salmo 118, que en muchas de sus páginas son largas lecciones de exégesis bíblica en donde hace *emendatio* del texto a partir de explicaciones o búsqueda de mejor alternativas en los códices bíblico griegos.

Por todo ello podemos decir que san Agustín sin ser un experto en lengua griega -como lo era san Ambrosio-, sabía mucho más griego del que hemos pensado, y con el griego que sabía se adentraba especialmente en el mundo de la *emendatio* de textos bíblicos.



Para saber más...

L. AYRES, “Capadocios”, en A. FITZGERALD, *Diccionario de san Agustín*, Burgos, Monte Carmelo, 2001, 212-217.

P. BROWN, *Agustín de Hipona*, Madrid, Acento, 2001.

S. LANCEL, *Saint Augustin*, Paris, Fayard, 1999.

R. MARKUS, “Vida, cultura y controversias de Agustín”, en A. FITZGERALD, *Diccionario de san Agustín*, Burgos, Monte Carmelo, 2001, 1319-1328.

42. San Agustín, ¿sabía púnico?

San Agustín conocía sólo algunas palabras que había escuchado del idioma nativo del norte de África que él cataloga y denomina como púnico³⁶⁵. En algunos de sus textos nos da el significado de algunas palabras púnicas³⁶⁶, pero él no hablaba el púnico. De hecho la diócesis de san Agustín era una diócesis bilingüe. En las grandes ciudades o poblaciones se hablaba el latín, pero en los pequeños pueblos, aldeas y fincas rústicas se hablaba el púnico. Esta será una de las razones por las que muy probablemente san Agustín creó la sede episcopal de Fusala desligándola de su propia diócesis, para poder atender mejor a un pueblo púnico con un obispo que hablara su idioma, aunque en el caso concreto de Fusala las cosas no salieran bien y quien había sido elegido para ocupar la sede episcopal se haya comportado de manera ambiciosa e indigna y le haya causado graves problemas a san Agustín³⁶⁷.

Esta misma preocupación por el idioma púnico y la predicación en esta lengua vuelve a aparecer en la carta 84 en la que san Agustín se niega a que un diácono, Lucilo, vuelva a Sitifis (Setif o Sitif), población de la Mauretania Cesariense al suroeste de Constantina), al lado del obispo Novato que era su hermano³⁶⁸. Y pide a Novato que se prive de la presencia de su hermano, pues san Agustín no tiene muchos diáconos que puedan predicar en púnico.

Y del hecho que la diócesis de san Agustín fuera bilingüe, el Obispo de Hipona nos ha guardado una deliciosa anécdota de lo que le su-

³⁶⁵ *Idem.*; Cf. M. Simon, “Punique ou berebère?” en *Annuaire de l’Inst. De Phil. Et d’Histoire Judéo-Chrétienne*, 1962, 88-100.

³⁶⁶ Cf. *ep.* 17, 2; s. 113, 2; *haer.* 87; *c. litt. Pet.* 2, 104, 239; *en. Ps.* 136, 18.

³⁶⁷ Cf. *ep.* 209; 20*.

³⁶⁸ *ep.* 84, 1 (CSEL 34/2, 392).

cedió a su predecesor, Valerio, quien un día paseando por Hipona escuchó a dos campesinos hablar y al preguntarle a uno de los ellos lo que significaba en latín lo que a él le había sonado como la palabra latina ‘salus’, el campesino que sabía púnico y latín le respondió que significaba tres. De aquí que Valerio se llenara de alegría al saber que había una relación entre el latín y el púnico pues la misma palabra, significaba ‘salvación’ y ‘tres’, es decir que la salvación venía por medio de la Trinidad:

“Llegados a este punto, creo que no hay que pasar por alto lo que el venerable Valerio nos cuenta sorprendido, del diálogo entre unos campesinos. Sucedió que la decirse el uno al otro ‘salus’, Valerio le preguntó al que sabía latín y púnico que significaba en púnico ‘salus’ y le respondió que ‘tres’. Entonces todo contento sabiendo que nuestra salvación esta en la Trinidad, le pareció que no era casual esta coincidencia en el sonido de las dos lenguas, sino que era un oculto designio de la divina Providencia el que al decir Salus en latín los púnicos entiendan ‘tres’ y viceversa, cuando los púnicos dicen Salus, los latinos entienden salvación”³⁶⁹.

³⁶⁹ *ep. Rom. inch.* 13 (CSEL 84, 161): “Pienso que no debe ser por completo pasado por alto en este lugar lo que el padre Valerio, sorprendido, advirtió en la conversación de algunos campesinos; pues como uno hubiere dicho al otro ‘salus’, éste preguntó a aquel que sabía latín y púnico, qué significaba la palabra ‘salus’ y se le respondió que ‘tres’. Entonces conociendo él con gran gozo que la Trinidad es nuestra salud, juzgó que no se correspondieron fortuitamente ambas lenguas en la significación de estas palabras, sino que por una ocultísima ordenación de la divina providencia; de modo que cuando en latín se diga ‘salus’, se entienda en púnico ‘tres’; y cuando en púnico se diga ‘tres’ se entienda ‘salus’ en latín”.



Para saber más...

G. BONNER, “Augustinus (uita)”, AL, 537-542.

G. BONNER, *St. Augustine of Hippo. Life and controversies*, London, SCM Press, 1963.

P. BROWN, *Agustín de Hipona*, Madrid, Acento, 2001.

S. LANCEL, *Saint Augustin*, Paris, Fayard, 1999.

R. MARKUS, “Vida, cultura y controversias de Agustín”, en A. FITZ-GERALD, *Diccionario de san Agustín*, Burgos, Monte Carmelo, 2001, 1319-1328.

43. San Agustín, ¿sabía hebreo?

San Agustín no sabía hebreo, aunque gracias a los escritos de san Jerónimo conocía el significado de algunas palabras. Cuando comenta en su obra, particularmente en las *Enarrationes in Psalmos* el significado la interpretación de los diversos nombres, se basará en principalmente en la obra de san Jerónimo *Liber Interpretationis Hebraicorum Nominum*.

Sabemos por el epistolario agustiniano que era costumbre preguntar a los judíos cuando había dudas sobre el texto del Antiguo Testamento. Un ejemplo de esto nos lo presenta san Agustín en la *ep.* 71³⁷⁰ con lo sucedido en la ciudad de Oea (hoy Trípoli)³⁷¹, donde el obispo al leer una nueva traducción del libro de Jonás, especialmente un texto determinado (Jon 4, 6) causó la consternación del pueblo, y al ser consultados los rabinos de la ciudad dijeron que la nueva traducción no era fiel a los originales hebreos. San Agustín ante lo sucedido nos da dos posibilidades para interpretar este hecho, o se debió a la impericia de los judíos o a su malicia³⁷². Cabría no obstante una tercera posibilidad: otras variantes del texto hebreo que estaban contenidas en los códices que los rabinos consultaron. Sea como fuere, sabemos que san Agustín no conocía la lengua hebrea, aunque en ocasiones nos dé los diversos significados de palabras hebreas. Para conocer todos estos significados, san Agustín ha leído, preguntado e investigado, principalmente en las obras de san Jerónimo. Este es el caso cuando san Agustín explica el significado de palabras he-

³⁷⁰ *ep.* 71, 5.

³⁷¹ Cf. J. van Oort, “Iudaei”, en *AL*, 786.

³⁷² Cf. *ep.* 71, 5.

brea usadas en la liturgia como es el caso de las palabras Amen³⁷³, Aleluya³⁷⁴, Pascua, etc.

Por otra parte la explicación que hace san Agustín del significado de los nombres hebreos de los personajes y lugares del Antiguo Testamento, particularmente en las *enarrationes in Psalmos*, no es un mero juego retórico, sino que es una labor exegética, donde san Agustín está convencido que todos los elementos contenidos en la Sagrada Escritura son significativos e importantes para la salvación. Por ello el deber del pastor de almas es el de investigar para llegar a descubrir lo que esos nombres significan para desvelar el misterio que ocultan, como nombres místicos, a los fieles. Para conocer el significado de estos nombres la fuente principal de san Agustín será san Jerónimo, quien a su vez conocía las explicaciones de Orígenes y otros autores más, que por medio del Estridonense llegaron a san Agustín.



Para saber más...

G. BONNER, “Augustinus (uita)”, AL, 537-542.

P. BROWN, *Agustín de Hipona*, Madrid, Acento, 2001.

P. FREDRICKSEN, *Augustin and the Jews. A Christian Defense of Jews and Judaism*, New York, 2008.

S. LANCEL, *Saint Augustin*, Paris, Fayard, 1999.

J. VAN OORT, “Iudaeos (Auersus)”, en AL, 3, 2004, 792-796. M. SIGNER, “Aduersus Iudaeos”, en A. FITZGERALD, *Diccionario de san Agustín*, Burgos, Monte Carmelo, 2001, 18-21.

M. SIGNER, “Judíos, judaísmo”, en A. FITZGERALD, *Diccionario de san Agustín*, Burgos, Monte Carmelo, 2001, 770-776.

³⁷³ s. 229, 3; s. 334, 3; *Io. eu. tr.* 41, 3.

³⁷⁴ s. 257, 1; s. 243, 8; *en. Ps.* 149, 2.

44. ¿Qué versión bíblica usó san Agustín?

En primer lugar es preciso decir que san Agustín fue el hombre que amó, meditó y escrutó las Escrituras con la plena consciencia de que eran palabra de Dios y que como tal hay que tratarla³⁷⁵; las Sagradas Escrituras son las cartas que el Padre nos envía desde la patria a nosotros que somos peregrinos en este mundo hacia la ciudad de Dios³⁷⁶.

Así pues, San Agustín usó una versión bíblica latina que era una traducción antigua y casi literal de los LXX (es decir de la traducción al griego del AT), en lo relativo al Antiguo Testamento, y una versión antigua del Nuevo Testamento. A esta versión se le suele denominar comúnmente como *Vetus Latina Afra*, no por otra razón sino porque sus principales testigos (es decir textos que dan fe de su existencia) se encuentran en autores africanos³⁷⁷.

San Agustín como pastor buscará explicar los pasos oscuros de la versión bíblica que tiene entre las manos y en ocasiones hará la *emendatio*, la corrección de palabras o sintagmas de la misma. Como pastor de almas, sabía que no podía hacer un cambio radical de las Escrituras, pues era consciente de que muchos de sus fieles sabían de memoria muchos pasajes de la Escritura (en muchos casos porque no sabían leer) y quería evitar que pensarán que les estaba cambiando las Escrituras, como le sucedió al obispo de Oea (Trípoli) cuyo triste caso narra san Agustín en la ep. 71³⁷⁸. En esta

³⁷⁵ s. *Dolbeau* 10, 15.

³⁷⁶ en. *Ps.* 64, 2.

³⁷⁷ P.-M. Bogaert, “Les Bibles de Saint Augustin” en *Revue théologique de Louvain* 37, (2006), 516.

³⁷⁸ Cf. *ep.* 71, 3, 5.

oportunidad, la intención del obispo era buena, pues quería poner a disposición de su pueblo una traducción mejor del libro de Jonás, sin embargo olvidó que el pueblo sencillamente se sabía de memoria la traducción antigua y en lugar de comenzar un proceso de catequesis y de formación de sus fieles antes de hacer el cambio, hizo el cambio de manera violenta.

Por esta razón, cuando leemos un texto de san Agustín y el Obispo de Hipona cita algún texto del Antiguo Testamento, éste no coincide con las versiones que comúnmente tenemos, pues se trata de la versión de la *Vetus Latina Afra* que san Agustín tuvo entre sus manos, y en estos casos comprobaremos, con una gran probabilidad que la traducción que san Agustín nos presenta, es una traducción del texto de la versión de los LXX, como el texto Is 46, 8, por poner sólo un ejemplo, donde en la versión que san Agustín tuvo entre sus manos -y reflejando el texto de los LXX-, dice: “*Volved prevaricadores al corazón*”³⁷⁹, mientras que el texto que nosotros leemos hoy, siguiendo al texto masorético (el texto de la Biblia hebrea) reza así: *Recordad esto y sed hombres, tened seso, rebeldes (...)*.

Finalmente es preciso afirmar que el hecho de que la versión bíblica de san Agustín, particularmente algunos textos del Antiguo Testamento no coincidan con nuestros textos actuales, no quiere decir que san Agustín estuviera errado. El Antiguo Testamento de las primitivas comunidades cristianas fue el de los LXX y no el texto masorético (el texto de la Biblia hebrea). Por otro lado los LXX tienen textos claves para la lectura cristiana del Antiguo Testamento, como puede ser el texto de Is 7, 14, en donde la lectura masorética distará mucho de la versión y la profecía cristiana.

³⁷⁹ Io. eu. tr. 18, 10.



Para saber más...

P.-M. BOGAERT, “Les Bibles de Saint Augustin” en *Revue théologique de Louvain* 37 (2006), 516-530.

E. EGUIARTE, “San Agustín y la Biblia”, en J. OROZ – J. A. GALINDO, *El pensamiento de san Agustín para el hombre de hoy*, Valencia, EDICEP, 2010, 365-420.

V. GROSSI, *Leggere la Bibbia con S. Agostino*, Brescia, 1999.

J. LIENHARD, “Canon de las Sagradas Escrituras, la Versión de los LXX”, en A. FITZGERALD, *Diccionario de san Agustín*, Burgos, Monte Carmelo, 2001, 212.

J. O'DONELL, “Biblia”, en A. FITZGERALD, *Diccionario de san Agustín*, Burgos, Monte Carmelo, 2001, 176-182.

45. ¿Qué pensaba san Agustín del texto de los LXX?

Con respecto al Antiguo Testamento, es preciso decir que para san Agustín los traductores de la Biblia llamada de los LXX habían sido inspirados por Dios, ya que creía que el relato contado por la carta del Pseudo-Aristeo era cierta³⁸⁰, por ello la recomienda como la mejor versión del Antiguo Testamento: “(...) por lo que toca al Antiguo Testamento, goza de mayor autoridad la versión de los Setenta, de los cuales es ya tradición de las Iglesias más sabias, que tradujeron con tan singular asistencia del Espíritu Santo, que de tantos hombres aparece solamente un decir (...) Por lo tanto, pudo suceder que ellos tradujesen del modo que juzgó el Espíritu Santo convenía a los gentiles, el cual los movió e hizo de todos ellos una sola boca”³⁸¹.

Todo ello en contraposición a la *hebraica veritas* a la que se “convertirá” san Jerónimo para hacer la traducción del Antiguo Testamento al latín. Por ello Agustín le pedirá a Jerónimo que haga la traducción del Antiguo Testamento a partir de la versión canónica griega, es decir a partir de la versión de los LXX, particularmente por una razón tanto pastoral –el pueblo está acostumbrado a esta versión–, como por una razón ecuménica, la versión de los LXX es la utilizada por las Iglesias griegas, con las que es preciso conservar la unidad³⁸².

En *De Civitate Dei*, sostendrá –aunque prefiera el texto de los LXX por las razones que anteriormente hemos aducido–, la inspiración

³⁸⁰ Cf. G. Veltri, “L’ispirazione Della LXX tra legenda e teologia. Dal racconto di Aristea alla ‘veritas hebraica’ di Girolamo”, en *Laurentianum* 27, 1986, 67-71.

doctr. chr. 2, 15, 22; Esta misma idea la repite en el *De Civitate Dei*: “(...) Porque el mismo Espíritu que asistió a los profetas cuando componían las Escrituras, ese mismo animaba a los setenta varones cuando las traducían”. *ciu.* 18, 43.

³⁸² *ep.* 71, 2, 3.

del texto hebreo. De este modo la traducción que se haga del Antiguo Testamento debe tomar como punto de partida el texto de los LXX y completarlo con aquellos que se contenga en el texto hebreo y que el de los LXX haya omitido, ya que ambos son textos inspirados:

“Si pues como debe ser, no consideramos a los hombres que compusieron las Escrituras más que como instrumentos del Espíritu de Dios, diremos que las cosas que se hallan en el hebreo y no se hallan en los Setenta, quiso el Espíritu divino decirlas por los profetas y no por éstos. Y cuanto hay en los Setenta y falta en el hebreo, el mismo Espíritu prefirió decirlas por éstos, mostrando de esta suerte que unos y otros fueron profetas”³⁸³.

Para Agustín el mejor texto es el de los LXX, por ello en diversas cartas le pide a Jerónimo que haga la traducción a partir del texto griego (ep. 28, 2; ep 82, 34-35):

“Te pido, y te lo pide conmigo la entera comunidad estudiosa de las Iglesias africanas, que te animes a emplear tu esmero y trabajo en traducir a aquellos autores griegos que se distinguieron en la exposición de nuestras Escrituras. (...) En cambio no quisiera yo que te ocupases en verter al latín las santas Escrituras canónicas, a no ser al modo que empleaste en la traducción de Job. Así aparecerá, por los signos que utilizas, la diferencia que hay en tu traducción y al de los Setenta y cuya autoridad es indiscutible”³⁸⁴.

³⁸³ *ciu.* 18, 43: “(...) mas quisiera yo que tradujeses tan sólo las Escrituras canónicas griegas que corren bajo el nombre de los Setenta Intérpretes. Si tu traducción del hebreo comienza a leerse con frecuencia en muchas iglesias, va a ser doloroso que las iglesias latinas no vayan de acuerdo con las griegas (...)”

³⁸⁴ *ep.* 28, 2, 2.



Para saber más...

P.-M. BOGAERT, “Les Bibles de Saint Augustin” en *Revue théologique de Louvain* 37 (2006), 516-530.

E. EGUIARTE, “San Agustín y la Biblia”, en J. OROZ – J. A. GALINDO, *El pensamiento de san Agustín para el hombre de hoy*, Valencia, EDICEP, 2010, 365-420.

V. GROSSI, *Leggere la Bibbia con S. Agostino*, Brescia, 1999.

J. LIENHARD, “Canon de las Sagradas Escrituras, la Versión de los LXX”, en A. FITZGERALD, *Diccionario de san Agustín*, Burgos, Monte Carmelo, 2001, 212.

J. O'DONELL, “Biblia”, en A. FITZGERALD, *Diccionario de san Agustín*, Burgos, Monte Carmelo, 2001, 176-182.

D. WEBER, “Handschriften-Tradition und Ausgaben”, en V.-H. DRECOLL, *Augustinus Handbuch*, Tübingen, Mohr Siebeck, 2007.

46. ¿Cuántos comentarios a las cartas de san Pablo escribió san Agustín?

San Agustín escribió tres obras específicas en las que aborda una determinada carta paulina. Dos de estas obras están dedicadas a la carta a los Romanos (*Expositio quarundam propositionum ex epistola apostoli ad Romanos*; *Epistulae ad Romanos inchoata expositio*) y una a la carta a los Gálatas (*Expositio epistulae ad Galatas*).

Es preciso señalar que de las dos obras dedicadas a la carta a los Romanos, una de ellas está inconclusa (*Epistulae ad Romanos inchoata expositio*), pues san Agustín se percató de que era una labor titánica que requería mucho tiempo, del que él no disponía. La segunda obra en donde aborda la carta a los Romanos (*Expositio quarundam propositionum ex epistola apostoli ad Romanos*), san Agustín no aborda toda la epístola paulina, sino que da respuesta a algunas cuestiones que los presbíteros de Cartago le hicieron después de la lectura de dicha carta paulina³⁸⁵. Al respecto cabe decir que su postura sobre algunos textos paulinos cambió muy pronto (un año y medio después) porque en su respuesta a Simpliciano (*Ad Simplicianum*) da una exégesis diversa, menos filosófica y más bíblica. Finalmente cabe señalar que san Agustín dedica también a la carta a los Romanos las cuestiones 66 a 68 del *De diuersis quaestionibus*.

El Comentario a la carta a los Gálatas (*Expositio epistulae ad Galatas*) es el único comentario que podríamos considerar un comentario paulino sistemático y en donde san Agustín se coloca entre los primeros comentaristas de las cartas paulinas, junto con su admirado Mario Victorino, el Ambrosiaster y san Jerónimo, todos ellos autores a los que san Agustín ha leído y a los que glosa o contesta

³⁸⁵ Cf. *retr.* 1, 23, 1.

dentro de su propio comentario a la carta a los Gálatas. A pesar de lo anteriormente dicho, los textos de las cartas paulinas marcarán el pensamiento de san Agustín y sus obras, muchas de las cuales no son sino una exégesis de diversos pasajes paulinos, particularmente de la carta a los Romanos.



Para saber más...

E. EGUIARTE, “San Agustín y la Biblia”, en J. OROZ – J. A. GALINDO, *El pensamiento de san Agustín para el hombre de hoy*, Valencia, EDICEP, 2010, 365-420.

P. FREDRIKSEN, “Epistula ad Romanos inchoata expositio”, en A. FITZGERALD, *Diccionario de san Agustín*, Burgos, Monte Carmelo, 2001, 466-467.

P. FREDRIKSEN, “Expositio quarundam propositionum ex epistula ad Romanos”, en A. FITZGERALD, *Diccionario de san Agustín*, Burgos, Monte Carmelo, 2001, 553-555.

J. O'DONELL, “Biblia”, en A. FITZGERALD, *Diccionario de san Agustín*, Burgos, Monte Carmelo, 2001, 176-182.

E. PLUMER, “Expositio epistulae ad Galatas”, en A. FITZGERALD, *Diccionario de san Agustín*, Burgos, Monte Carmelo, 2001, 552-553.

47. ¿Cómo fue la relación de san Agustín con Jerónimo?

De difícil y tormentosa habría que calificar la relación entre san Agustín y san Jerónimo. No obstante a pesar de los escollos y dificultades de la misma, al final, después de muchos años, gracias particularmente a que la fama pregonaba vocinglera la grandeza de Agustín, y por otro lado a la humildad del Obispo de Hipona, la amistad llegará a buen puerto.

De este modo, las cosas comenzaron mal, pues la primera carta que san Agustín escribió a san Jerónimo en el 392 (ep. 28), nunca llegó a su destinatario, cosa que no era extraña en la antigüedad. No obstante las dos cuestiones que san Agustín le plantea a san Jerónimo en esta primera carta serán su caballo de batalla en la relación epistolar con el Estridonense: la cuestión de la traducción de las Escrituras no tanto del texto hebreo (TM) cuanto de la versión de los LXX.

En segundo lugar el señalar que la explicación del enfrentamiento entre san Pablo y san Pedro al que se refiere la carta a los Gálatas (Gal 2, 11-14) no fue un mero fingimiento por parte de ambos para exhortar a los creyentes, y que por lo tanto se puede admitir que exista alguna mentira en la Escritura, pues si se admite esto, se puede llegar a afirmar que es falsa cualquier cosa contenida dentro de la Biblia y san Agustín está convencido de la importancia que tiene sostener, particularmente en contra de los adversarios de la Iglesia, la inerrancia de las Escrituras.

De nuevo en el 397 ambos vuelven a entrar en contacto. San Jerónimo alude en la carta 39 a otra carta enviada a san Agustín de la que no tenemos noticia y en la presente carta se limita a enviar saludos

a Alipio quien le había visitado en el 394 en Belén³⁸⁶. En su respuesta -la carta 40-, san Agustín vuelve a insistir sobre las dos cuestiones anteriormente planteadas en la carta 28 en el 392³⁸⁷.

A estas cartas sigue un silencio de casi cinco años. En el 402, san Agustín le vuelve a escribir a san Jerónimo, particularmente porque sabe que algunos han corrido la habladuría de que san Agustín había escrito un libro contra Jerónimo y lo había hecho circular por Roma³⁸⁸. Sin duda este “libro” no es otra cosa que la extraviada carta 28, que no llegó a su destinatario, pero en el camino fue copiada y circulaba ya por Roma entre diversos círculos.

La respuesta a la carta 67 de san Agustín, la carta 68 dentro del epistolario agustiniano que san Jerónimo le escribe al obispo de Hipona no puede ser más ácida. Usa el artificio literario de dudar que san Agustín haya escrito la carta 40 en donde san Agustín le invita a “cantar la palinodia”³⁸⁹, es decir a reconocer su error referente a la interpretación de la carta a los Gálatas en el pasaje relativo a la reprensión que san Pablo le hace a san Pedro. Así le dice que quien ha escrito esa carta lo que quiere es “robarle” su fama o ser famoso a su costa: “*como solían hacer los adolescentes, el buscar fama para su nombre acusando a los varones ilustres*”³⁹⁰. También le advierte que no lo provoque, pues él ya es anciano³⁹¹ y le recuerda indirectamente que se sabe defender muy bien, al señalar que está luchando ferozmente con quien fuera su íntimo amigo, Rufino de Aquileya, a quien llama “Calpurnio”, sospechando que lo que él piensa que son ataques de san Agustín han sido incitados por el mismo Rufino, cuyas obras habían llegado al norte de África³⁹².

Un año después, en el 403, san Agustín vuelve a tomar la iniciativa

³⁸⁶ Mark Vessey, “Jerónimo”, en A. Fitzgerald, *Diccionario de san Agustín*, Burgos, Monte Carmelo, 2001, 753.

³⁸⁷ *ep.* 40, 2-7.

³⁸⁸ *ep.* 67, 2.

³⁸⁹ *ep.* 40, 7; *ep.* 68, 1.

³⁹⁰ *ep.* 68, 2.

³⁹¹ *ep.* 68, 2.

³⁹² *ep.* 68, 3.

y le escribe a san Jerónimo la carta 71, en donde insiste sobre todo en una cuestión la traducción del Antiguo Testamento a partir de los LXX³⁹³, para evitar que se den casos tristes, como el que narra san Agustín que le sucedió al obispo de Oea (hoy Trípoli)³⁹⁴, quien por usar la traducción de san Jerónimo del libro de Jonás, provocó un escándalo y fue acusado de alterar el texto bíblico tanto por el pueblo sencillo, como por los hablantes griegos. Cuando el obispo consultó a los judíos de Oea sobre la traducción del texto hebreo, ellos dijeron que la traducción latina no reflejaba la versión hebrea, como sí lo hacía la griega, por lo que el obispo se vio obligado a regresar a la traducción antigua a partir del texto griego.

La respuesta de san Jerónimo en el 404 con la carta 72, sigue siendo en un tono defensivo, pues san Jerónimo estaba convencido, como él mismo lo afirma en la carta y como otros amigos suyos le habían asegurado³⁹⁵, que el único propósito de san Agustín era el de llenarse de gloria a costa de san Jerónimo, retándolo por medio de sus cartas y haciéndolo aparecer como un ignorante, y así sus cartas son, según san Jerónimo, “una espada untada con miel”³⁹⁶, por lo que le pide que, o bien reconozca su verdadera intención o: “*deje de molestar a un anciano que vive escondido en su celdita*”³⁹⁷. Por otra parte san Jerónimo sigue estando convencido de que san Agustín ha hecho circular un libro en su contra en Roma, sin darse cuenta de que aquello que le han hecho llegar no es otra cosa que la carta 28 de san Agustín, que se había extraviado. Finalmente san Jerónimo se niega a entrar en polémica con un obispo para evitar faltarle al respeto³⁹⁸.

San Agustín responderá ese mismo año 404 con la carta 73, un monumento retórico y espiritual sobre la reconciliación y en el que san Agustín manifiesta su deseo de pedir perdón, si ha ofendido con sus cartas a san Jerónimo³⁹⁹, haciéndole ver también lo malo que es poner por escrito las desavenencias que tiene con Rufino⁴⁰⁰

³⁹³ *ep.* 71, 4.

³⁹⁴ *ep.* 71, 5.

³⁹⁵ *ep.* 72, 2.

³⁹⁶ *Idem.*

³⁹⁷ *ep.* 72, 3.

³⁹⁸ *ep.* 72, 5.

³⁹⁹ *ep.* 73, 3.

⁴⁰⁰ *ep.* 73, 6.

y lo hermoso que sería para todos los cristianos, la reconciliación de los dos antiguos amigos, con lo que san Agustín manifiesta la importancia que para él tiene la amistad y la reconciliación⁴⁰¹. Esta dulzura y humildad de san Agustín pudieron finalmente convencer a san Jerónimo de las buenas intenciones del Obispo de Hipona.

Finalmente san Jerónimo se digna contestar a las preguntas de san Agustín con la larga carta 75, sin dejar en ningún momento su tono ácido y polémico. Así responde a san Agustín que lo que el había escrito en su comentario a la carta a los Gálatas (Gal 2, 11-14) sobre la riña entre san Pablo y san Pedro, era algo que el había leído en algún autor griego, citando a varios, particularmente a Orígenes⁴⁰². Posteriormente le explica sus razones para traducir las Escrituras a partir del texto hebreo y no del griego⁴⁰³. En su respuesta acusa indirectamente a san Agustín de judaizar, sin darse cuenta, de que en realidad no es que san Agustín sea judaizante, sino que más bien él es antijudío, pues tiene expresiones sumamente fuertes contra las prácticas hebreas⁴⁰⁴. Al final de la carta de nuevo vuelve al tema de que él ya es viejo y que no tiene ni el público que sigue a san Agustín ni la categoría episcopal⁴⁰⁵.

A pesar de esta acidez, la siguiente carta de san Jerónimo (*ep.* 81), es la primera que tiene un tono más conciliador. San Agustín le responde con la carta 82, haciéndole ver que no le pregunta sólo por entretenerse o por un juego, sino por un verdadero interés exegético y pastoral⁴⁰⁶. Posteriormente vuelve a la carga sobre los dos temas que le preocupan, la supuesta simulación de la reprensión de san Pablo a san Pedro que queda reflejada en la carta a los Gálatas (Gal 2, 11-14)⁴⁰⁷ y la traducción de las Escrituras a partir de los LXX⁴⁰⁸.

Muchos años después en el 415, san Agustín escribirá la carta 166 consultándole cómo se podían compaginar la idea de que el alma ha sido creada por Dios y el pecado original. En la carta 167, san Agus-

⁴⁰¹ *ep.* 73, 10.

⁴⁰² *ep.* 75, 4.

⁴⁰³ *ep.* 75, 19

⁴⁰⁴ *ep.* 75, 16.

⁴⁰⁵ *ep.* 75, 22.

⁴⁰⁶ *ep.* 82, 2.

⁴⁰⁷ *ep.* 82, 4-23.

⁴⁰⁸ *ep.* 82, 35.

tín vuelve sobre el tema y le pregunta además sobre la interpretación del texto de St 2, 10 y le llama a san Jerónimo el gran benefactor de la “*literatura eclesiástica en lingua latina*”⁴⁰⁹. San Jerónimo le responderá con la carta 172 en donde dice que no puede mejorar la explicación de Agustín, por lo que se limita a enviarle una copia de su tratado *Diálogo contra los pelagianos*. Esta obra tuvo una buena recepción en la corte de Rávena⁴¹⁰.

La última carta que conservamos de san Jerónimo retrata el final de esta larga y accidentada historia. San Jerónimo por fin se decide a elogiar a san Agustín y lo saluda como “*el segundo fundador de la antigua fe*”⁴¹¹ y le señala que todos lo admiran, aunque lo más importante no es eso, recibir la admiración, sino que “*todos los herejes te detestan*”⁴¹². El viejo Jerónimo, conservó su humor ácido hasta el final, cerrando la relación con san Agustín ciertamente en un tono más cordial, pero sin perder su acidez.

La leyenda y la tradición iconográfica cierran la historia entre san Agustín y san Jerónimo, contando que una vez muerto san Jerónimo, su espíritu fue a visitar a san Agustín para hablarle de los gozos de la vida eterna, sobre los que estaba escribiendo san Agustín en ese momento, y así ha quedado inmortalizado, entre otros pintores, por Vittore Carpaccio en el cuadro de la Iglesia de san Giorgio degli Schiavoni de Venecia, en donde se puede ver a san Agustín en su despacho de trabajo mirando extasiado por la ventana y contemplando lo que el espíritu de san Jerónimo le estaba revelando y, como en los frescos de Benozzo Gozzoli, de nuevo san Agustín está acompañado de un simpático perrito...

⁴⁰⁹ *ep.* 167, 21.

⁴¹⁰ *ep.* 19*, 2.

⁴¹¹ *ep.* 195.

⁴¹² *Idem.*



Para saber más...

G. BONNER, *St. Augustine of Hippo. Life and controversies*, London, SCM Press, 1963.

P. BROWN, *Agustín de Hipona*, Madrid, Acento, 2001.

S. LANCEL, *Saint Augustin*, Paris, Fayard, 1999.

R. MARKUS, “Vida, cultura y controversias de Agustín”, en A. FITZGERALD, *Diccionario de san Agustín*, Burgos, Monte Carmelo, 2001, 1319-1328.

M. VESSEY, “Jerónimo”, en A. FITZGERALD, *Diccionario de san Agustín*, Burgos, Monte Carmelo, 2001, 751-755.

San Agustín y las controversias VI

48. ¿Quiénes eran los maniqueos?

Eran una secta judeocristiana con ideas gnósticas que se proclamaban los verdaderos cristianos, en contraposición con los católicos a los que llamaban “semicristianos”, y prometían llevar al conocimiento de la verdad a los que los siguieran. La verdad que prometían no se apoyaba en la autoridad de la Iglesia, sino en el poder de la razón. San Agustín posteriormente comprenderá que no existe contradicción entre la fe y la razón, entre la autoridad de la Iglesia y la luz de la razón, aunque para entender sea preciso primero creer⁴¹³.

Los maniqueos creían que existían dos naturalezas coeternas, una buena o de la luz, y una naturaleza mala o de las tinieblas. Todo en este mundo es producto de una mezcla de ambas naturalezas y de ambos principios, por lo que la labor de los maniqueos y de sus seguidores es buscar la liberación de las partículas de luz que están prisioneras en la materia o en los elementos propios de las tinieblas.

El fundador del maniqueísmo, Manes –que fue decapitado en el año 277-, se llamaba a sí mismo “el apóstol de Jesucristo” y sus seguidores creían que en él residía el Espíritu Santo, por lo que lo llamaban “Paráclito”, razón por la cual san Agustín usará siempre con mucho cuidado y en contadas ocasiones la expresión neotestamentaria “Paráclito” (Jn 14, 16), para evitar que se pensara en Manes y no en el Espíritu Santo.

En cuanto a la Sagrada Escritura, rechazaban en bloque todo el Antiguo Testamento –como hacían también los marcionitas-, y del Nuevo Testamento excluían aquellas partes que ellos creían que

⁴¹³ Cf. s. 43, 4.

eran interpolaciones de los judíos o bien partes en las que se reflejaba la tónica del Antiguo Testamento, como eran las genealogías de Jesús, tanto en el evangelio según san Mateo (Mt 1, 1-17), como en el de san Lucas (Lc 3, 23-38).

Rechazaban también los Hechos de los Apóstoles, pues ahí se habla mucho del Paráclito y el único Paráclito, según los maniqueos, era Manes. La parte esencial de sus escrituras era el corpus paulino, al que quitaban algunos textos que hicieran referencia al Antiguo Testamento. San Agustín de hecho se familiarizará con las Sagradas Escrituras de mano de los maniqueos, aunque después aprenda que las partes que ellos rechazaban, había que interpretarlas no literalmente, sino buscando los muchos sentidos que puede tener la Sagrada Escritura.

Junto con la Sagrada Escritura, ellos leían también algunos libros de los apócrifos, y con igual validez que la Escritura, seguían las obras escritas por los maniqueos en donde se narraban sus relatos llenos de imaginación, fantasía y en los que se mezclaban elementos propios del cristianismo con los del judaísmo y de otras religiones orientales.

Entre los maniqueos había dos grupos principalmente: el de los elegidos y el de los oyentes. Los primeros eran aquellos considerados como los más avanzados dentro de la secta y quienes debían ser alimentados y mantenidos por los oyentes, pues su deber particular era liberar las partículas de luz encerradas en las diversas materias, especialmente en los alimentos. De este modo, con su digestión, ellos podían liberar las partículas de luz encerradas particularmente en las frutas y verduras. Los elegidos guardaban la doctrina de los cinco mandamientos y los tres sellos: el sello de la boca, el sello de la mano y el sello del vientre. El sello de la boca consistía en no decir palabras contra la luz ni comer alimentos impuros o beber vino (que era considerado como la sangre del demonio). El sello de la mano significaba que ellos no podían trabajar ni siquiera para conseguir su sustento, sino que los oyentes tenían que mantener a los elegidos proporcionándoles el alimento necesario, sin que ellos tuvieran que trabajar por él. El sello del vientre era la prohibición de tener relaciones sexuales, pues a través de ellas se multiplican los cuerpos, es decir se hace que más partículas de luz sigan sien-

do encerradas en elementos de materia, de oscuridad. Por ello la procreación es intrínsecamente mala, según los maniqueos. A los oyentes se les consentía tener relaciones sexuales, pero se les pedía que buscaran por todos los medios evitar la procreación, convirtiéndose de esta manera los maniqueos en uno de los primeros grupos que fomentaban la anticoncepción.

Los cinco mandamientos eran: no mentir, no matar, no comer carne, mantenerse puros (sin relaciones sexuales), no deber nada a nadie⁴¹⁴.

Los maniqueos formarán dentro del imperio romano un grupo significativo, a pesar de las persecuciones por parte de algunos emperadores. La ayuda y fraternidad entre ellos serán grandes. Es por ello por lo que muy probablemente san Agustín, una vez que estaba ya decepcionado de los errores maniqueos, no se haya alejado de la secta, pues ahí había encontrado una comunidad de referencia, un grupo de amigos con los que reír, conversar, compartir⁴¹⁵, etc.

Los maniqueos pesar de las diversas persecuciones, lograron una gran difusión de sus doctrinas particularmente porque los comerciantes se hacían maniqueos y llevaban a dondequiera que iban el maniqueísmo, llegando hasta lugares más insólitos del mundo entonces conocido como pueden ser el Turquestán al noroeste de China.

San Agustín habla de ellos en el *De haeresibus*, como la herejía número 41.

⁴¹⁴ Kevin Coyle, “Manes, Maniqueísmo”, en A. Fitzgerald, *Diccionario de san Agustín*, Burgos, Monte Carmelo, 2001, 835.

⁴¹⁵ *conf.* 4, 13.



Para saber más...

J. D. BEDUHN, *Augustine's Manichean Dilemma. I Conversion and Apostasy*. 373-388 C. E., Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 2010.

P. BROWN, *Agustín de Hipona*, Madrid, Acento, 2001.

S. LANCEL, *Saint Augustin*, Paris, Fayard, 1999.

K. COYLE, "Manes, maniqueísmo", en A. FITZGERALD, *Diccionario de san Agustín*, Burgos, Monte Carmelo, 2001, 831-838.

49. ¿Qué obras son las que san Agustín dedica principalmente contra los maniqueos?

Las principales obras de san Agustín contra los maniqueos pueden dividirse en dos grandes grupos. Por una parte aquellas en las que san Agustín rebate a algunos de sus principales representantes, bien sea porque en estas obras se ha recogido el texto del debate real que san Agustín tuvo con algunos de estos personajes maniqueos (*Contra Fortunatum*, *Contra Felicem*) o bien porque sean una respuesta a sus obras y pensamiento, aunque estos personajes ya hubieran muerto (*Contra Faustum*, *Contra Adimantum*). Un segundo grupo serían sus obras exegéticas en contra de la lectura equivocada de los maniqueos de los textos bíblicos, como son el *De Genesi adversus manicheos*; y las dos versiones del *De Genesi ad litteram*, tanto la versión inconclusa como la terminada. Además de estas obras, san Agustín dedica múltiples alusiones a los maniqueos en diferentes obras suyas y los cataloga también en su libro contra las herejías dedicado a *Quodvultdeus*, *De haeresibus* en el número 41.



Para saber más...

P. BROWN, *Agustín de Hipona*, Madrid, Acento, 2001.

K. COYLE, “Genesi aduersus Manichaeos”, en A. FITZGERALD, *Diccionario de san Agustín*, Burgos, Monte Carmelo, 2001, 592-593.

S. LANCEL, *Saint Augustin*, Paris, Fayard, 1999.

R. TESKE, “Genesi ad litteram liber, De”, en A. FITZGERALD, *Diccionario de san Agustín*, Burgos, Monte Carmelo, 2001, 588-590.

R. TESKE, “Genesi ad Litteram liber imperfectus, De”, en A. FITZGERALD, *Diccionario de san Agustín*, Burgos, Monte Carmelo, 2001, 590-592.

50. ¿Quiénes eran los donatistas?

Para entender quienes eran los donatistas es preciso no perder de vista que la ocasión externa del cisma donatista la dio la cuestión disciplinaria en torno al modo de juzgar la conducta de los cristianos que, en la persecución de Diocleciano (284-305), habían entregado (*tradere*) las Escrituras a las autoridades paganas. Un grupo de los que permanecieron fieles veía en ese acto una grave traición a la fe, y tachó a los culpables de *traditores*. Entre ellos se encontraban lo mismo laicos, que clérigos y hasta obispos. La cuestión alcanzó relevancia teológica, cuando se enlazó con la teología africana tradicional, según la cual la validez de un sacramento depende del estado de gracia del ministro; de donde se seguía que los sacramentos administrados por un *traditor* no podían ser tenidos por válidos.

La controversia se agudizó hasta complicarse con las diferencias personales en torno a la sucesión del obispo de Cartago, Mensurio, en el año 312. A la sede de Cartago fue llamado el diácono Ceciliano. Un grupo de la comunidad, ofendido por el trato brusco de que había sido objeto un miembro influyente de la misma —de nombre Lucila—, alegó que uno de los obispos consagrantes, Félix de Aptungi, había sido *traditor*⁴¹⁶. El caso fue tomado en consideración por el primer obispo de Numidia, Segundo de Tigisi, y llevado ante un concilio de 70 obispos númidas, que declaró depuesto a Ceciliano. El antiobispo de Cartago fue primeramente un tal Mayorino; luego, desde el verano del 313, Donato, la verdadera cabeza espiritual de la oposición; de él tomó nombre la iglesia cismática, la *pars Donati*,

⁴¹⁶ Acusación, por otro lado, falsa, como después se probó en el concilio de Arlés del 314.

que se desarrolló rápidamente y constituyó un gran problema para los católicos durante casi un siglo (315-411).

No obstante, no pasó de ser una confesión cristiana restringida sustancialmente al Norte de África⁴¹⁷, ya que estaba vinculada en su eclesiología a lo nacional. Para ellos la Iglesia verdadera era la donatista establecida en el norte de África. Las demás eran Iglesias falsas. Ellos entendían el término católico en el sentido de que tenían todos los sacramentos, y no en el sentido de estar extendida por todo el orbe, universal, como insistirá san Agustín⁴¹⁸. Como Iglesia nacionalista, se fomentaba la lengua local del norte de África y floreció particularmente en las aldeas y poblaciones agrícolas, logrando vincular a su Iglesia grupos de campesinos descontentos con sus patrones y conformando con muchos de ellos un “brazo armado” o un grupo terrorista llamado de los *Circumceliones*, un grupo feroz que atacaba sin piedad las iglesias, los sacerdotes, monjes y fieles católicos⁴¹⁹. Su violencia y su grito de guerra llegará a ser temido por todas las poblaciones del norte de África.

Ya en el 347 una comisión imperial presidida por Pablo y Macario había aplicado duras penas a los donatistas buscando la unidad⁴²⁰. Lo único que se consiguió fue fomentar el fanatismo y un grotesco culto a sus falsos mártires, lo que llevará posteriormente a san Agustín a delimitar con claridad los elementos teológicos propios del martirio.

Un nuevo intento por parte de la corte imperial para lograr la unidad vino en el 405, con el Edicto de Unidad⁴²¹, en el que los cismáticos podían ser castigados con graves sanciones decretadas contra ellos como herejes.

En tiempos de San Agustín la lucha se intensifica. De hecho la comunidad cristiana de Hipona estaba dividida en católicos y donatistas, y estos últimos eran mucho más fuertes que los católicos al momento de llegar san Agustín a Hipona, hasta el punto de prohibirles a los

⁴¹⁷ Cf. P. Monceaux, *Histoire Litteraire de l'Afrique Chrétienne*, IV, Bruxelles, 1966 p. 8-25.

⁴¹⁸ *bapt* 1, 5 ; c. *Cresc.* 1, 38.

⁴¹⁹ *Vita Augustini* 10 ; 12.

⁴²⁰ Cf. *ep.* 23, 6 ; *ep.* 44, 4 ; *en. Ps.* 10, 5.

⁴²¹ Cf. *ep.* 155, 17.

panaderos de venderles el pan a los católicos⁴²². No obstante con la presencia de san Agustín las cosas irán cambiando paulatinamente.

Para zanjar la cuestión entre católicos y donatistas, el emperador Honorio convocó una Conferencia entre los dos grupos en Cartago. Dicha Conferencia (*Conlatio Carthaginensis*) se llevó a cabo los días 1, 3 y 8 de junio del 411 bajo la presidencia de Marcelino, y en donde se reconoce como la Iglesia verdadera a la Iglesia católica, obligando a los donatistas a entregar sus iglesias y a pasarse a la Iglesia católica⁴²³. No obstante es importante decir que, aunque en algunos lugares sí se cumplieron las disposiciones de la Conferencia de Cartago, en muchos otros, particularmente en las zonas rurales y en los confines del Imperio, el donatismo siguió existiendo con una cierta fuerza⁴²⁴.

Así sabemos que en el 418 san Agustín viaja a Cesarea para enfrentarse con el obispo donatista Emérito que estaba contrapuesto al obispo católico Deuterius⁴²⁵. Después de la muerte de san Agustín el donatismo seguirá existiendo, pero con una fuerza mucho menor de la que había tenido en un principio. Con la llegada de los vándalos, que eran arrianos, todo parece indicar que los cristianos comenzarán a unirse para cerrar filas ante el enemigo común.

⁴²² Cf. *c. litt. Pet.* 2, 184

⁴²³ Cf. G. Bareille, *Donatisme, en Dictionnaire de Théologie Catholique, IV*, Paris 1939, 1701.

⁴²⁴ Cf. L. Verheijen, *Nouvelle Approche de la règle de S. Augustin*, Cholet 1980, p. 98.

⁴²⁵ Cf. *Vita Augustini*, 14; *s. Caes. eccl. sermo* 1: CSEL 53, 167.



Para saber más...

G. BAREILLE, « Donatisme », en *Dictionnaire de Théologie Catholique*, IV, Paris 1939, 1701ss.

P. BROWN, *Agustín de Hipona*, Madrid, Acento, 2001.

S. LANCEL, *Saint Augustin*, Paris, Fayard, 1999.

R. MARKUS, “Donatismo”, en A. FITZGERALD, *Diccionario de san Agustín*, Burgos, Monte Carmelo, 2001, 440-445.

P. MONCEAUX, *Histoire Litteraire de l'Afrique Chrétienne*, IV, Bruxelles, 1966, 8-25.

51. ¿Cuántas herejías han quedado recogidas en el libro *De Haeresibus* de san Agustín?

El libro recoge 88 herejías, inspirándose fundamentalmente en Filastro de Brescia y en el célebre *Panarion* de Epifanio de Salamina. A las herejías presentadas por estos autores, san Agustín añade una de tinte local, de una zona rural de Hipona, los abelianos o abelonios (por la declinación púnica del nombre, como señala el mismo san Agustín)⁴²⁶. En esta secta, aunque el hombre vivía junto con la mujer, ambos hacían promesa de continencia y adoptaban un niño y una niña para que fueran sus herederos. Según señala san Agustín muchos vecinos de la población en donde se concentraron los abelianos, les daban gustosos a sus hijos para que los adoptaran, sobre todo viendo la herencia que podían llegar a tener.



Para saber más...

P. BROWN, *Agustín de Hipona*, Madrid, Acento, 2001.

S. LANCEL, *Saint Augustin*, Paris, Fayard, 1999.

R. MARKUS, “Vida, cultura y controversias de Agustín”, en A. FITZGERALD, *Diccionario de san Agustín*, Burgos, Monte Carmelo, 2001, 1319-1328.

R. TESKE, “Haeresibus, De”, en A. FITZGERALD, *Diccionario de san Agustín*, Burgos, Monte Carmelo, 2001, 630-631.

⁴²⁶ *haer* 87.

52. ¿Quiénes eran los pelagianos?

Los pelagianos eran aquellos que afirmaban que el hombre no necesitaba de la gracia sobrenatural de Dios para comenzar a actuar y a realizar acciones meritorias. Para ellos le bastaba al hombre los dones ya recibidos –a los que ellos llamaban “gracia”⁴²⁷– como son la libertad y la propia naturaleza para comenzar a realizar obras buenas, ya que para ellos la naturaleza humana no está herida por el pecado original, y por lo tanto es perfecta y buena desde un principio⁴²⁸. Asimismo, como una consecuencia de todo esto, el hombre puede alcanzar la perfección espiritual en esta vida y vivir sin pecar. San Agustín los describe en su *De haeresibus* de la siguiente manera: “Son tan enemigo de la gracia de Dios (...) que llegan a creer que sin la gracia, el hombre puede cumplir todos los mandamientos divinos”⁴²⁹.

De este modo, según ellos, la iniciativa para salvarse procede del hombre⁴³⁰, quien en vista de las acciones buenas que ha hecho, va recibiendo proporcionalmente la gracia para que le ayude a salvarse más fácilmente⁴³¹. San Agustín afirmará que todo es gracia⁴³². Las obras buenas de un hombre no son sino un don de Dios, y la gracia se concede gratuitamente a todos, de aquí incluso el mismo nombre de gracia⁴³³, pues se concede independientemente de las acciones de cada uno de los seres humanos. Y el mismo día de la salvación, Dios no hará otra cosa que coronar su propia obra en el hombre.

⁴²⁷ Cf. *ep.* 179, 3.

⁴²⁸ Cf. *gest. Pel.* 2, 33.

⁴²⁹ *haer.* 88.

⁴³⁰ *gr. et pecc. or.* 3, 4.

⁴³¹ Cf. *gr. et pecc. or.* 31, 33-34.

⁴³² *praed.* 3, 7.

⁴³³ Cf. *ep.* 178, 1; *ep.* 177, 7; *s.* 26, 4.7.

Así pues los pelagianos creían que el hombre no necesitaba la gracia para realizar acciones meritorias y que podía, en pocas palabras, alcanzar a Dios sin la ayuda del mismo Dios, pues la gracia sólo serviría para alcanzar a Dios más fácilmente⁴³⁴.

San Agustín estará muy atento a esta tentación pelagiana, particularmente en la vida espiritual, pues para san Agustín el pelagianismo, por su soberbia, conduce a un callejón sin salida, al callejón del *non possum*, a la situación en la cual el hombre se da cuenta de que no puede cumplir ni guardar los preceptos de Dios sin su ayuda. Esta tentación conduce, según san Agustín, a la desesperación, al ver la imposibilidad de realizar aquello que Dios pide con las propias fuerzas. De aquí que san Agustín asumiera como profesión de fe y como lema espiritual, “Da lo que mandas y manda lo que quieras”, pues si Dios concede la gracia a un determinado ser humano éste podrá realizar las acciones que Dios le pida, pues ha recibido de manera anticipada la fuerza, la gracia para realizarlas⁴³⁵.

Algunos han llamado semipelagianos a los monjes de Hadrumeto y Marsella que rechazaron algunas de las obras de san Agustín sobre la gracia y negaron la necesidad de una gracia inicial de Dios para obrar el bien (el *initium fidei*). San Agustín responderá que la gracia de Dios es necesaria en todos los momentos para poder no sólo querer, sino también obrar el bien (Fil 2, 13)⁴³⁶: “*Se engañan los que piensan que pedir, buscar y llamar a la puerta son efectos de nuestra voluntad y no de la gracia de Dios (...) Según está escrito: ‘Nadie dice ‘¡Señor!’, si no es por virtud del Espíritu Santo’*”⁴³⁷.

San Agustín será el gran defensor de la necesidad de la gracia en todo momento y conseguirá, después de muchos avatares, que el Papa Zósimo condene a los Pelagianos con la epístola Tractoria en el año 418. La condena de los pelagianos será confirmada por el concilio de Éfeso en el 431 y la doctrina agustiniana de la gracia será ratificada por el Concilio de Orange el 529.

⁴³⁴ *gr. et pecc. or.* 29, 30.

⁴³⁵ *gest. Pel.* 14, 31.

⁴³⁶ *c. ep. Pel.* 18, 36.

⁴³⁷ *perseu* 23, 64

⁴³⁸ *praed* 4, 8.

San Agustín es el hombre que ha experimentado la fuerza de la gracia y que invita a todos a dejarse vencer por el dinamismo salvífico de la gracia de Dios: “(...) Para resolver esta cuestión trabajé en efecto, he defendido el libre albedrío de la voluntad humana; pero s indudable que ha vencido la gracia de Dios (...)”⁴³⁸.



Para saber más...

P. BROWN, *Agustín de Hipona*, Madrid, Acento, 2001.

S. LANCEL, *Saint Augustin*, Paris, Fayard, 1999.

R. MARKUS, “Vida, cultura y controversias de Agustín”, en A. FITZGERALD, *Diccionario de san Agustín*, Burgos, Monte Carmelo, 2001, 1319-1328.

E. TESELLE, “Pelagio, pelagianismo”, en A. FITZGERALD, *Diccionario de san Agustín*, Burgos, Monte Carmelo, 2001, 1033-1043.

53. ¿Qué pensaba san Agustín del matrimonio?

Es preciso decir de entrada, que para san Agustín el matrimonio era algo bueno. En contra de las ideas de los maniqueos (y los encratitas) que condenaban el matrimonio como algo malo, porque fomentaba las relaciones sexuales entre el hombre y la mujer por medio de las cuales, según sus ideas, se seguían mezclando y encerrando partículas de luz en la carne⁴³⁹. Por ello los maniqueos, particularmente los así llamados elegidos, vivían la doctrina de los tres sellos, especialmente el sello del vientre, que comprendía el abstenerse de relaciones sexuales. San Agustín les responderá que el matrimonio es algo bueno porque fue instituido por Dios y querido por él mismo⁴⁴⁰. Cristo mismo santificó el matrimonio con su presencia en las bodas de Caná⁴⁴¹.

Esta visión positiva del matrimonio quedará todavía más clara a raíz de la polémica suscitada por el monje Joviniano, quien partiendo de una teología bautismal en donde se acentuaba la igualdad de todos los cristianos, aseguraba que no existía ninguna distinción entre “el mérito de las vírgenes consagradas con la castidad conyugal”⁴⁴² o en palabras de san Jerónimo: “Las vírgenes, las viudas y las desposadas, una vez que han sido regeneradas en Cristo si no se diferencian por otras obras, tiene el mismo mérito”⁴⁴³. San Agustín nos relata cómo algunas religiosas consternadas ante las doctrinas de Joviniano,

⁴³⁹ Cf. P. Langa, *San Agustín y el progreso de la teología matrimonial*, Toledo, 1984, 243-253; F. Moriones, *Teología de san Agustín*, Madrid, BAC, 2004, 534-535.

⁴⁴⁰ Cf. c. *Faust.* 19, 29; *ciu.* 14, 22.

⁴⁴¹ *Io.eu. tr.* 9, 2.

⁴⁴² *retr.* 2, 22,1

⁴⁴³ Jerónimo, *Adu. Iou.* 1, 3

abandonaron el monasterio para casarse, creyendo que no existía ninguna diferencia entre los dos tipos de vida. Joviniano fue condenado en Roma y Milán en el 390 por el Papa Siricio y san Ambrosio respectivamente⁴⁴⁴. San Jerónimo desde Belén le respondió de una manera furibunda con su obra *Aduersus Iovinianum*, en la que por ensalzar de manera exagerada la vida virginal, el matrimonio quedaba muy mal parado. Fue entonces cuando san Agustín entró en la polémica con sus dos obras gemelas, *De bono coniugali* y *De Sancta uirginitate*, procurando mantener una postura equilibrada en el “justo medio de la verdad”⁴⁴⁵.

En vista de que el matrimonio es lo que peor había quedado en la defensa tan ardorosa que hizo san Jerónimo de la vida religiosa, san Agustín es lo primero sobre lo que va a hablar. Posteriormente desarrollará su segunda obra, *De sancta uirginitate* para definir los parámetros propios de la vida consagrada a Dios y poner de manifiesto su excelencia⁴⁴⁶ -siguiendo en esto a san Pablo, especialmente en los textos de 1 Cor 7-, pero sin desvincularla del matrimonio, pues ambas vocaciones, al matrimonio y a la vida virginal, se dan dentro de la Iglesia y ambos tipos de vida son buenos.

Así pues, el matrimonio es algo bueno, como señala san Agustín, si tomamos en cuenta el mismo título del tratado (*De bono coniugali*). San Agustín establece con claridad en este libro y en otros que dedica al matrimonio, que la esencia del matrimonio es, por una parte, el vínculo conyugal (*uinculum coniugale*)⁴⁴⁷, el orden del amor (*ordo caritatis*)⁴⁴⁸ y del afecto que vincula entrañablemente al hombre con la mujer de manera indisoluble por el matrimonio, de tal manera que un hombre y una mujer viven unidos hasta el final de sus vidas en una asociación amigable (*societas amicalis*)⁴⁴⁹: (el matrimonio es un bien y esto) “no radica en la sola procreación de los hijos, sino principalmente en la sociedad natural (*naturalis societatis*) constituida por uno y otro sexo”⁴⁵⁰.

⁴⁴⁴ F. Moriones, *Teología de san Agustín*, p. 538-539.

⁴⁴⁵ *uirg.* 19.

⁴⁴⁶ *b. coniug.* 17, 19; 22, 27; 23, 31.

⁴⁴⁷ *nupt. conc.* 1, 11, 12.

⁴⁴⁸ *b. coiung.* 3, 3

⁴⁴⁹ *b. coniug.* 9, 9.

⁴⁵⁰ *Idem.*

A este vínculo matrimonial van anejos tres bienes. San Agustín expone esta doctrina que después se volverá un elemento clásico al momento de exponer el matrimonio, el bien de la prole, de la fidelidad y del sacramento⁴⁵¹.

Con respecto al bien de la prole, san Agustín insiste en quienes se casan, lo hacen para tener hijos, y por tanto éstos no deben ser evitados, para no contradecir, en primer lugar, lo que eran las tablas matrimoniales, es decir los documentos en los que se estipulaba lo que era el matrimonio. Y así: “*quien apetece la carne de su mujer más allá de lo que establece el límite, es decir, la finalidad de procrear hijos, actúa contra las mismas tablas*”⁴⁵². Además, san Agustín vincula la etimología de la palabra matrimonio con el oficio de ser madre. Una mujer se casa para convertirse en madre (*femina nubet ut mater fiat*)⁴⁵³. San Agustín piensa que la fecundidad, como don que es de Dios, se hubiera dado incluso si el hombre no hubiera pecado, pues el mandato de Dios en el libro del Génesis de “creced y multiplicaos” (Gn 1, 28), tiene un sentido no sólo espiritual o místico como creyó san Agustín en un primer momento en su *De Genesi aduersus manichaeos*⁴⁵⁴, sino que tiene también un sentido carnal, material. No obstante antes del pecado original, esta multiplicación se hubiera llevado a cabo sin el ardor de la carne⁴⁵⁵, sin la “*vergonzosa libido*”⁴⁵⁶, mientras que después del pecado original en las relaciones entre el hombre y la mujer está presente la concupiscencia.

En sus último años de vida, en la disputa con Juliano de Eclana este tema volverá a aparecer y san Agustín señalará que existen dos tipos de concupiscencias, una mala y una buena. La mala es aquella que nos arrastra tras el placer en el acto sexual (*concupiscentia carnis*), mientras que la buena es el deseo lícito de tener relaciones con el propio cónyuge con la finalidad de tener hijos (*concupiscentia nuptiarum*)⁴⁵⁷. Señala también san Agustín contra

⁴⁵¹ *b. coniug.* 24, 32; *nupt. conc.* 1, 17, 19.

⁴⁵² *s.* 51, 22.

⁴⁵³ *c. Faust.* 19, 26.

⁴⁵⁴ *Gen. adu. manich.* 1, 19, 30; Cf. *retr.* 1, 10, 2.

⁴⁵⁵ Cf. *Gen. litt.* 9, 3, 6; Cf. *ciu.* 14, 23, 1; *c. lul. imp.* 3, 198.

⁴⁵⁶ *ciu.* 14, 23, 2.

⁴⁵⁷ *ep.* 6*, 7.

Juliano de Eclana que no veía negativa la concupiscencia, que Dios sabe sacar bienes también de los males, y utiliza la concupiscencia y el deseo sexual entre el hombre y la mujer dentro del matrimonio para el fin bueno de la procreación de los hijos: “*La castidad conyugal hace buen uso del mal de la concupiscencia mediante la procreación de los hijos*”⁴⁵⁸. La relación sexual entre el marido y la mujer dentro del matrimonio, no es por lo tanto mala para san Agustín⁴⁵⁹, pues fue creada por Dios y está encaminada a un fin específico que es la procreación de los hijos⁴⁶⁰.

Por otra parte la procreación no sólo significa para san Agustín el engendrar a los hijos, sino también el regenerarlos en Dios con el bautismo y con la educación (*generandi regenerandos*), particularmente en los misterios de Dios y la religión católica⁴⁶¹. Se trataría por lo tanto de una generación más prolongada o espiritual, y no sólo la generación carnal.

El segundo bien del matrimonio es la fidelidad. Por él entiende san Agustín que la pareja que contrae matrimonio se compromete a evitar por todos los medios el adulterio y a tener relaciones sexuales sólo con su cónyuge. Por otra parte la fidelidad es entendida por san Agustín como la preocupación por el cónyuge para evitar que éste por debilidad⁴⁶² o por una negativa de la propia pareja, pueda caer en el adulterio⁴⁶³. San Agustín, como en muchas de las reflexiones teológicas que hace, parte de san Pablo (1 Cor 7, 4-5) y de los consejos que da a los casados, invitando a que se viva la fidelidad como un compromiso en el que el cónyuge ya no es dueño de su propio cuerpo, y que por tanto, debe estar dispuesto a dar el ‘*debitum*’, es decir a consentir de manera razonable a las relaciones sexuales con su cónyuge⁴⁶⁴.

El tercer bien de matrimonio es el *sacramentum*. Para san Agustín este tercer bien implica fundamentalmente dos cosas. En primer

⁴⁵⁸ *retr.* 2, 53

⁴⁵⁹ *nupt. conc.* 2, 31, 53.

⁴⁶⁰ *Cf. mor.* 18, 65.

⁴⁶¹ *nupt. conc.* 1, 8, 9.

⁴⁶² *b. coniug.* 6, 6

⁴⁶³ *b. coniug.* 4, 4; *fide et op.* 7, 10.

⁴⁶⁴ *b. coniug.* 4, 4; 6, 6; *nupt. conc.* 1, 14, 16.

lugar, que el compromiso matrimonial entre un hombre y una mujer se convierte en un signo de amor y de unión, como una invitación a todos los creyentes a unirse a Dios por medio de la fuerza vinculante del amor⁴⁶⁵. Por otro lado a la luz del texto de Ef 5, 32, el matrimonio se convierte para san Agustín en un *sacramentum*, en signo que refleja la unión entre Cristo y la Iglesia, en medio de las imperfecciones propias de los compromisos humanos⁴⁶⁶.

En segundo lugar el *sacramentum* implica la indisolubilidad⁴⁶⁷, ya que una vez que se establece el vínculo, éste únicamente se puede disolver con la muerte de uno de los cónyuges: “Una vez que el matrimonio ha sido ratificado en la ciudad visible de Dios, que es la Iglesia, que es de donde el matrimonio, (...) recibe un carácter sacramental, no puede bajo ningún pretexto ser disuelto, a no ser por la muerte de uno de los dos cónyuges”⁴⁶⁸.

Es importante aclarar que san Agustín no utiliza la palabra *sacramentum* en el sentido en el que nosotros la entendemos hoy, como una realidad salvífica correspondiente a los siete sacramentos de la Iglesia. Todavía estamos muy lejos en la Historia de la Teología a que llegue el momento de definir los siete sacramentos. San Agustín se refiere principalmente a la dimensión de signo y de vinculación indisoluble⁴⁶⁹ que se establece por medio del matrimonio, apelando más al sentido etimológico de la palabra *sacramentum* en el mundo latino, que era el juramento militar de fidelidad que hacían los legionarios romanos, es decir un juramento de estar vinculados al ejército y no abandonarlo nunca, a pesar de las circunstancias o adversidades. Lo mismo, de una manera paralela, sucede en el matrimonio considerado desde esta perspectiva agustiniana del *sacramentum*.

San Agustín volverá sobre este tema de la indisolubilidad del matrimonio en la obra *De adulterinis coniugiis*, siendo uno de los primeros Padres de la Iglesia en dedicar una obra al tema de la indis-

⁴⁶⁵ *b. coniug.* 18, 21.

⁴⁶⁶ *nupt. concup.* 1, 23.

⁴⁶⁷ *Gen. litt.* 9, 11, 13.

⁴⁶⁸ *b. coniug.* 15, 17.

⁴⁶⁹ *b. coniug.* 7, 6.

lubilidad matrimonial⁴⁷⁰, al hablar en esta obra sobre las uniones adulterinas, es decir de aquellos que abandonando a su cónyuge, se han unido a otra persona, olvidando que el matrimonio es indisoluble y que quien establece una relación con una persona distinta al cónyuge es un adúltero⁴⁷¹.

San Agustín en su práctica pastoral invitará a los matrimonios a guardar la fidelidad, evitando el adulterio, recordando que ambos son iguales, pues aunque la ley civil se fijaba más en el adulterio de las mujeres y no daba tanta importancia al adulterio masculino, san Agustín afirma que la ley del cielo es muy diferente a la ley del foro, a la ley civil, en donde tanto el hombre como la mujer que adulteran cometen un pecado muy grave⁴⁷²: “En verdad, ¿qué cristiano de buena esperanza va a creer que el adulterio no es pecado, o que lo es pequeño?”⁴⁷³.



Para saber más...

C. BURKE, “Matrimonio y sexualidad”, en J. OROZ – J. A. GALINDO, *El Pensamiento de san Agustín para el hombre de hoy*, III, Valencia, EDICEP, 2010, 603-652.

D. HUNTER, “De Adulterinis coniugiis”, en A. FITZGERALD, *Diccionario de san Agustín*, Burgos, Monte Carmelo, 2001, 13-15.

D. HUNTER, “Matrimonio”, en A. FITZGERALD, *Diccionario de san Agustín*, Burgos, Monte Carmelo, 2001, 870-874.

D. HUNTER, “De Bono coniugali”, en A. FITZGERALD, *Diccionario de san Agustín*, Burgos, Monte Carmelo, 2001, 191-193.

S. LANCEL, *Saint Augustin*, Paris, Fayard, 1999.

⁴⁷⁰ Cf. D. Hunter, “De Adulterinis coniugiis”, en A. Fitzgerald, *Diccionario de san Agustín*, Burgos, Monte Carmelo, 2001, 14.

⁴⁷¹ *adult. coniug.* 1, 5-6.

⁴⁷² Cf. s. 153, 6; *adult. coniug.* 2, 8, 7; s. 355, 5.

⁴⁷³ *f. et op.* 7, 10.

54. ¿Qué pensaba san Agustín de los paganos?

San Agustín era consciente de que a pesar de estar viviendo en lo que él llama los *tempora christiana*⁴⁷⁴, el paganismo todavía tenía mucha fuerza. Si bien es cierto el desarrollo y la difusión del cristianismo se iba haciendo cada día más extenso, no obstante los núcleos paganos seguían siendo numerosos y en muchas ocasiones manifestaban violentamente sus creencias en contra de los cristianos a pesar del mismo estatuto jurídico⁴⁷⁵ que paulatinamente va a ir favoreciendo el cristianismo. Una violencia pagana que manifiesta su crueldad y fiereza en los sesenta cristianos que fueron masacrados en Sufes en la Byzacena (hoy Sbiba, Túnez)⁴⁷⁶ por haber quitado una estatua de Hércules. San Agustín les reclamará y les dirá que está dispuesto a devolverles su estatua a cambio de que ellos le devuelvan la vida a los sesenta cristianos a quienes asesinaron⁴⁷⁷.

Los paganos también actuaron con una gran violencia en Calama, sede del amigo y discípulo de san Agustín, san Posidio. De este modo, poco después del 407 y después de una nueva ley del Emperador Honorio prohibiendo los cultos paganos⁴⁷⁸, un grupo de paganos de Calama celebró el día primero de junio una fiesta con gran boato y con un esplendor solo comparable con el de los tiempos del Emperador Juliano el Apóstata (361-363), quien había vuelto a introducir los cultos y fiestas paganas. De este modo cuando esta caterva festiva pa-

⁴⁷⁴ *s. Dolbeau* 6, 13.

⁴⁷⁵ *c. ep. Parm.* 1, 15.

⁴⁷⁶ Cf. S. Lancel, *Saint Augustine*, 307.

⁴⁷⁷ Cf. *ep.* 50.

⁴⁷⁸ Ley del 24 de noviembre del 407.

gana de danzantes se acercaba a la Iglesia de Calama, los clérigos trataron de impedir que esta procesión pasara por delante de la Iglesia, suscitándose entonces un altercado entre los paganos y los cristianos, que terminó con el hecho de que la Iglesia fue apedreada. Pero la cosa no terminó aquí, ocho días después, el obispo Posidio pidió que se aplicaran las leyes, y como respuesta obtuvo que por segunda vez la Iglesia fuese apedreada. Al día siguiente cuando el obispo fue a levantar acta de lo sucedido, les fueron denegados estos derechos y en esta ocasión la Iglesia no sólo fue apedreada por los paganos, sino también fue incendiada, mataron a un monje (un siervo de Dios) y robaron diversas cosas de la Iglesia. San Posidio, los demás monjes y clérigos tuvieron que esconderse. Desde su escondite, san Posidio oía cómo lo buscaban para matarlo. Las cosas en aquella noche hubieran sido peores, pero gracias a la intervención de un forastero (*peregrinus*)⁴⁷⁹ se pudieron tranquilizar a las embravecidas chusmas paganas. Este forastero pudo arrancar de las manos de los paganos a algunos siervos de Dios que estaban a punto de ser ejecutados, así como muchas cosas que habían sido rapiñadas de la misma Iglesia. A los pocos días san Agustín se hizo presente en Calama no sólo para dar apoyo a san Posidio y a la Iglesia de Calama, sino también para hacerles saber a los paganos que la ley se iba aplicar con todo el peso que tiene, no sólo por la gravedad de los hechos, sino sobre todo para evitar que los hechos se repitieran en este lugar o en cualquier otra población y que los paganos envalentonados atacaran a la Iglesia⁴⁸⁰.

San Agustín también sostendrá una polémica epistolar con un antiguo profesor suyo de Madaura que era pagano, el gramático Máximo. En la carta que este antiguo profesor le dirige a san Agustín, hace burla de los nombres púnicos de los mártires locales de Madaura para manifestar indirectamente que los héroes de los cristianos, los mártires, en este caso de Madaura, seguramente no serían personas cultas y refinadas, como queda señalado por sus nombres púnicos, cultura que era vista como inferior a la latina. Por otro lado se burla de la costumbre cristiana de llevar ofrendas a las *memoriae* (capillas) de estos dos mártires⁴⁸¹.

⁴⁷⁹ *ep.* 91, 8.

⁴⁸⁰ Cf. *ep.* 91, 8-10.

⁴⁸¹ Cf. *ep.* 16, 2-3.

San Agustín además de hacerle ver el valor que tienen los mártires como testigos de la fe –y que los dioses paganos tienen muchos atributos e incluso nombres o epítetos que son ridículos–, le explica que el ser púnicos no les quita nada de honra a los mártires, y además le explica el significado de uno de los nombres de los mártires. De este modo los dos nombres de los mártires locales son Miggin y Namphamón. San Agustín va a explicar el sentido profundo que late detrás del nombre de Nanfamón, protomártir de África: “*hombre de buen pie, cuya llegada trae alguna suerte de ventura*”⁴⁸².

Los paganos van a acusar también a los cristianos de tener la culpa de la caída del imperio romano y del saqueo de Roma por parte de los vándalos en el 410, ya que ellos afirmaban que la decadencia del imperio se debía a que ya no se rendía el debido culto a los dioses paganos que habían hecho grande a Roma. San Agustín en sus sermones después del 410, fecha del terrible saqueo de Roma, recordará que los cristianos no son culpables de la progresiva caída del imperio romano ni del saqueo de Roma, sino que lo son las costumbres mismas de los hombres y el haber olvidado los valores que engrandecieron al Imperio, lo que ha hecho que la misma Roma cayera. Este mismo argumento será el que san Agustín desarrolle en la primera parte de su monumental obra *De ciuitate Dei*, como una apología del cristianismo frente a las acusaciones paganas.

La polémica con los paganos fue muy fuerte, pues a pesar del avance imparable del cristianismo, muchas personas seguían siendo paganas. Por ello el presbítero Deogratias de Cartago⁴⁸³ le envía seis

⁴⁸² *ep.* 17, 2.

⁴⁸³ Mandouze sostiene que este Deogratias, en vista de la rareza del nombre, es el mismo a quien san Agustín le dedicó el *De catechizandis rudibus* (entr. el 404-411), así como la *ep.* 249 y la *ep.* 173A. El que en esta ocasión se trate no de un diácono (como claramente aparece en el *De catechizandis rudibus*), sino de un presbítero puede apuntar a diversos momentos en la carrera de un mismo personaje. Este mismo Deogratias será obispo de Cartago en tiempos difíciles de la ocupación vándala. Será consagrado obispo hacia el 454 en Cartago (sustituyendo a otro personaje agustiniano Quodvultdeus a quien san Agustín dedica el *De haeresibus*), en donde su labor en favor de los que huían de Roma y los cautivos será admirable. Venderá los vasos litúrgicos para comprar a los cautivos; acogerá a los refugiados de Roma en la basílica de Faustus y en la basílica Nouarum. Morirá hacia el 457. Cf. A. Mandouze, *Prosopographie Chrétienne du Bas-Empire*, I, Paris, Editions du CNRS, 1982, 271-272.

preguntas a san Agustín en nombre de un amigo pagano, dentro de la carta 102, que se conoce también como *Quaestiones expositae contra paganos numero sex* (Seis cuestiones contra los paganos). Esta obra se compuso entre el 406 y el 411 y se responden a cuestiones como la relativa a la resurrección, al tiempo de la religión cristiana, a la distinción entre los sacrificios paganos y los cristianos, a la explicación de la sentencia evangélica “con la medida que midáis seréis medidos” (Mt 7, 2), el Hijo de Dios según el pensamiento de Salomón y sobre el profeta Jonás⁴⁸⁴.

La labor pastoral de san Agustín está también dirigida a los paganos, particularmente a los paganos cultos, invitándolos a la conversión, a aceptar la fe católica, haciéndoles ver que no existe ninguna contradicción entre la fe y la razón, y señalándoles la razonabilidad de los misterios cristianos. De este modo san Agustín les envía cartas a Nectario⁴⁸⁵, a Longiniano⁴⁸⁶ y a Volusiano, quien era un poderoso y culto pagano, que era miembro de la ilustre familia romana de los Caeonii y tío de Melania la Joven. En la carta 137 san Agustín le explica a Volusiano, entre otras cosas, el misterio de la encarnación de Cristo, presentando en esa carta la solución cristológica que veinte años después de la muerte de san Agustín asumirá el concilio de Calcedonia, a través del célebre *Tomus ad Flavianum* del Papa León Magno, quien retoma las palabras de san Agustín. Así pues san Agustín señala en esta carta 137 a Volusiano: “Mas he aquí que apareció del modo dicho el Mediador entre los hombres y Dios, uniendo en una única persona ambas naturalezas, sublimando lo ordinario con lo extraordinario y templando lo extraordinario con lo ordinario”⁴⁸⁷.

San Agustín tenía la intención de que Volusiano y el grupo de paganos cultos y aristocráticos que se reunían en su casa, el así llamado “círculo de Cartago” se convirtieran a la fe católica, pero tal parece que a este grupo les gustaba oír hablar del cristianismo y recibir las cartas de Agustín, pero les faltaba una verdadera intención y deseo de convertirse.

⁴⁸⁴ Cf. *retr.* 2, 31.

⁴⁸⁵ *epp.* 91 y 104.

⁴⁸⁶ *epp.* 233-235.

⁴⁸⁷ *ep.* 137, 9



Para saber más...

A. DI BERARDINO, “Máximo de Madaura”, en *Diccionario de san Agustín*, Burgos, Monte Carmelo, 2001, 876.

P. BROWN, *Agustín de Hipona*, Madrid, Acento, 2001.

V. CAPÁNAGA, “Intelectuales paganos del siglo V frente al misterio de Cristo. (Un episodio epistolar de san Agustín)”, en *Oikumene. Studi paleocristiani pubblicati in onore del Concilio Vaticano II*. Università di Catania. Centro di Studi sull'antico cristianesimo, 1964, 439-454.

A. FITZGERALD, “Quaestiones expositae contra paganos numero sex” en *Diccionario de san Agustín*, Burgos, Monte Carmelo, 2001, 1106.

H.-J. HORN, “Discordia concors? Zu einem Briefwechsel des Augustinus mit Maximus von Madaura”, en *Chartulae. Festschrift für W. Speyer*, Münster, 1998, 194-198.

S. LANCEL, *Saint Augustin*, Paris, Fayard, 1999.

55. [Tu pregunta sobre san Agustín]

[Escribe tu respuesta]

Conclusión

La persona y la obra de san Agustín tienen tal riqueza, que 55 sencillas preguntas no bastan para abarcarla, ni siquiera para hacer un tenue esbozo de la misma. No obstante son un intento de despertar el interés por la vida, la cultura, el pensamiento y la espiritualidad de san Agustín. Una figura que a pesar de encontrarse lejana en la línea del tiempo, está siempre muy cerca de todo ser humano, pues su pensamiento y su espiritualidad llegaron a tocar los elementos que distinguen al hombre y lo hacen ser lo que es en los diversos contextos y épocas de la Historia. Por ello todo ello podemos decir que san Agustín es nuestro contemporáneo, al mismo tiempo que lo es de Platón, de Aristóteles, de Pascal, de Heidegger y de todos los grandes pensadores de la Historia, por sus ideas, por su lucidez y por haber llegado a tocar los elementos esenciales que hacen al ser humano ser lo que es, independientemente de los elementos exteriores, contingentes y circunstanciales.

Es muy posible que estas 55 preguntas hayan suscitado en el lector otras muchas preguntas más. San Agustín fue un hombre que no se dejaba de hacerse a sí mismo preguntas y que preguntaba a la vez no sólo al mundo que lo rodeaba, sino también a los hombres con los que compartía su camino como peregrino hacia la ciudad de Dios, hacia la Jerusalén celeste. Por otra parte san Agustín no cesaba de buscar respuestas, particularmente en lo relativo al misterio de Dios, que ilumina siempre el mismo misterio del hombre. De este modo no dejó de buscar ni siquiera en los últimos momentos de su vida. Por eso dice en el último libro del *De Trinitate*, “Se le busca para que sea más dulce el hallazgo; se le encuentra para buscarlo con más avidez”⁴⁸⁸.

⁴⁸⁸ *trin.* 15, 2, 2.

San Agustín fue un buscador nato, pero fue también alguien que iba encontrando, y este encuentro le servía de acicate para continuar en la búsqueda, sabiendo que lo propio de la condición humana es el aprender, y que cuando alguien cree que ya lo sabe todo, es entonces cuando ya no sabe nada.

Al final de este sencillo libro de preguntas y repuestas podríamos hacer nuestras algunas de las palabras de la oración con la san Agustín concluye su obra *De Trinitate*, como una invitación a reconocer que la fuerza para buscar a Dios está en Dios mismo, pues todo es gracia, y que en nuestra búsqueda de verdad, de felicidad y de eternidad no habrá nunca un final, pues se busca para encontrar y se encuentra para seguir buscando con mayor ardor:

Señor y Dios mío, mi única esperanza, óyeme para que no sucumba al desaliento y deje de buscarte: ansíe siempre tu rostro con ardor. Dame fuerzas para la búsqueda, tú que hiciste te encontrara y me has dado esperanzas de un conocimiento más perfecto. Ante ti está mi firmeza y mi debilidad; sana ésta, conserva aquélla. Ante ti está mi ciencia y mi ignorancia; si me abres, recibe al que entra; si me cierras, abre al que llama. Haz que me acuerde de ti, te comprenda y te ame. Acrecienta en mí estos dones hasta mi reforma completa (trin. 15, 51).

Este libro fue editado y publicado por la Editorial Uniagustiniana.
Se utilizaron las fuentes Lora Regular de 10 pts y Oswald Bold de 14 pts.

Se terminó de imprimir y encuadernar en los talleres de DGP Editores S.A.S.
en diciembre de 2019, con un tiraje de 500 ejemplares.

Es posible que ningún otro pensador de la antigüedad tardía haya tenido tanto influjo en el desarrollo del pensamiento y de la filosofía contemporánea como san Agustín. Su vida es un apasionante modelo de búsqueda de la verdad y de la felicidad, así como un brillante paradigma para el hombre contemporáneo, sediento de ambas, y que muchas veces vive con la gran frustración de no hallar verdades y, por lo tanto, de no ser feliz. San Agustín es también un faro luminoso en cuanto a su vida, sus escritos y su pensamiento. Muchas de sus frases son deslumbrantes fogonazos de sabiduría que, con una gran economía de palabras, dicen verdades innegables que invitan a la reflexión.

La presente obra es un libro sencillo, sin pretensiones estrictamente académicas. Una obra que busca acercar la figura de san Agustín al lector contemporáneo, intentando poner de manifiesto muchos detalles interesantes o simplemente curiosos de la vida del santo Obispo de Hipona. Por otro lado, es también un estímulo para conocer, estudiar y amar más a san Agustín. El sencillo esquema de preguntas y respuestas puede despertar la curiosidad del lector, y al tratarse en su gran mayoría de respuestas cortas, puede dar pie a que la obra se lea no toda de corrido, sino en diversos momentos del día.



UNIAGUSTINIANA
Es creer en ti

Vigilada Mineducación

ISBN: 978-958-5498-36-5

